

# La Esfera

AÑO XV.—NÚM. 736

MADRID, 11 FEBRERO 1928

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

Director: FRANCISCO VERDUGO



MARIA CABALLE

La Compañía de revistas de Velasco vuelve á Madrid después de una larga campaña en provincias y en el Extranjero, y vuelve, según anuncia, con espectáculos sensacionales por su extraordinaria visualidad. Figura preeminente de esta Compañía es María Caballé, digna, por su belleza—que nuestro grabado reproduce—y por su arte, de ese puesto de honor

(Fot. Walken)

# Consideraciones sobre la enseñanza de la Medicina en España



El profesor Dr. Suñer al terminar una de sus lecciones teórico-prácticas, á las que asisten más de cuatrocientos alumnos y muchos médicos pediatras

Continuando nuestra información sobre el espíritu de la Universidad nueva, publicamos hoy un interesantísimo artículo del profesor Dr. Suñer, sobre la enseñanza de la Medicina. En nuestro número anterior publicamos otro del profesor Jiménez Asúa. En el próximo, publicaremos el del profesor Martínez Risco, acerca de la enseñanza de las Ciencias.

**P**OSEO el pleno convencimiento de que los defectos actuales de nuestras Facultades de Medicina, expresión particular de los que padece la Universidad Española, tienen un largo precedente histórico. Creó, de acuerdo con la opinión defendida por Macías Picavea en *El Problema Nacional*, que su decadencia arranca del hecho histórico de la instauración de la Casa de Austria con Carlos I. Desde entonces hemos vivido bajo la influencia de ideas y costumbres extranjeras, no siempre muy asimiladas por nuestra raza. Con la pérdida de las libertades castellanas en los campos de Villalar, desapareció también la espontaneidad en el desarrollo del alma nacional, que se anunciaba espléndida en el reinado de los Reyes Católicos. Es cierto que nuestras Universidades alcanzaron en el siglo XVI momentos gloriosos; pero también es verdad que el impulso se lo había dado el gran Cardenal Cisneros y los verdaderos monarcas españoles Isabel y Fernando.

Felipe II nos aísla de la cultura europea, y esto causa un verdadero atraso en los procedimientos y métodos de nuestra enseñanza superior, hasta llegar á la sima con Fernando VII, quien, con el deseo de contrarrestar las ideas revolucionarias de la vecina Francia, manda cerrar las Universidades al mismo tiempo que inauguraba en Sevilla una Escuela de tauromaquia; y eso que, como acertadamente dice un historiador español—el Sr. Moreno Espinosa—, no era cosa de temer demasiado al espíritu uni-

versitario, puesto que poco antes de la determinación real á que aludo, el rector de la Universidad de Cervera pronunciaba las tristemente célebres frases, tan conocidas: «Lejos de nosotros la funesta manía de pensar.»

Carlos III, que por tantos motivos merece una mención aparte en la Historia de la dinastía borbónica, representa un impulso favorable en todos los órdenes de nuestra cultura. A él se debe la creación del Colegio de San Carlos, verdadero emporio de la Medicina, en la época en que se construyó. Sin embargo, no obstante la grandeza



EL PROFESOR SUÑER  
(Fots. Cortés)

de la obra, domina en ella la influencia enciclopédica de la cultura francesa, que más adelante se concreta y cristaliza en el tipo napoleónico de la Universidad, y es que Francia, no obstante la intervención de sus filósofos y particularmente de Rousseau, no había comprendido del todo la tendencia pedagógica que aparecía en Europa desde el siglo XVII, nacida del genio británico de Locke. Este gran hombre había visto, con una claridad meridiana, la necesidad de encaminar los estudios universitarios hacia una orientación práctica que permitiera el perfeccionamiento de cada profesión, no sólo en el orden doctrinal, sino particularmente en la técnica. Sin duda, el parentesco de raza, como la comunidad de sentimientos, hizo que las ideas de Locke prendieran en Alemania como en ninguna parte, y desde esta época surge la pedagogía germana, inspirada en la preparación práctica en todos los grados del estudio. Froebel y Pestalozzi son fruto directo de estas nuevas tendencias.

Nuestra cultura, en cambio, imitó, particularmente en lo universitario, el enciclopedismo francés, sin la organización ni la severidad de los procedimientos. Nuestra constitución universitaria cayó desde el siglo XIX en un verdadero caos, en el cual aun persistimos; y si queremos una prueba evidente de esta situación, no tenemos más que hojear la Legislación de Instrucción Pública, en donde se encuentran Decretos, Reales órdenes y Leyes contradictorios, que no representan otra cosa que el criterio personal del ministro que los dictó.

No quisiera caer en el pesimismo. Pero sí debo advertir en los momentos críticos de transformación en que nos encontramos, al menos por lo que respecta á la Universidad Central, el pe-

ligo de una falta de orientación bien segura en nuestras reformas.

La ciencia actual ha progresado, unas veces en los centros universitarios, otras fuera de los mismos; pero siempre que un importante descubrimiento ha venido a cambiar la faz de los conocimientos anteriores, se verá que el hombre que lo hizo estaba orientado incluso por autodidactismo en el sentido de la pedagógica de Locke. Pasteur, dentro del enciclopedismo francés, es un ejemplo. El Instituto que lleva su nombre es una demostración de que el tipo armónico y sintético de la Universidad, en cualesquiera de sus aspectos, no es el mejor. Nosotros hemos construido nuestras Facultades obedeciendo a la idea, al parecer lógica y en realidad menos práctica, de que la Medicina es un árbol cuyas raíces, tronco y ramas deben permanecer en una inmediata conexión. Esta idea de conexión, evidente desde el punto de vista ideológico, ha sido materializada hasta el extremo de que se ha creído que las diferentes disciplinas que integran nuestra carrera debían permanecer albergadas bajo un techo común e íntimamente relacionadas entre sí. Con ello se ha creado una limitación de espacio y de libertad para el desenvolvimiento de cada asignatura, que además, viviendo en una perpetua indigencia, no tenía medios suficientes para elevar su tono a la altura de las contemporáneas instituciones europeas y americanas.

El problema económico. He aquí uno de los motivos esenciales de nuestro atraso y de nuestra posible regeneración. Creer que un Instituto Clínico cualquiera, en donde se ha de dar la enseñanza a cientos de alumnos, y además se supone que ha de trabajar en la investigación, puede realizar estos fines con una dotación anual de tres ó cuatro ó cinco mil pesetas, de las que han de obtenerse compra de material de laboratorio, adquisición de instrumental, reformas de las mismas salas, incluso instalaciones de calefacción, pago de radiografías, etc., es un género de credulidad paradisiaco. ¿Para qué comparar nuestros recursos con los de otros centros extranjeros? Son muchos los españoles, y especialmente los médicos, que conocen el funcionamiento de los mismos y saben a qué atenerse respecto a la grandeza y a la pequeñez de aquellas y de estas instalaciones.

Al hablar de dotación, es menester pensar en algo que no suele ser costumbre nuestra. Es frecuente en España la construcción de un gran edificio, proyectado con muchos millones de pesetas, y también suele suceder que al terminar las obras se echa de ver que falta el presupuesto necesario para su sostenimiento. Entonces, empieza el capítulo de las economías, de las sorpresas, pagadas por el personal y por la función misma, que no corresponde a la magnífica construcción en donde se aloja. Noblemente, debemos advertir los que pensamos de otra manera, a los que dirigen la construcción de la futura Ciudad Universitaria, sobre la necesidad de preveer la función.

La falta de medios es evidente en nuestras Facultades de Medicina, y, sobre todo, en algunas de ellas. Hemos tenido, y tenemos, edificios destinados a la enseñanza, que no se podían presentar sin vergüenza a la gente de fuera.

No hace muchos años aún, había cátedras en nuestro país que no tenían la más mínima dotación de instrumental ni de libros, ni de enfermos, y algo de esto ocurre en el presente todavía.

En este capítulo quiero consignar el hecho de las grandes necesidades que una moderna Facultad de Medicina tiene en lo que se refiere a elementos docentes y que obliga a que estos centros se hallen situados en capitales suficientemente populosas para poseer el número de cadáveres y de pacientes que se requieren.

La disección, los ensayos operatorios, las pruebas de nuevas técnicas, las autopsias clínicas, exigen un gran caudal de elemento humano. Por eso es una equivocación el pretender conservar Facultades de Medicina en pequeños centros de población. A pesar de lo evidente que es este razonamiento, no tenemos confianza en que prevalezca en las disposiciones que rijan algún día próximo la reorganización de la enseñanza. Los pequeños intereses, aquellos mezquinos argumentos que colocan la conveniencia particular sobre el bien general de la nación, impiden toda reforma en este sentido de supresión; por lo menos, se puede asegurar que lo han impedido hasta ahora. Defensores interesados han argumentado, en contra de cuanto venimos exponiendo, que en otras naciones donde la Universidad lleva vida floreciente, existen Faculta-

des de Medicina en capitales pequeñas, como Marburgo, Bonn, etc., en Alemania. Al discutir de este modo, se olvidan que existe una esencial diferencia en uno y en otro caso; porque estas pequeñas capitales se hallan enlazadas por múltiples vías de comunicación, con extensas comarcas en donde la población es cuatro y aun cinco veces mayor que la nuestra. Estos distritos universitarios proveen a la Facultad de los enfermos que han de llenar sus grandes clínicas.

Al lado de la dotación hay que incluir otro factor importantísimo para el porvenir de nuestras Facultades de Medicina, que es el de la selección de profesores y alumnos.

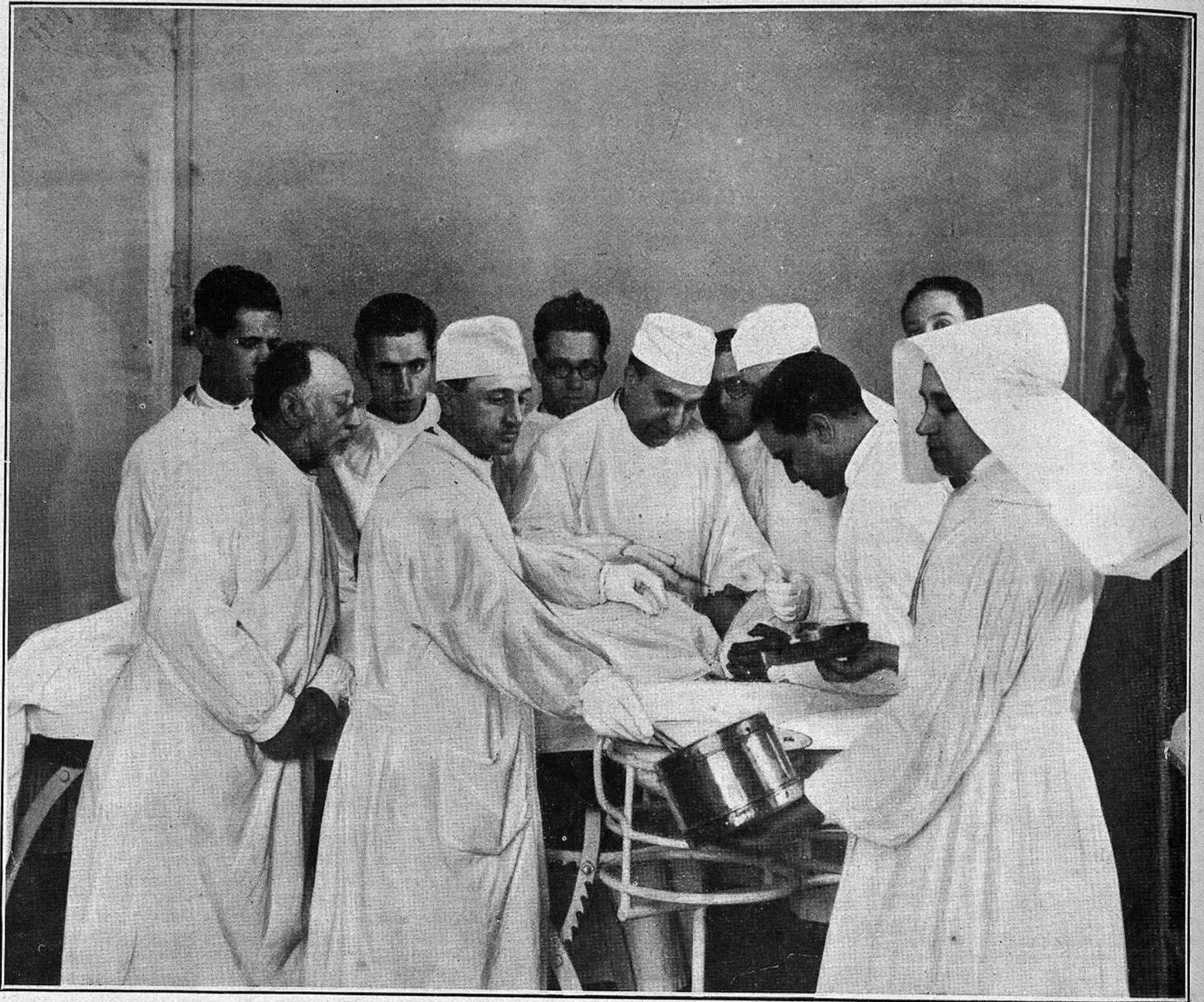
La selección en nuestro profesorado es urgente. Algunos fenómenos se dan en nuestro país que, por fuerte que ellos sean, obliga la sinceridad a describirlos, con el aditamento de que tales manifestaciones no se presentan en ninguna de las organizaciones universitarias del mundo civilizado.

¿En dónde ocurre el hecho de ver llegar a una cátedra de Medicina a jóvenes de veinticinco años? ¿Es posible que a esta edad se tenga la preparación, la madurez, la experiencia que exigen su desempeño? Difícil parece; pero aun es posible comprender, en casos excepcionales, una gran formación científica, dogmática, en conocimientos literarios e históricos; pero en carreras profesionales que se basan sobre la observación de la Naturaleza, la adquisición de la experiencia sedimentada no sólo es función de inteligencia, sino también de tiempo. Por propia experiencia lo decimos. Entre nuestros primeros años de profesor y los actuales, hay diferencia tan enorme como la que media entre la sabiduría adquirida en el libro y el juicio reposado que se forma con la práctica. Por muy precoz que sea el desarrollo intelectual de nuestra raza, no es posible explicarse que sólo en España exista la aptitud de llegar a una cátedra de Clínica antes de los treinta años. Fuertes argumentos deben existir para que todas las naciones progresivas tengan desechado nuestro sistema de reclutamiento. Consecuencia del mismo es el poco aprecio que una gran parte de la juventud demuestra hacia la posición alcanzada. La escasez de candidatos en las oposiciones que actualmente se observa, y lo que es más grave todavía como in-



El profesor Suñer, con los profesores franceses Roges y Nobecourt, al terminar las conferencias del eminente médico español en el Hospital Enfants Malades, de París

(Fot. Rebaud)



El profesor Suñer en una de sus lecciones prácticas de terapéutica operatoria. A su lado, su auxiliar, Dr. Fernández Iruegas; en primer término, su profesor clínico, Dr. Zamaniago

(Fot. Cortés)

dice moral, el hecho repetido de que jóvenes profesores pidan la excedencia voluntaria aun sin desempeñar la cátedra ganada en oposiciones, da idea de este estado de conciencia que envuelve una falta de aprecio y de concepto de lo que en otros países constituye el más grande honor y el anhelo más intenso de los profesionales. Todos estos hechos prueban que la cátedra es aquí, en cierto modo, una especie de puesto burocrático, algo así como el empleo en una oficina, en donde se procura pasar cómodamente por los distintos ascensos y traslados hasta alcanzar la plaza que más conviene. Es el deseo de ostentar el título solamente el que mueve á muchas personas á opositar. Tenemos la firme convicción de que ninguna disposición existe en España que desprestigie más la dignidad del cargo de catedrático, que la que autorizó las excedencias voluntarias, sin fijar, por lo menos, un plazo prudente en el desempeño de la cátedra. Los que amamos la enseñanza y hemos demostrado con el sacrificio propio, durante muchos años, nuestra adaptación en aquellos cargos que nos obligaban á vivir alejados de la capital ansiada, tenemos el derecho de pedir más amor y más sacrificio por parte de los catedráticos que llegan.

Argumentos de índole económica pueden oponerse á esta lamentación. Es cierto que el profesor no tiene independencia económica; que la cátedra no le proporciona por sí misma un medio de desenvolvimiento material sin esclavizarse en el ejercicio de la práctica privada, que suele rebajar su porvenir científico. Este es un gran

mal que el Estado español no ha sabido corregir. En vez de mantener tantos pequeños centros de enseñanza, ha debido, á nuestro juicio, sostener unos pocos, en los que se hiciera una selección á estilo europeo del profesorado, con la dotación espléndida del mismo, á fin de crear un plantel de hombres de ciencia, de puros investigadores, que elevaran á una grandísima altura el nivel cultural de España. Esta independencia del profesor se requiere aún más en la época que atravesamos, en que tanto se propende á valorar hiperbólicamente trabajos é invenciones que, por desgracia, muchas veces sólo llevan un interés exclusivamente industrial.

La selección del profesorado exige, pues, una lenta formación del elemento joven, capacitándolo, al lado de verdaderos maestros, en el terreno de la ciencia y de la pedagogía; un crédito de tal prestigio, que por él mismo ansien llegar en edad madura los que aspiren á un glorioso fin en la existencia de nuestra profesión. Con ó sin oposiciones, asunto este para discutirlo en otros momentos, la Universidad debe trazar estas pautas como fundamentales para el reclutamiento de nuestros profesores. Y estos fines no se lograrán hasta el día en que nuestras Facultades, poco numerosas, estén situadas sólo en grandes centros y provistas de todos los medios para su desenvolvimiento.

El criterio de selección hay que aplicarlo también á los alumnos que llegan á las Facultades de Medicina. Tenemos plétora de médicos, digan lo que quieran cuantos opinan lo contrario, y

sólo perciben el bienestar y el alto relieve de los privilegiados por la fortuna. Si no hubiera plétora de médicos, ¿se podría dar el caso de compañeros, servidores de Sociedades, en donde por un mísero estipendio, que no llega á retribuir la visita á quince céntimos, están sujetos á una esclavitud sólo comparable á la de los antiguos siervos de la gleba, sometidos á un trabajo continuo como el del forzado de las galeras, en donde una cifra de 30 visitas diarias y unas ó dos salidas nocturnas es la habitual existencia? ¿Y se podría dar el caso de que, al ocurrir una de estas vacantes, la solicitaran 70 y 80 colegas? El proletariado obrero, á pesar de su malestar, no tiene ejemplos tan terribles de sordidez y de inicua explotación como los de nuestros médicos. Y esto sólo tiene un remedio, dígame con permiso de los patrocinadores de fórmulas societarias: disminuir su número y elevar, en los que lleguen al final de la carrera, el tono de dignidad profesional en sus diferentes aspectos.

Selección, dotación, he aquí los dos elementos demoleedores de nuestro burocratismo universitario. Alma profesional que sea una manifestación del entero espíritu del país, es lo que necesitamos. Creación de Centros médicos que tengan toda la prestancia, la autoridad y el brillo de los Institutos extranjeros más afamados. Esta obra queda encomendada á los que trabajan por la futura Ciudad Universitaria. Hagamos votos por que su labor sea salvadora para nuestra Patria.

ENRIQUE SUÑER

## APOSTILLAS

## ¿PUEDE HABER UNA ESCULTURA MODERNA?

HEGEL se anticipó á proveernos con una explicación de por qué no puede haber una escultura moderna. Ensayaré resumir en conciso y rápido esbozo el pensamiento caudal de Hegel. Para él, la Idea, una Idea absoluta, que se parece mucho á Dios, es el principio y fin de todas las cosas. La Idea va realizándose paulatinamente en la Historia. De donde se sigue que la Historia no es sino manifestación evolutiva de la Idea á través de nuevos modos, ó medios, exteriores, y, por lo tanto, de nuevas formas sensibles. El edificio filosófico de Hegel, en lo tocante á la estética, aunque rematado por él en la Idea, desde el fundamento de la prehistoria humana hasta el pináculo de un distante futuro, está, por esto mismo, inconcuso en la realidad; realidad venidera y necesaria. La idea de Belleza ha ido verificándose en formas sucesivas, las cuales coinciden con la aparición de otros tantos tipos de arte, representados cada uno por la preponderancia y plenitud de una de las bellas artes. Estas artes históricas, habiendo hallado en el tiempo propicio consumación perfecta, no fueron ya en la posteridad susceptibles de superación, sino de repetición, imitación ó tenue modificación. Los tipos de arte, con sus correspondientes artes representativas, son: primero, Egipto. Momento del arte simbólico. El símbolo está más sugerido que expreso. El elemento sensual gravita en demasía sobre la Idea espiritual. Arte representativa de este momento, la arquitectura. Segundo, Grecia, la Era del arte clásico. La Idea y la materia se equilibran. Es un paso adelante hacia la liberación de la Idea. Arte representativa, la escultura. Tercero, Edad Media y Renacimiento. Edades del arte romántico. El espíritu se sobrepone á la simple sensación de vida, en su aspecto antropomórfico de belleza y proporción corporales. El lenguaje artístico de la Idea entra en posesión del elemento espiritual color. Arte representativa en los umbrales de esta etapa, la pintura. El ciclo romántico, en sentir de Hegel, no está cerrado aún. Las artes del presente y del porvenir son: la música, que casi prescinde de la materia, y la literatura, la más universal, íntegra y espiritual de las artes. Estas dos últimas artes no han alcanzado la plenitud de su evolución. Ciertamente; desde que Hegel escribía, música y literatura han evolucionado formidablemente. La pintura, supuesto que no haya evolucionado, ha padecido notable mudanza en ciertos casos, lo cual no contradice el plan ideológico de Hegel. En cuanto á la arquitectura, la transformación se debe singularmente al invento adventicio de un nuevo material de construcción: el hierro.

Por vía de documentación clara, trasladaré ahora algunas frases literales de Hegel sobre la escultura. A la materia inorgánica se opone el espíritu. El espíritu recorre un camino gradual en la virtuosa ambición de manumitirse de la materia hasta adquirir libre conciencia de sí propio. Pero el primer paso que aventura el espíritu en esta región inexplorada (arte escultórico) no es todavía la verdadera plenitud y retorno del espíritu sobre sí propio, lo cual supondría como imprescindible un modo de exteriorización puramente espiritual. Tal sucede con la poesía, con la música, los grados superiores del arte, y también, aunque en más humilde jerarquía, con la pintura misma. El espíritu comienza por tomar posesión de sí en cuanto se reconoce en su existencia corporal. La escultura es el arte que tiene por objeto la aprehensión de este

momento en el desarrollo del espíritu. Su modo específico se cifra, de aquí para siempre, en la representación de la individualidad espiritual revestida con aquella forma de la materia que se presenta inmediatamente á nuestros sentidos: la forma corporal. ¿Es, acaso, pobreza é inhabilidad de la escultura ceñirse á un solo aspecto de la realidad, la forma corporal, con abstracción de todo lo demás? La respuesta es llana. La forma representada por la escultura cierto que no va más allá de un solo aspecto del cuerpo humano, real y vivo, ni ofrece diversidad alguna de colores y movimientos. Pero esto no implica imperfección. Cada arte, en virtud de su esencia, se impone á sí misma ciertos límites infranqueables. Cada arte posee un fondo determinado y un modo de representación distintos y privados suyos, al igual de las ciencias varias. La geometría se ocupa del espacio; la jurisprudencia, del derecho; y por ahí adelante. El arte separa, igualmente, lo que está separado en el pensamiento, bien que en la realidad no lo esté. Así, en los materiales extensos manipulados por las artes plásticas y el diseño, se debe distinguir por el pensamiento, escindiendo el uno de la otra, aquí, el cuerpo propiamente dicho, con la totalidad de sus dimensiones y su forma abstracta, allá, la apariencia visible en sí, más particularizada, más viva, mediante la relación de colores. La escultura hace alto definitivo en aquella primera jornada de la forma humana propiamente dicha, á la cual maneja y conforma á la manera de un cuerpo estereométrico, según su simple configuración, determinada por las dimensiones del espacio. La escultura, en sus representaciones, no va más allá del primer modo de la existencia natural, ó sea la mera manifestación voluminosa en la luz, desnuda de color. No faltan ejemplos de estatuas pintadas; pero, á medida que el gusto artístico va depurándose, la escultura se desembaraza del lujo colorista, que no le cuadra. La escultura es el foco adonde converge el ideal clásico. En ella se establece la unidad del *ordo rerum extensarum* con el *ordo rerum idearum*. Primeras nupcias estéticas del alma con el cuerpo, en cuanto el espíritu, elemento interior, no se expresa en la escultura sino bajo forma corporal. Por esta razón, la escultura debe representar el ideal fijo, general, regular, invariable, de la forma humana; pero, á la vez, individualizado. ¿Hasta dónde es lícita esta individualización? Ante todo, la escultura no debe incurrir en la representación de la personalidad accidental. El problema escultórico se plantea así: encarnar en la forma humana el principio espiritual de su naturaleza, general y á la par individual; pero no todavía particularizada ni subjetivamente replegada sobre sí misma. La escultura debe proceder á semejanza de los dioses, que crean con arreglo á leyes eternas y abandonan á la criatura el cuidado de conducir hasta el fin su libertad y su personalidad en el mundo real. En cuanto al ropaje escultórico, es admisible, á condición que sea tratado como una obra de arquitectura, algo así como una vivienda de cristal, que alberga el cuerpo, pero no lo escamotea ni oculta. Las vestiduras antiguas, majestuosas, flexibles y dóciles, dan la regla para las imágenes de la escultura, y son preferibles al traje moderno.

La teoría de Hegel es sensata, pero incompleta. Como las verdades de la Biblia, necesita de abundante comentario.

RAMÓN PEREZ DE AYALA



Josefina Díaz de Artigas en «Tambor y Cascabel»  
(Fot. Cortés)

EL día de los Quintero se ha convertido en una semanita larga de talle, y no me parece mal que haya sido así: coincidiendo en un día, no hubiésemos podido oír todas las comedias ni todos los discursos de sus comentaristas, y ambas cosas tenían que interesarnos forzosamente. Bien está, pues, que el día se haya hecho semana, y ello es una nueva demostración de que «el nombre no hace la cosa».

El *Liberal* tuvo una feliz idea proponiendo el homenaje, y va teniendo un completo acierto al realizarla. Por de pronto, y ya sería bastante motivo para aplaudirle, nos ha proporcionado el placer de ver nuevamente en escena obras como *Las flores* y *Los galeotes*, demasiado olvidadas por nuestros comediantes y nuestros empresarios, á los que no hay modo de curar la manía estrenista que tan malos ratos nos proporciona.

Hay motivos suficientes para pensar que los mismos hermanos Quintero consideran esas dos obras como culminantes en su copiosa labor, y es de suponer que no serán las únicas que ellos,

## LOS QUINTERO Y LA CRITICA

como cuantos estimamos de veras su teatro, gustaríamos de ver representadas no sólo en ocasión solemne y de manera excepcional, sino como mayor frecuencia, habitualmente, como en todos los países del mundo culto se representan las obras maestras de las respectivas literaturas dramáticas.

El más grande valor del homenaje sería, efectivamente, el de convertirse en una especie de «yo pecador», una confesión de nuestro pecado de olvido y un propósito de la enmienda, de nunca más pecar. Desgraciadamente, *Los galeotes* y *Las flores* han sido flor de un día: al siguiente, en la Latina han preferido representar nuevamente *El hombre que todo lo enreda*, y la Compañía, excelente, formada para representar *Las flores* en la Zarzuela, ha dejado nuevamente el campo á los cantantes y se ha disuelto más fácilmente aún que se había constituido. Hasta *Malvaloca*, comedia de más fácil comprensión y de mayor regocijo, cedió el puesto á *La caraba*, y esto cuando aún resonaban en los respectivos teatros las palabras elocuentes y entusiásticamente encomiásticas de Luis Gabaldón, de Manuel Machado y de Arturo Mori.

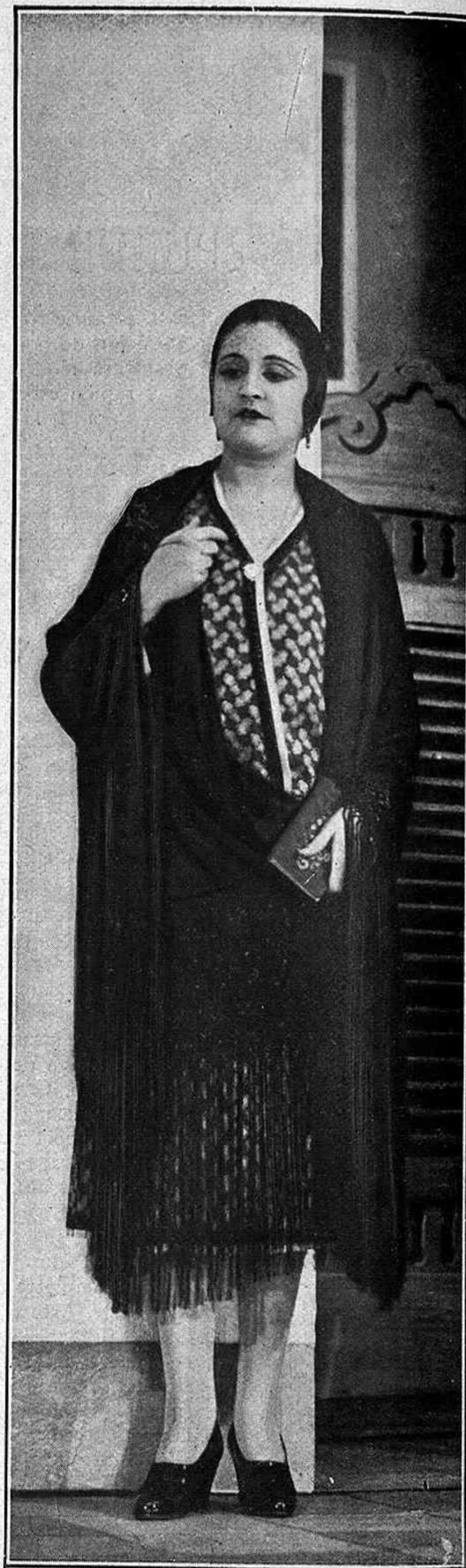
### SIC TRANSIT...

De las obras representadas en homenaje á los Quintero hasta el momento en que escribo, sólo una, aparte las estrenadas esta temporada, ha perdurado en el cartel: *Mundo, mundillo*, que no es precisamente una de las mejores del repertorio quinteriano; pero es, no sé por qué razones de preferencia, del repertorio de la Compañía del Infanta Isabel.

Del homenaje, pues, desde ese punto de vista, que sería, á mi juicio, el más interesante, no quedará nada: de hoy más, como hasta hoy, el teatro de los Quintero, como el teatro de Benavente, seguirá siendo el «actual», el que escriban para cada temporada; y cuarenta años de labor fecunda y pródiga, extraordinariamente pródiga en triunfos, quedará perdida por no representada ya, que ni los Quintero ni ningún dramaturgo del mundo—salvo los autores paradójicos que hacen dramaturgia incompatible con la escena—han escrito sus comedias para que duerman en los estantes de los bibliófilos, sino para que vivan en los escenarios.

¿A quién culpar de ese éxito lamentable? Aparentemente, á nadie menos que á los panegiristas de los Quintero: tan pródigos han sido en el incienso, que han hecho recordar insistentemente una frase famosa de *Figaro*: pero, ¿son convincentes tan exaltados panegiricos? Los hechos demuestran claramente que no, y si no convencen, es, de seguro, porque nos hemos acostumbrado de tal modo á la hipérbole, que los mayores encomios se nos quedan á flor de piel. Tan peligroso es en ese punto pecar por exceso como por defecto, y, en definitiva, quizá el público necesite, como el personaje de la novela inmortal, para creer en la hermosura de Dulcinea, ver una efigie, por pequeña que sea: la mayoría de las conferencias pronunciadas en el homenaje son intercambiables, es decir, hubiesen podido ser pronunciadas igualmente en cualquiera de las representaciones, porque en nada se referían á la obra representada. Han sido conferencias abstractas, de lo que llamábamos en otro tiempo «vaga y amena literatura». Algunas de ellas, bien conservadas, con unas bolitas de naftalina, podrán servir para otro homenaje próximo: todo será, cuando más, cambiar los nombres de los festejados.

Es muy posible que hubiesen tenido más eficacia en esta ocasión solemne, y en otras mucho



Carmen Díaz en «Los mosquitos»  
(Fot. Cortés)

menos sonadas, un estudio concreto, analítico, de cada comedia, en que la sensibilidad más fina y mejor cultivada de cada comentarista hubiese educado adecuadamente la sensibilidad del público, para que estimase mejor las bellezas, que sin tal guía dejó pasar inconsciente.

Y es que la pereza es quizá el más español de los pecados capitales—ya lo dijo Benavente hablando del milagro de San Isidro—, y es infinitamente más cómodo decir:

*La española infantería  
es valiente porque sí,*

que acumular pruebas existentes en apoyo de la afirmación.

El mejor homenaje que literatos de tanto fuste como los que ahora han encomiado con tanto arte y tanta elocuencia—dicho sea sin redundancia—á los hermanos Quintero, hubiesen podido rendirles, hubiera sido estudiar sus obras, aquilatarlas, seleccionarlas, comentarlas y dar así al público una guía espiritual para compren-

derlas y sentirlas; pero como esos comentaristas no gozan, como el santo madrileño, de la gracia divina que les envíe un ángel para que les haga la labor mientras ellos oran, el teatro de los Quintero sigue sin estudiar, y en la orquesta congregada para su glorificación sólo ha sonado un instrumento, grande y sonoro, sí, el más retumbante de todos; pero el que menos música requiere saber, porque no tiene más que una nota, si nota puede llamársela.

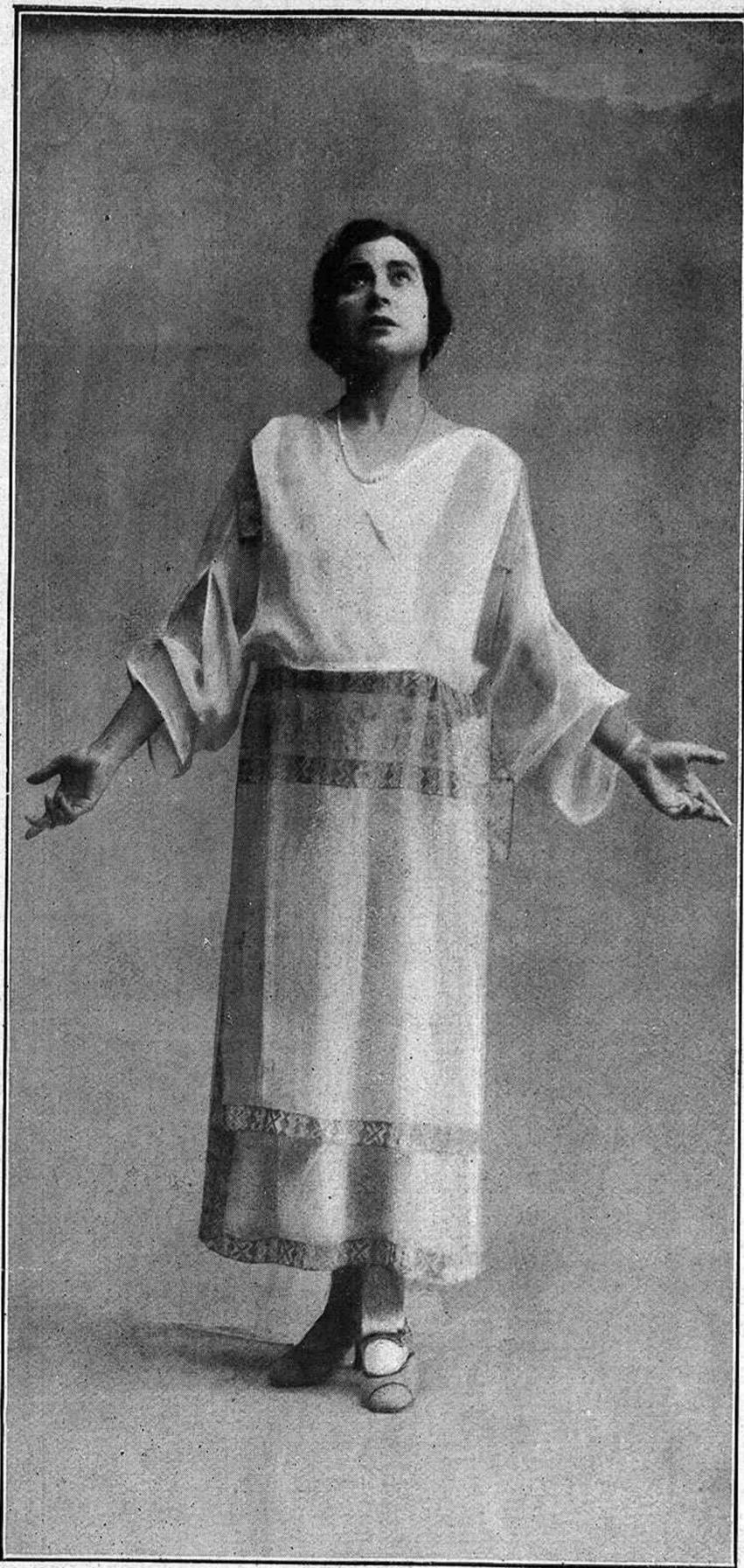
Cierto que si alguien se hubiese permitido dar otra distinta, hubiesen caído sobre él los más furiosos anatemas, y en este caso tal vez con aparente razón, porque hubiera podido parecer inoportuna, ya que se trataba de hacer panegíricos; pero los panegiristas de la Magdalena, de San Pablo y del mismísimo San Ginés, patrón de los cómicos y cómico él mismo en su mocedad, no ocultan los pecados de sus panegirizados, antes los ensombrecen para que brillen más las virtudes contrapuestas á ellos.

Pero lo que es uso y costumbre piadosa y buscadora de ejemplaridad en los templos del Señor, no puede serlo en los templetes de Talía: nada menos que Benavente, con todo su talento, aprovecha la ocasión para hablar de «veleidades de la crítica». De eso á proclamar la infalibilidad de los dramaturgos, no va nada. ¡Y es muy posible, casi seguro, que el autor de *La noche iluminada* no crea en la infalibilidad del Soberano Pontífice, ni aun en asuntos dogmáticos!

Uno de los panegiristas de los Quintero—que lleva por unánime consentimiento el calificativo de maestro entre periodistas—ha visto en la



Loreto Prado en «Isidrn ó las 49 provincias» (Fot. Díaz Casariego)



Margarita Xirgu en «Cristalina»

obra de los Quintero «el teatro más humano de que hay noticia en nuestra patria desde *La Celestina* y *El alcalde de Zalamea*»; y por si era poco ver, ha visto también que «en muchas de sus obras se transparenta la reflexión honda del autor de *Fausto* y de *Las afinidades electivas*, la trágica sublimidad del creador de *Hamlet* y de *El Rey Lear*, aunque sin sangre ni alaridos de espanto»; es decir, sin los aditamentos indispensables al mal Cristo. ¿Será veleidad de la crítica no encontrar esas cosas sublimes en *La cuestión es pasar el rato*, por ejemplo?

De Goethe, nada menos, nos ha dicho recientemente un crítico galo que no entendió completamente el *Fausto* hasta que leyó la traducción francesa; ¡qué mucho que los críticos españoles no entiendan algunas obras de nuestros más grandes dramaturgos y qué mucho que los críticos españoles digamos de vez en cuando algunos disparates, aunque nuestra imaginación no sea tan pródiga como la del comentarista del autor de *Las afinidades electivas*!

Los críticos están también, naturalmente, sujetos á error. Todos son elegibles para el Pontificado; pero hasta ahora ninguno ha sido pontífice ni ha gozado, por tanto, de la infalibilidad ni aun parcialmente. Quizás no holgaría que, como á los autores, cuando fuesen dignos de tanto honor, alguien los estudiase y aleccionara. Hace poco más de una quincena dijo González Fiol las amargas y quizás justas quejas de María Guerrero contra la dureza de la crítica, y hace un año era moda culpar á la benignidad ó á la inconsciencia de los críticos de la decadencia de nuestro teatro. Unas veces demasiado dura hasta motivar el consejo de Echegaray de meter la



Angelina Vilar en «Mundo, mundillo» (Fot. Calvache)

cabeza entre las alas, con gesto de avestruz, para no oírla; otras demasiado suave, con benevolencia corrosiva como la del personaje de Ayala. Sería muy interesante averiguar y decir por qué, y con ello ganaría más que nadie la crítica misma.

Pero todo esto no hace que sea de buen gusto «meterse con la crítica» para elogiar á los Quintero y llamarla «veleidosa» porque no dice á todo que sí.

Benavente pensó alguna vez, y comenzó á realizar su pensamiento, en traducir el teatro de Shakespeare; pero seguramente no pensó nunca traducirle íntegro, porque no juzgará de igual valor todas las obras del genio inglés. ¡Veledades de crítico! De Calderón, de Lope, de Tirso nadie juzga iguales entre sí todas las comedias. Después de *El alcalde de Zalamea* aún escribió algo su autor; pero no tan humano si nos atenemos á la letra del comentarista á quien aludí antes, como el teatro de los Quintero. *Hay gentes que en vez de incensar tiran el incensario á la cara.* Para ver en las obras de los ilustres autores sevillanos á Goethe, á Shakespeare, á Wagner y á Beethoven es necesario tener vista de lince, con ver cerca á Valera, como Gómez de Baquero, ó más cerca á Bécquer y á Campoamor como Luis Gabaldón, el más acertado de los comentaristas á que he oído, hay bastante, se dice mucho en pro del teatro de los Quintero, y es posible que se incite más en las gentes el deseo de admirarle. Hay personas que temen al genio y no se atreven á enfrentarse con él.

Sobre que la admiración incondicional es mucho más cómoda que la razonada. Recuérdese el caso de aquel literato del 98—¡oh, la generación del 98!— que anduvo á puñadas en plena vía pública defendiendo á Galdós ¡y no había leído ni una sola de las obras del maestro!

Por eso, aunque llame á la crítica «tío Paco», «maese Reparos» y por fin y remate Judas, sin el cual no sería posible el drama de la pasión y muerte del dramaturgo, tiene razón el otro panegirista que, convirtiendo en apólogo un romancillo propio, hace decir á la crítica, en figura de muñeca, á la niña que la destrozó en un momento de mal humor:

«Yo te quería más que nadie, aunque decirlo no pudiera.»

Verdad es que el mismo comentarista cree que á veces el apólogo puede invertirse y ser el autor el que diga á la crítica:

«Yo te quería más que nadie, aunque decirlo no pudiera.»

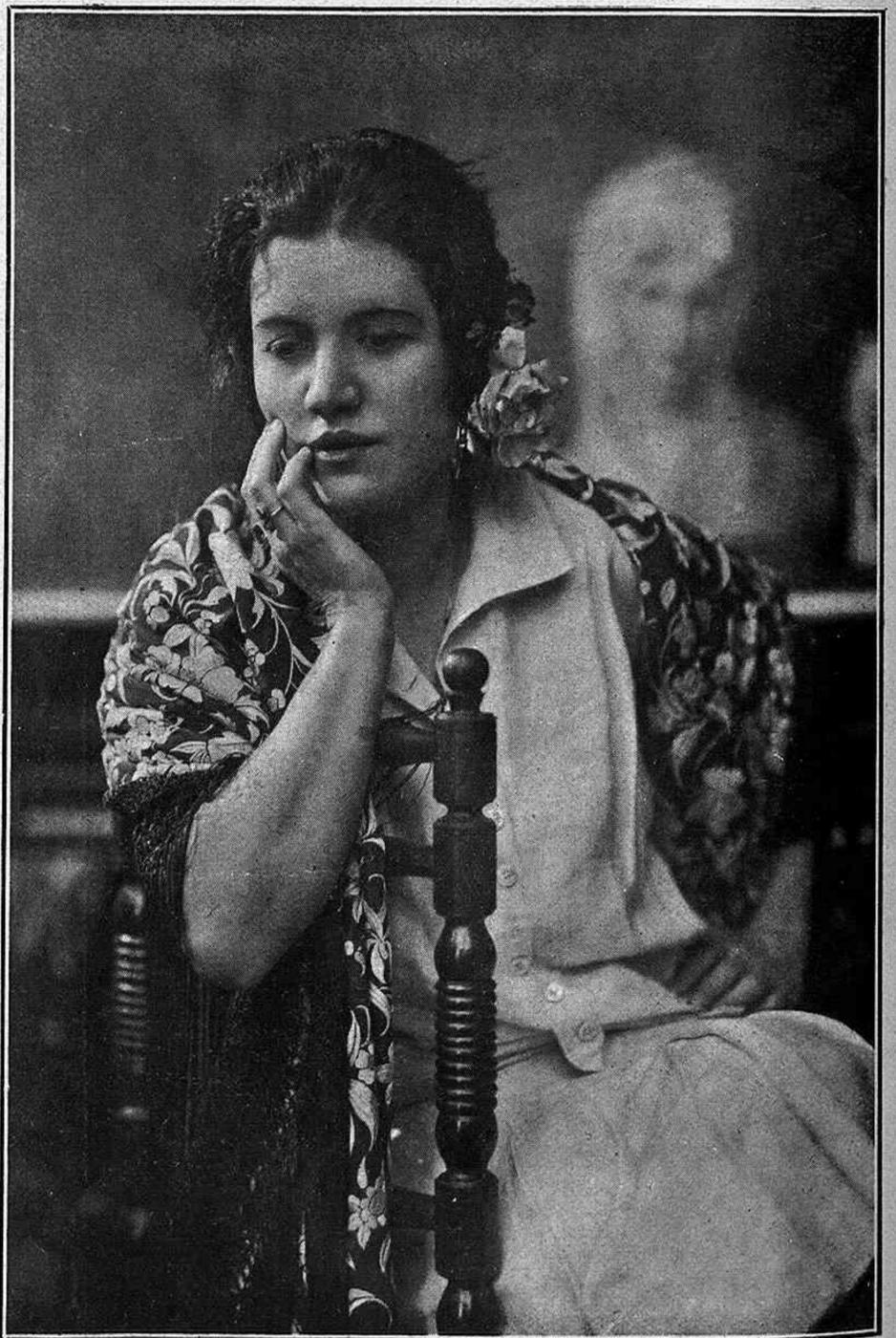
Los autores saben también, como los mortales, que hacer llorar es una prueba de cariño, y uno de ellos, callado hace tiempo, escribió una comedia con este rótulo: *Cariños que matan.*

No digo, naturalmente, que haya habido algún panegirista de los Quintero á quien le ocurra lo mismo con los autores que festejaba; pero alguno ha dado la sensación de que, todo lo más le conocía «de oído».

ALEJANDRO MIQUIS



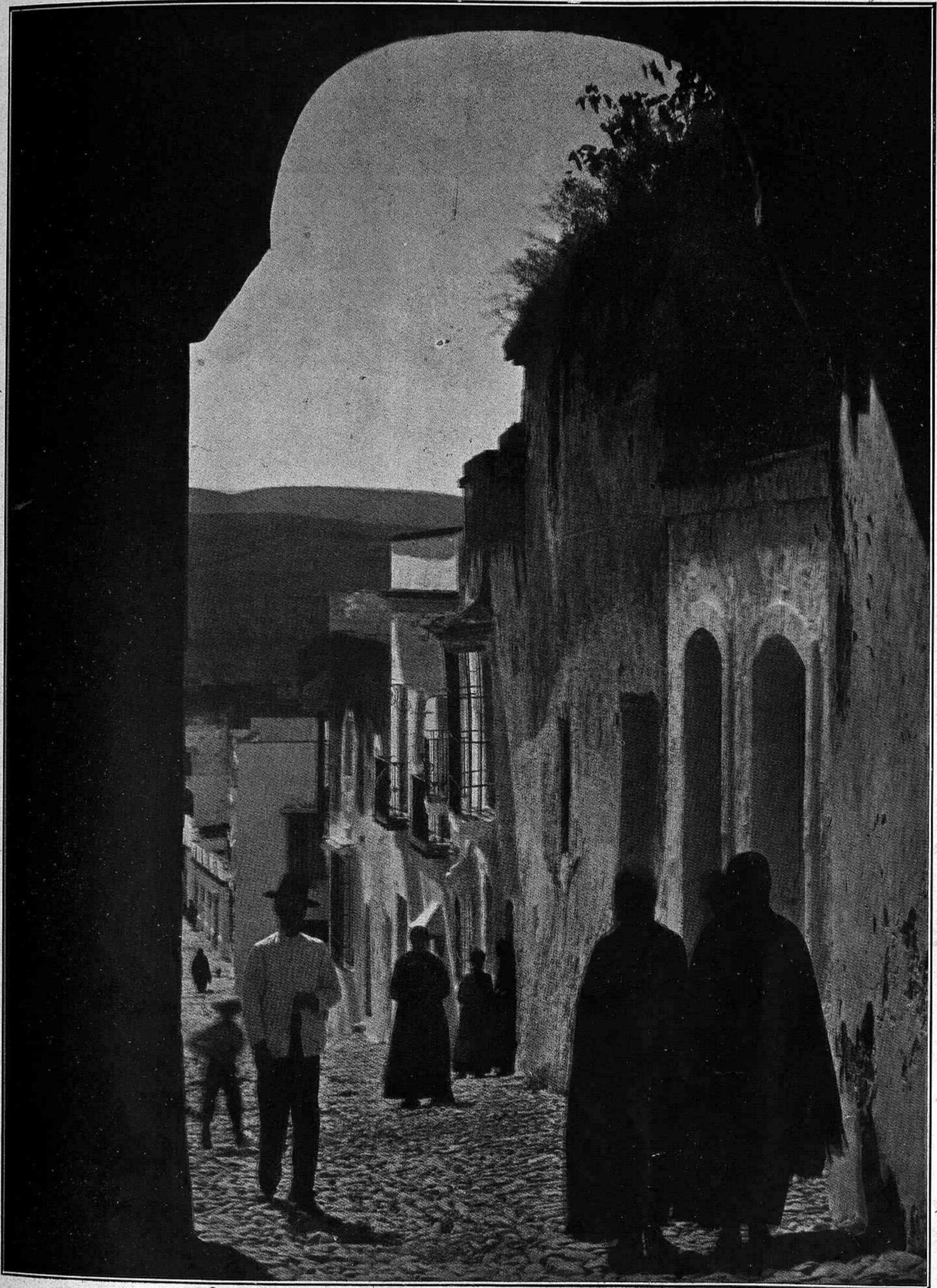
Rosario Pino en «Cancionera»



Concha Torres en «Malvaloca»

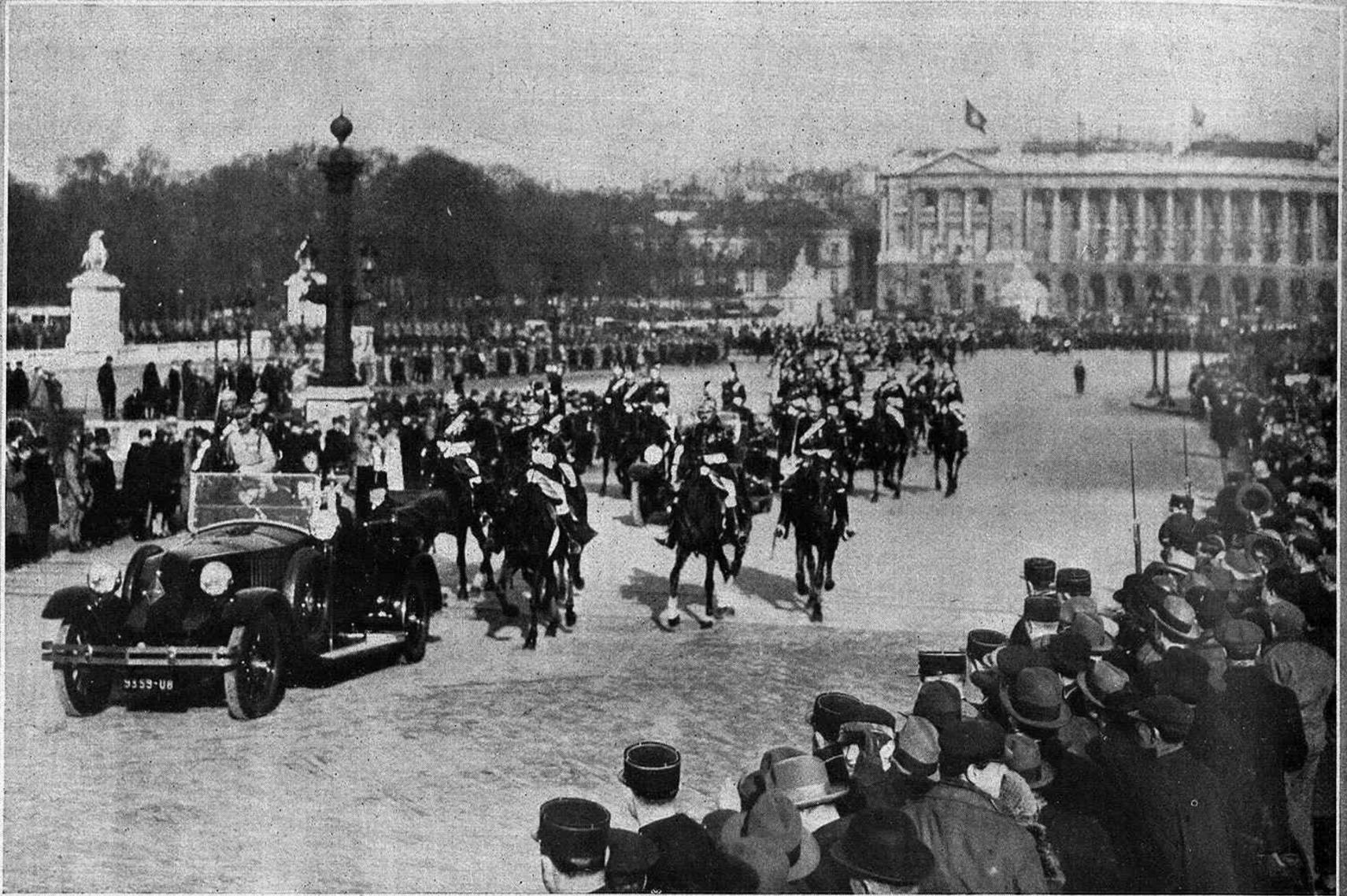
(Fot. Walken)

# ARTE FOTOGRAFICO



ESPAÑA PINTORESCA

Una calle típica del bello pueblo andaluz Arcos de la Frontera (Fot. Hielscher)



Los Reyes de Afghanistan, acompañados del Presidente de la República, desfilando por la plaza de la Concordia a su llegada a la capital de Francia

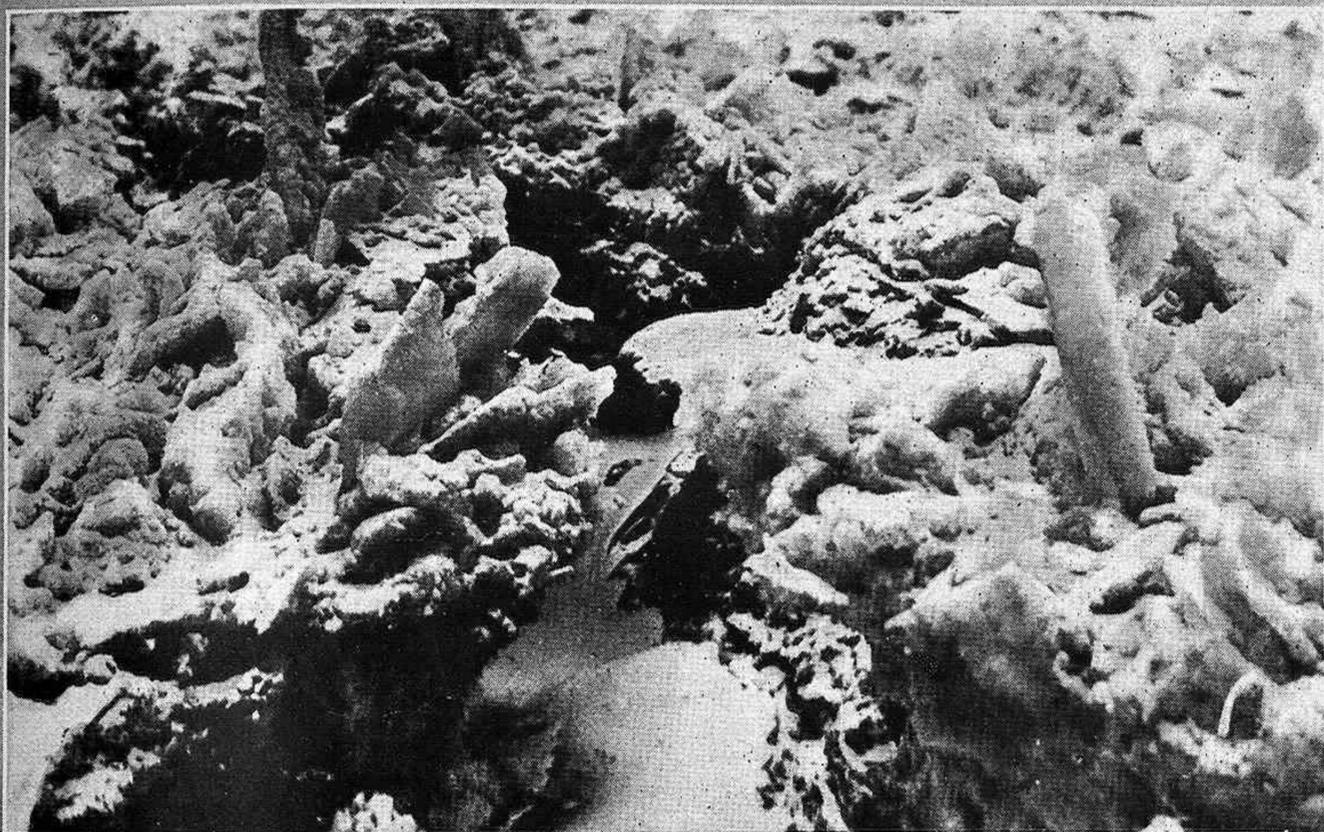
### VIAJES REGIOS *Los Reyes de Afghanistan en la capital de Francia*

Ha constituido un acontecimiento político, de indudable relieve, la visita a Europa de los Monarcas de Afghanistan. El jefe del lejano reino asiático, educado e influido por la civilización occidental, ha orientado su pueblo por los derroteros modernos de los países más cultos, de tal modo que Afghanistan se halla en un periodo de transformación que se acusa en todos los aspectos de su vida.

El joven Monarca, Amanullah, ha sido recibido con todos los honores debidos a su alto rango en las capitales de Italia y Francia, y tanto los jefes de Estado como los presidentes Mussolini y Poincaré, han celebrado interesantes conferencias, de las que probablemente se deducirá una intensificación de las relaciones entre el reino asiático y las potencias europeas.

El Rey de Afghanistan, acompañado de su esposa, y seguido de monsieur Painlevé y las personalidades que acudieron a recibirle, pasando revista a la columna que le rindió honores a su llegada a París  
(Fots. Agencia Gráfica)

Los  
rigores  
del  
invierno  
en  
el Norte  
de Europa



Aspecto que presenta el Danubio á su paso por Presburgo. El caudaloso río se halla helado desde principios de Diciembre, lo que no ocurría hace diez años

EL invierno que pasa, dejará su recuerdo lamentable en la memoria de las gentes. Fríos, nieves, inundaciones, temporales como no se recordaban hacía muchos años, han sido el terrible acompañamiento de la estación más dura porque han pasado poderosos y humildes, aunque para éstos los rigores extremados hayan significado mayores privaciones que nunca, escaseces, duelos...

Otro aspecto del Danubio, en Presburgo, que se diría es el de las regiones árticas



Tras las inundaciones terribles de Inglaterra, las bajas temperaturas en los países del Norte de Europa, donde el termómetro descendió hasta veinte y treinta grados bajo cero, mientras las furiosas nevadas hacían punto menos que imposible la vida fuera de los hogares.

Como datos concluyentes de semejantes extremados rigores, los que Europa no sufría hace bastantes años, publicamos en esta plana tres notas gráficas curiosísimas, dos que recuerdan aspectos distintos del Danubio á su paso por Presburgo, y otra de la tradicional fiesta de la bendición de las aguas en Riga, para la que hubo que romper previamente la gruesa capa de hielo del río.

La tradicional bendición de las aguas del Duna, en Riga, hubo que llevarla á cabo partiendo la gruesa capa de hielo del río



## EN CASA DE LA MARISCALA DE LA NOBLEZA ( CUENTO )

EL primero de Febrero, día de San Trifón, mártir, todos los años hay, en bien del antiguo mariscal de la nobleza, Trifón Luovitch Zaviasiatov, un movimiento desacostumbrado. Esta fecha, onomástico del difunto, su viuda, Liubov Petrovna, hace decir por él un servicio, seguido de un *Tedéum*.

Todo el distrito acude á él. Se ven allí al mariscal actual de la nobleza, Krukmov; al presidente de la Comisión del *zemsvo*, Marfutkine; Protrakov, miembro permanente del despacho para los asuntos de los campesinos; los jueces de paz de las dos circunscripciones; el jefe del distrito, Krinolinov; los dos comisarios de policía; el médico del *zemsvo*, Dvorniaguine, oliente á yodoformo; todos los propietarios grandes y pequeños de los alrededores... Entre todos, unas cincuenta personas.

A mediodía en punto, los invitados de todas las habitaciones de la casa van á reunirse en el gran salón. Aunque el suelo está cubierto de alfombras y los pasos no hagan ningún ruido, la solemnidad de la circunstancia fuerza intuitivamente á todos á andar sobre las puntas de los pies, balanceando los brazos... En el salón todo

está dispuesto. El padre Eumene, un viejecito con un alto gorro de terciopelo descolorido, lleva una casulla negra. El diácono Conkordiev, rojo como un langostino, ya revestido de los hábitos sacerdotales, vuelve suavemente las páginas de un ritual marcando algunas con tiras de papel. En la puerta de la antecámara, el sacristán Luca, con las mejillas muy infladas y los ojos salientes, enciende el incensario. El salón se llena insensiblemente de un humo transparente y azulado y del olor del incienso. El fundador, Helikonki, en *vedingot* nuevo, mal hecho, lleno de grandes botones sobre su figura azorada, distribuye á todos cirios en una bandeja niquelada.

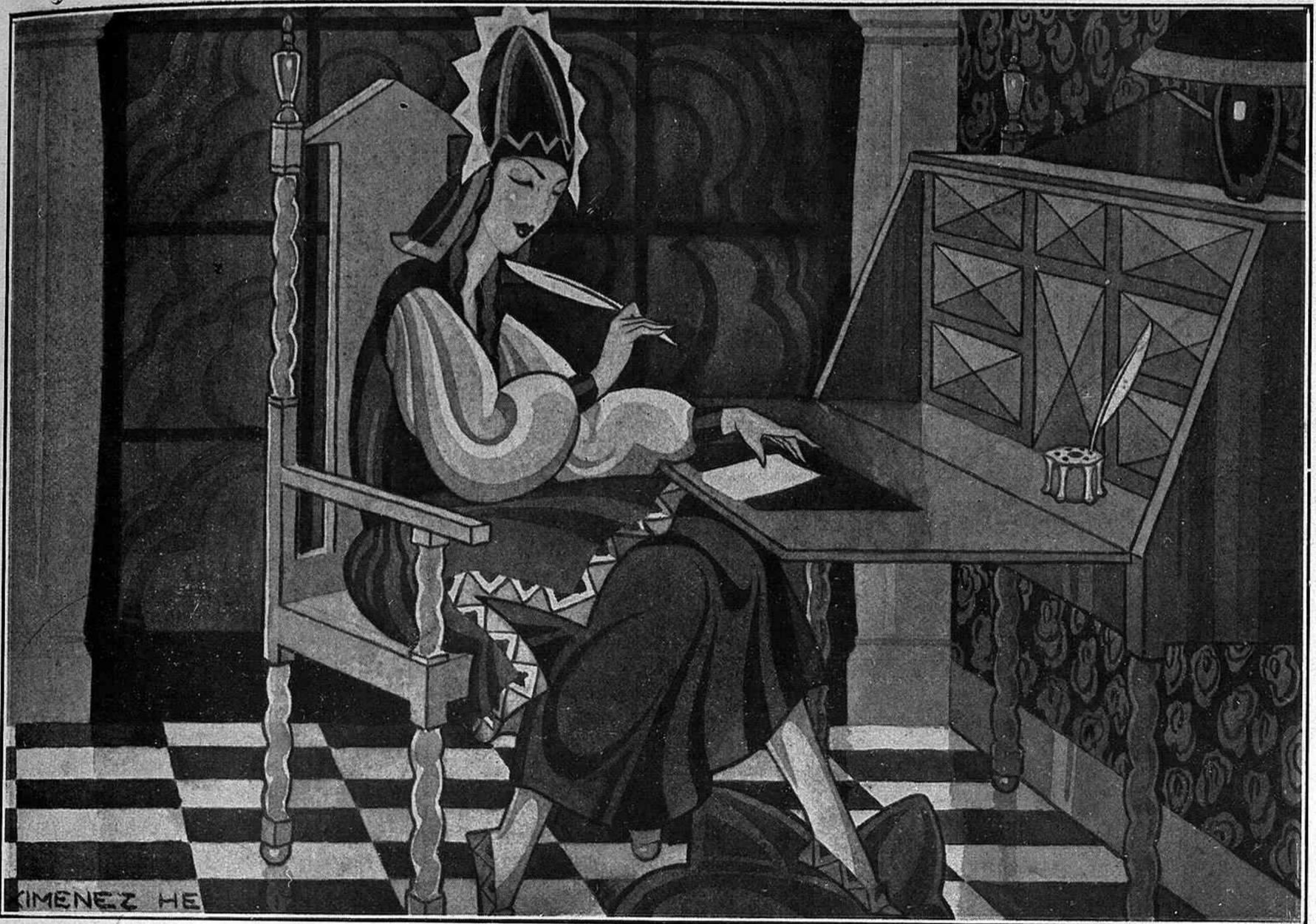
Liubov Petrovna, ante la mesita sobre la que está el pastel de arroz hervido que se hace en las ceremonias fúnebres, tiene de antemano su pañuelo aplicado en la cara. En todo el salón, un silencio que cortan de vez en cuando los suspiros. El rostro de todos los asistentes es solemne y grave.

El servicio comienza. Una espiral de humo azul sube del incensario y juega en un oblicuo rayo de sol. Los cirios encendidos chisporrotean suavemente. El canto, primero ensordecedor y

rudo, se hace armonioso y dulce en el momento en que los chantres se acomodan á las condiciones acústicas de la sala. Todos sus motivos son tristes y lúgubres... Los asistentes se deslizan poco á poco á un unísono melancólico, y meditan. Piensan en la brevedad de la vida, en la fragilidad y la vanidad de las cosas de este mundo... Se piensa en el difunto, corpulento y rojo, que se bebía de un trago una botella de *champagne* y rompía los espejos de un golpe con la frente. Cuando se canta: *En el reposo eterno*, y no se oyen más que los sollozos de Liubov Petrovna, los invitados comienzan á removerse inquietamente. Los más impresionables sienten un cosquilleo en la garganta y bajo los párpados. El presidente de la Comisión del *zemsvo*, Marfutkine, para estas sensaciones desagradables, se inclina al oído del comisario de policía y le desliza:

—Anoche fui á casa de Ivan Jiodovitch. Piotre Pietrovitch y yo hicimos un gran *chelem* sin triunfos. ¡Oh, amigos míos! ¡Olga Andreevna se puso tan furiosa, que se le cayó de la boca uno de sus dientes postizos!

Pero se canta el *Recuerdo eterno*. Helikonki



recoge los cirios respetuosamente. El servicio ha terminado. Cambio de casullas y *Tedéum*.

Después del *Tedéum*, cuando el padre Eumene se ha despojado de los vestidos sagrados, los invitados tosen y se frotan las manos. La mariscal habla de la bondad del pobre Trifón Luovitch.

—¡A la mesa, señores!—dice suspirando al terminar su relación.

Los invitados, esforzándose por no pisarse y empujarse, se dirigen á la mesa. Les aguarda el almuerzo. Este almuerzo es á tal punto espléndido, que al primer golpe de vista, todos los años el diácono Konkordia cree su deber abrir los brazos cuanto puede, mover la cabeza con aire de incredulidad y decir:

—¡Extraordinario!... Padre Eumene, todo esto parece menos una comida para los hombres, que los sacrificios que se hacían á los dioses.

El almuerzo, en efecto, es... extraordinario. Sobre la mesa hay todo lo que puede dar la flora y la fauna; todo..., salvo botellas de bebidas espirituosas. Liubov Petrovna ha jurado no tener en su casa ni naipes ni alcoholes, dos cosas que han causado la muerte de su marido. Y sobre la mesa no hay más que botellas de aceite y de vinagre, para irrisión y como castigo á los invitados, que todos son bebedores y sedientos desesperados.

—¡Señores, les ruego á ustedes que se sirvan!—dice la mariscal de la nobleza—. Sólo, excusadme: en mi casa, ya lo saben, no hay *vodka*...

Los asistentes se aproximan á la mesa y atacan el pastel con irresolución. Se echa de menos algo. Se percibe en el ruido de los tenedores, de los cuchillos y de las mandíbulas cierta pereza, cierta apatía, falta alguna cosa.

—Yo estoy como si hubiera perdido no sé qué...—secretea uno de los jueces al otro—. Es la

misma impresión que cuando mi mujer se fué con el ingeniero... No puedo comer.

Marfutkine, antes de decidirse á dar un bocado, se busca largo tiempo el pañuelo en todos los bolsillos.

—¡He dejado el pañuelo en la pelliza!—dice con voz alta—. ¡Voy por él!

Va á la antecámara, donde están colgados las capas y abrigos. Vuelve con los ojos húmedos, y se arroja en seguida con apetito sobre el pastel.

—¡Es desagradable engullir así, en seco!—le dice á media voz al padre Eumene—. ¡Vaya á la antecámara, padre! En mi pelliza hay una botella; únicamente tenga cuidado que no haga ruido.

El padre Eumene se acuerda que tiene algo que decir á Luca, y se dirige á la antecámara.

—Batinchka—le dice Dvoniagrine, siguiéndole—, dos palabras particularmente.

—¡Ah, señores—se envanece Khrumov—, qué pelliza he comprado de ocasión! ¡Cuesta mil rublos, y yo he dado..., no lo creeréis..., doscientos cincuenta! ¡Nada más!

Los invitados, en cualquier otra ocasión, acogerían esta noticia con indiferencia; pero ahora expresan su asombro y no quieren creerlo.

Todos, á la vez, se apresuran hacia la antecámara para ver la pelliza. Y la examinan hasta el momento en que el criado del doctor se ha llevado de la antecámara, con gran silencio, cinco botellas vacías...

Cuando se sirve el sollo frío, Marfutkine recuerda que ha olvidado su cigarrera en el trineo, y se dirige á la cuadra.

Para no aburrirse en el camino se lleva con él al diácono, que precisamente necesita echarle un ojo á su caballo.

La noche de aquel día, sentada en un *bureau*, Liubov Petrovna escribe una carta á una antigua amiga de San Petersburgo.

«Hoy, como los años precedentes—dice entre otras cosas—, ha habido en mi casa un servicio por el pobre difunto. Han estado todos mis vecinos. Son gentes sencillas, anticuadas; pero ¡qué

corazones! Los he recibido lo mejor posible; pero, naturalmente, como los demás años, ni una gota de bebidas fuertes... Desde el día en que él murió por haber tomado muchas, hice el juramento de introducir en nuestro distrito la temperancia y rescatar con ella sus pecados. Predicándola, he empezado por introducirla en mi casa. El padre Eumene es entusiasta de mi proyecto, y me ayuda en palabras y acción. ¡Oh, querida mía, si supieras cómo todos mis *osos* me aman! El presidente de la Comisión del *zemsvo*, Marfutkine, después del almuerzo se ha arrojado sobre mi mano, besándola mucho tiempo y moviendo la cabeza de una manera cómica, ha comenzado á llorar: ¡muchos sentimientos y ni una palabra! El padre Eumene, este delicioso viejecito, mirándome con lágrimas en los ojos, sentado á mi lado, ha balbuceado alguna cosa, como un niño. No he entendido todo lo que decía; pero sé comprender los sentimientos sinceros. El *ispravnik*, ese hombre guapo de que te he hablado en mis cartas, de rodillas delante de mí, quería leerme versos compuestos por él (tenemos un poeta); pero no se ha encontrado con fuerzas para ello. ¡Ha perdido el equilibrio y se ha caído! Este gigante ha tenido una crisis de nervios... ¡Tú puedes representarte mi satisfacción! No ha terminado todo sin disgusto. El pobre presidente de la reunión mensual de los jueces de paz, Alalykine, que es muy fuerte y apoplético, se ha sentido malo y ha estado sin conocimiento durante dos horas tendido en el sofá. Ha habido que echarle agua por la cabeza. Le debo al doctor Dvornioguine el favor de haber ido á su farmacia por una botella de *cognac* y haberle friccionado las sienas. Alalykine ha vuelto al punto en sí y se lo han llevado...»

ANTÓN CHEJOV

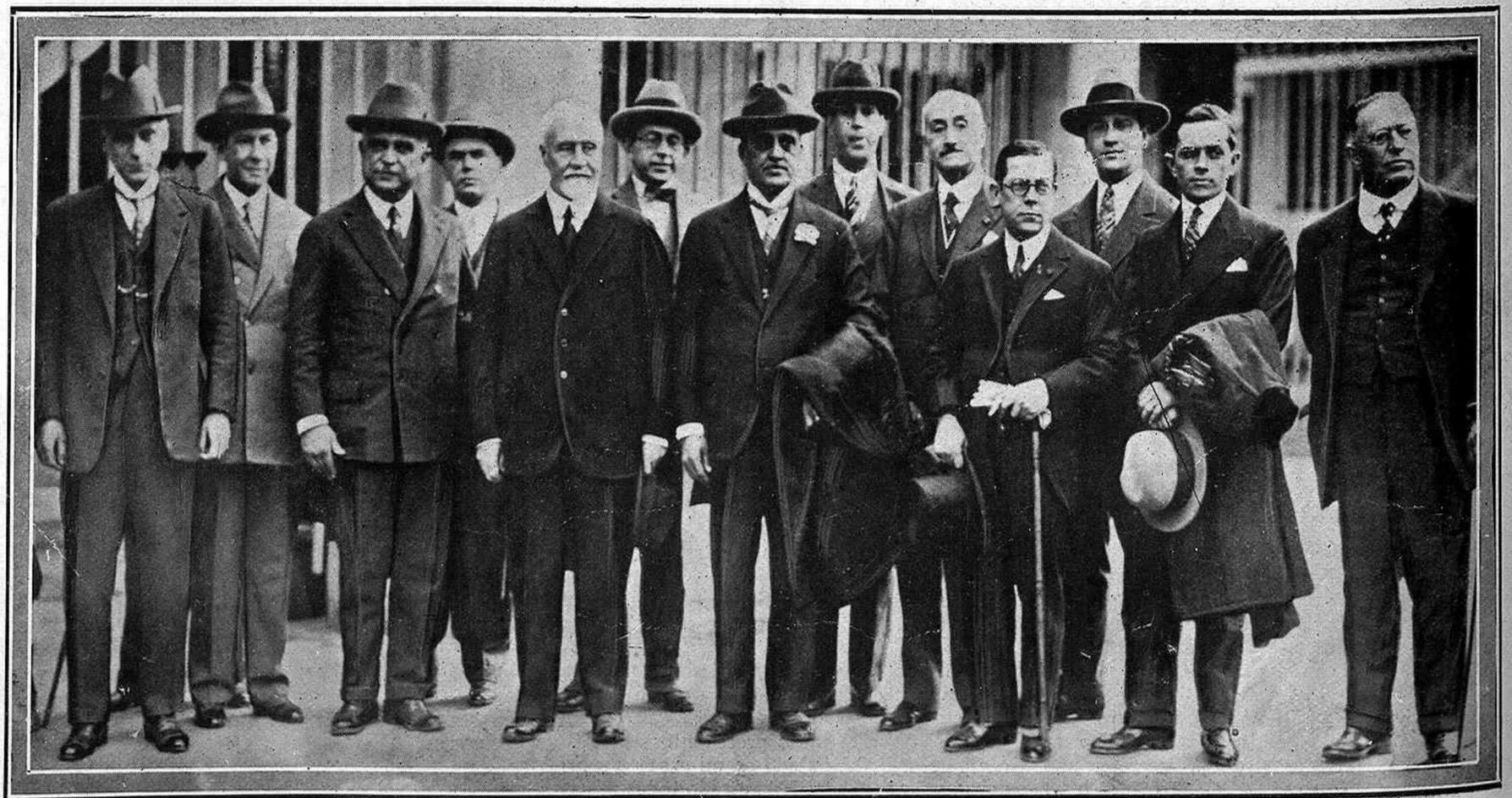
(Traducción de Eliodoro Puche)

(Dibujos de Ximénez Herrera)

# FIGURAS DE LA CONFERENCIA PANAMERICANA DE LA HABANA



El presidente de los Estados Unidos, dando el brazo á la señora de Machado, y la esposa de Coolidge, acompañada del presidente de Cuba, paseando por los jardines del palacio de La Habana, después de la inauguración de la Conferencia panamericana, en la que ambos jefes de Estado pronunciaron importantes discursos



El presidente de la delegación cubana en la Conferencia, Sr. Sánchez Bustamante (tercero de la izquierda), acompañado de los representantes del Brasil, Perú, El Salvador y otras Repúblicas, en los debates de La Habana (Fots. Ortiz)

# BOULEVARD

## EL XXIX SALON DE LOS INDEPENDIENTES

*En el programa de la Feria Permanente de París, es el Salón de los Artistas Independientes uno de los «festejos» más caracterizados. Es cosa tan importante y tan característica como Mistinguett, y lo mismo que ésta, encarna un poco del espíritu de París. En realidad, Mistinguett ha perdido la juventud. Pero lo mismo le sucede al Salón de los Artistas Independientes. Y a París. En todo caso, la actualidad nos impone que divaguemos a lo largo de las Salas del Grand Palais. Sirvamos, pues, a la actualidad, que es lo único que por renovarse cada día no envejece nunca.*

Es muy desagradable este contubernio de la pintura furiosamente reaccionaria y de la más audaz. Y de la más cínica. Junto al cromo muy siglo XIX se nos muestran obras colocadas al margen del tiempo y aun del espacio. Bien se echa de ver que la Humanidad, y particularmente los pintores, caminan á saltos y de error en error.

He aquí una estatuilla colocada dentro de una urna de cristal. Ante ella parece que nos hallamos, no en el Salón de los Independientes, sino en el Museo Antropológico.

Al lado de un torso desnudo de mujer de color de rosa hay un paisaje de nubes que da la impresión de otro desnudo. La mujer está tendida y es luminosa. Lo mismo que las nubes. Otro torso femenino en pie y entre gasas es igual á una torre que hay junto á esta mujer. La torre esta asimismo cubierta en su base por unas casucas. Y tiene sus caderas. La forma, en realidad, es uniforme. Es decir, limitadísima. Para vencer esta limitación es impotente el deseo.

Josefina Baker no podía faltar en este rito parisiense. He aquí un retrato de Josefina Baker, en el que lo que en realidad importa es su presencia. El cuadro es lo de menos. Es de gran tamaño. Corresponde al que ocupa en París Josefina Baker. Si no fuese así, no nos la podría recordar.

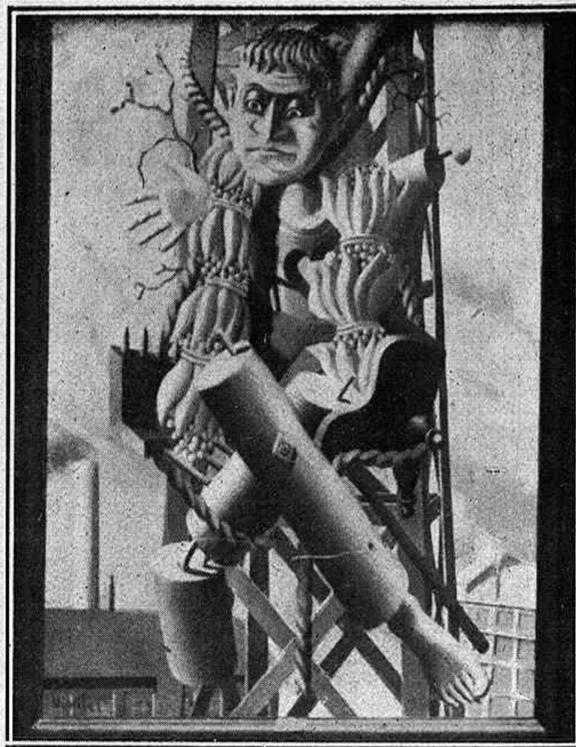
Pero no es menos representativo ese otro lienzo en el que se representa un hombre «desarmado». Ahora mismo acaba de descubrir la policía en los arrabales una mujer descuartizada. Los criminales de París tienen una predisposición posiblemente peligrosa á desarmar los cuerpos

de sus víctimas. Este lienzo, pues, no podría rechazarse por absurdo. Tiene el mismo valor de circunstancia que el retrato de Josefina Baker.

A la media hora de circular por el Salón de los Artistas Independientes nos torna un angustioso desasosiego. Parece que hemos principiado á andar hace un siglo y que no nos es posible saber cuándo ni dónde tendrá fin nuestra caminata.

Cambiamos de horizontes de un modo terrible y absurdo. Se nos clavan en los ojos unos puñales invisibles. Sentimos que los colores van á cambiar de denominación.

Dos mil setecientos expositores. Cincuenta salas. Ante los retratos de Josefina Baker y ante los aviones de Lindbergh, medias de seda, pie-



«El hombre de piezas desarmadas», pintura de Van Velde



Vista general de una de las salas de la Exposición de Artistas Independientes



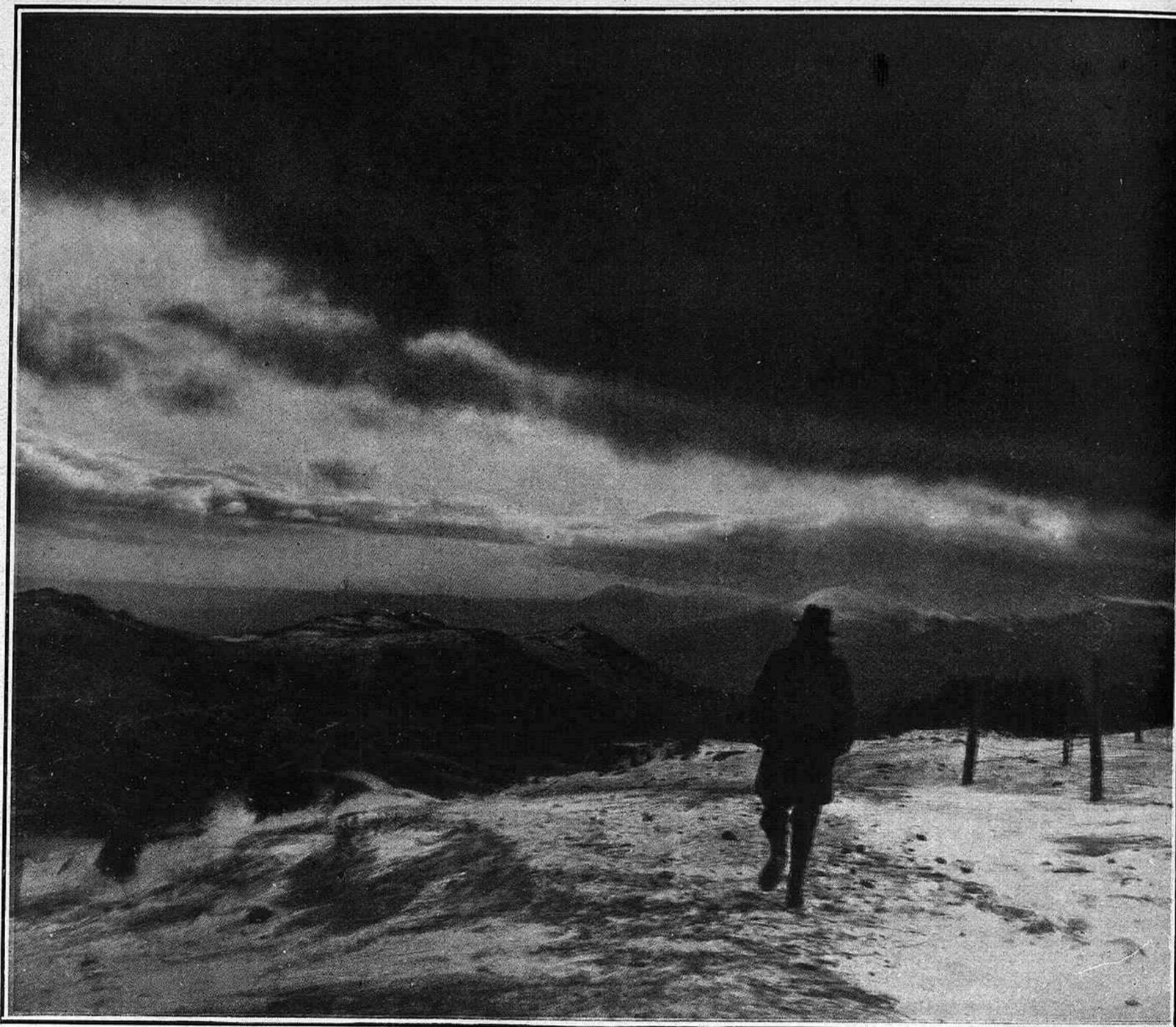
les; expansión de los perfumes de la rue de la Paix. En los rincones abandonados, hombrecillos con chaquetas de terciopelo, con melenas, con chalinas. Deben de ser los mismos que hace treinta y nueve años estaban en el primer Salón. No han cambiado más que las mujeres. Es decir, las medias y los perfumes.

En este Salón fracasan, al fin, todos los rebuscamientos. Las estatuillas modeladas en miga de pan. Las pinturas con diamantes engarzados en el color. ¡Y ese cuadro!... ¡Oh, ese cuadro! Ese cuadro de Man-Toy que se titula así: «Abstracción. Espacio L-27 de la armonía n.º 1. (H y ABS. L-27.)» Man-Toy se ha puesto más alto de los límites de todo comentario.

Pintores amarillos. Pintores negros. Pintores de todas las latitudes de la tierra. Cada uno ha aportado sus extravagancias á la amplitud sin límites de este Salón sin jurados y sin premios. A los treinta y nueve años de experiencias, descubre ahora el mundo la única verdad de que en Arte ha fracasado la revolución.

CEFERINO R. AVECILLA

Un rincón de la Exposición, en el que se destaca el retrato de Josefina Baker, de Gentils Camby



# N I E V E

A través de la llanura,  
tras de una ilusión viajero,  
voy por el largo sendero  
pisando la nieve pura  
que hace del campo un nevero.

¡Qué alegre y ligero yo  
voy con mis sueños! Ni un ruido;  
sólo en la nieve el crujido  
de mis pasos.

¿Será ó no  
verdad el cantar aquel  
que dice: «Como á la hiel,  
teme, viajero, al amor;  
porque el amor es veneno;  
tiene apariencia de flor,  
pero en el fondo no es bueno?»

¿Tendrá razón el cantar;  
será un veneno el amor  
que, inexorable y traidor,  
nos pueda, al cabo, matar?

¿Y el milagro de olvidar?

Antídoto del dolor,  
¿no es para el hombre el olvido?  
¡Pues entonces...! Yo he sufrido  
un amor ardiente y fiero,  
y ya ves, digo al cantar,  
que aun vivo alegre.

Viajero  
—me responde la canción—:  
pregunta á tu corazón  
si es verdad.

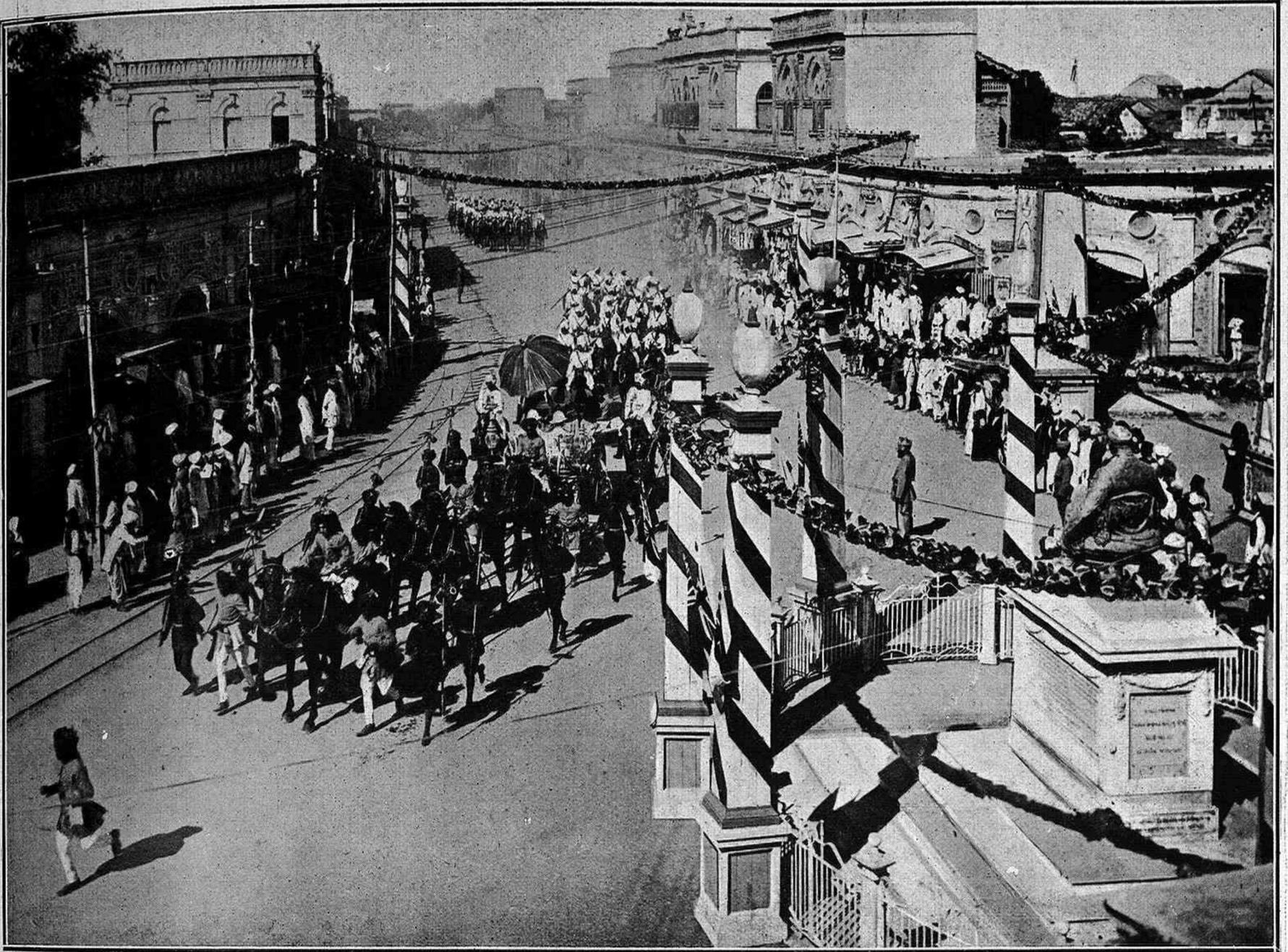
Y cuando quiero  
decirle: corazón mío,  
contesta tú; doy en ver  
que no puede responder  
porque se ha muerto, ¡ay!, de frío.

Y ahora ya, triste el sendero,  
sigo andando mi camino,  
sin poner fe en mi destino,  
ni saber ya lo que espero...

FERNANDO LOPEZ MARTIN

(Fot. Palacios)

# EL VIRREY DE INGLATERRA EN LA INDIA



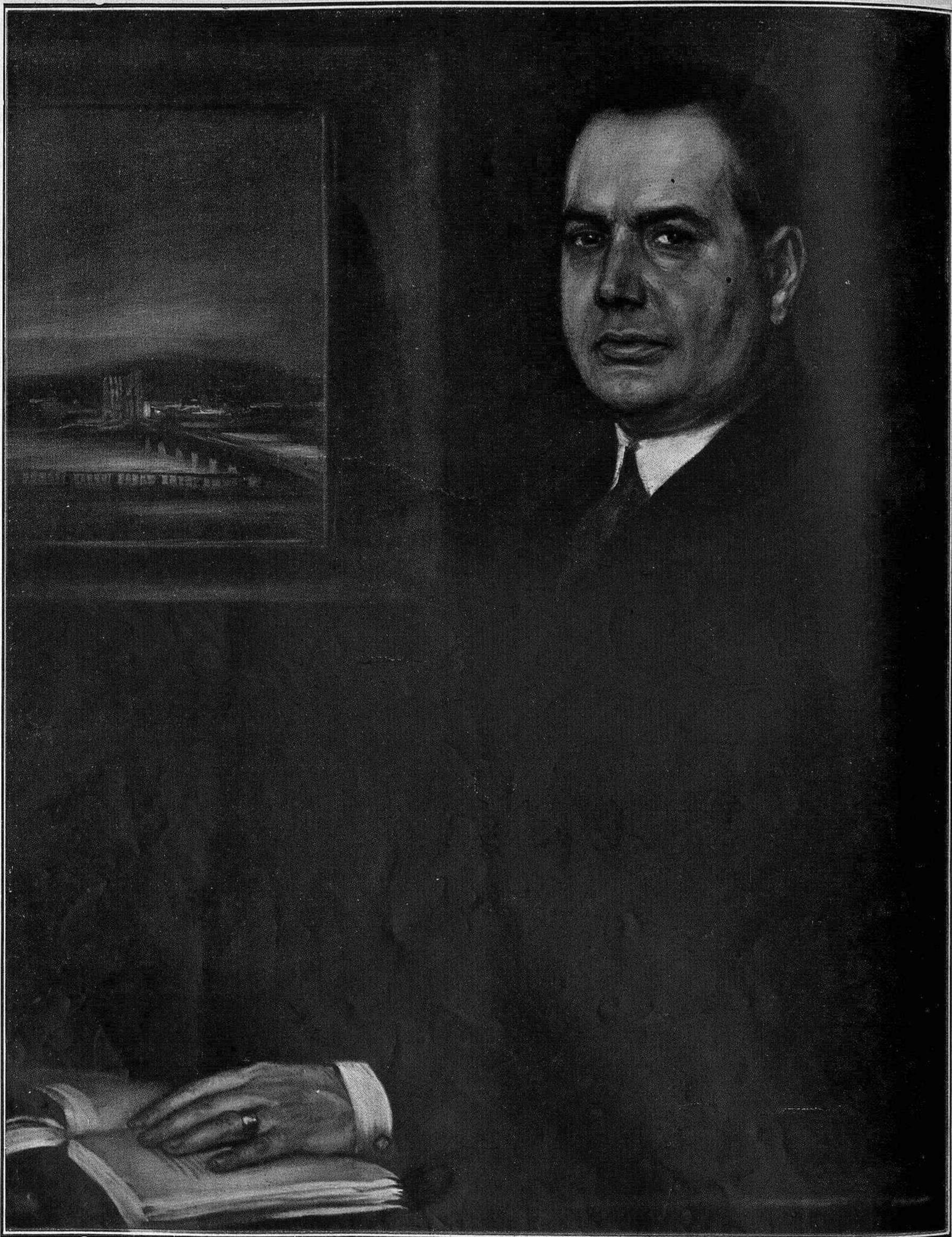
El virrey de Inglaterra, Lord Irving, y su esposa, entrando solemnemente en Jamnagar, en la carroza de los Soberanos, acompañados del Jam ó soberano del principado



Lord Irving, el nuevo virrey de la India, y Sahib Jam, entrando oficialmente en Jamnagar, llevados en la soberbia carroza de oro y plata de los Soberanos (Fots. Agencia Gráfica)

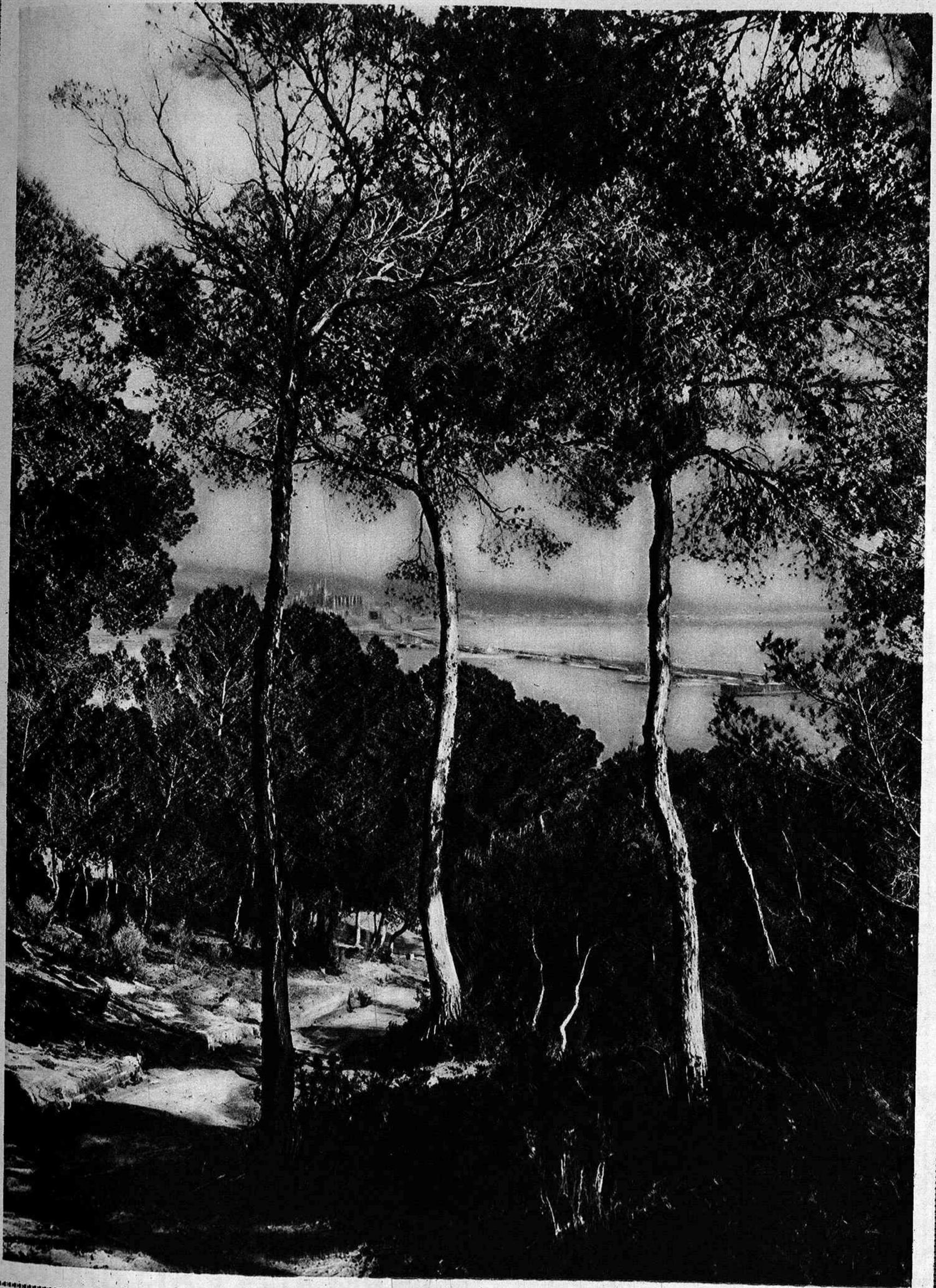
La influencia británica en los dominios más alejados de la metrópoli, es una constante tutela que en cada momento sabe acomodarse á las exigencias del momento: enérgica, cuando el caso lo requiere; liberal y amplia si la tranquilidad no ofrece inquietudes para los ingleses. No obstante su prudente forma de gobernar, siempre la India fué un país donde las turbulencias tuvieron á los colonizadores en perpetua inquietud por la lucha contra el fiero espíritu de independencia que anima al pueblo. Ahora que los ingleses han logrado instaurar una era de paz, los gobernantes se esfuerzan en aproximarse al pueblo y dar satisfacción, en lo posible, á sus aspiraciones.

El nuevo virrey, Lord Irving, que está recorriendo toda la India, llegó recientemente á Jamnagar ó Nawanagar, capital del principado, en la península de Kathiawar, donde fué recibido por el Jam (soberano), que le acompañó, con su brillante escolta, á través de la ciudad.

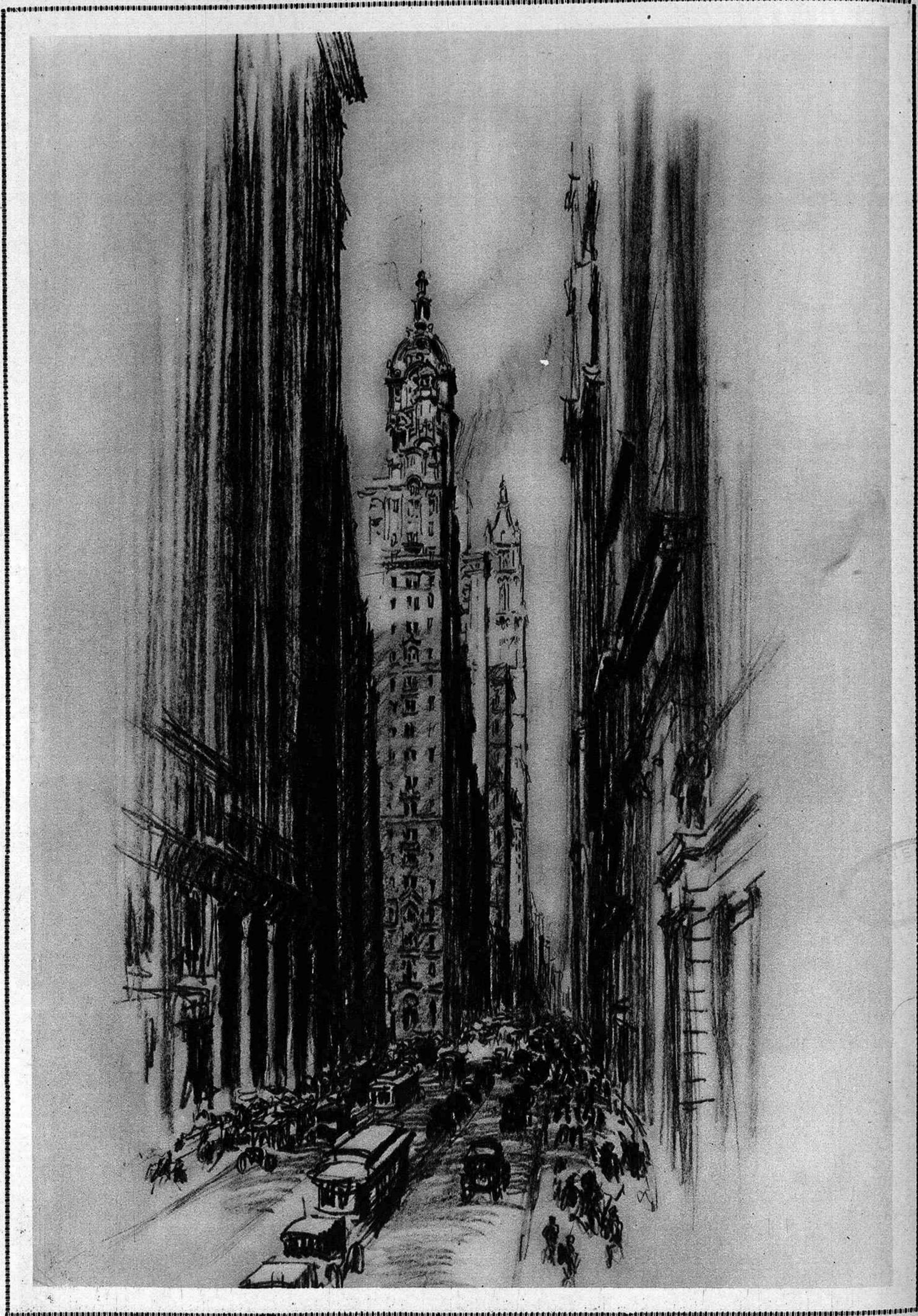


«Cristóbal de Castro», retrato por Julio Romero de Torres

# LOS BELLOS PAISAJES ESPAÑOLES



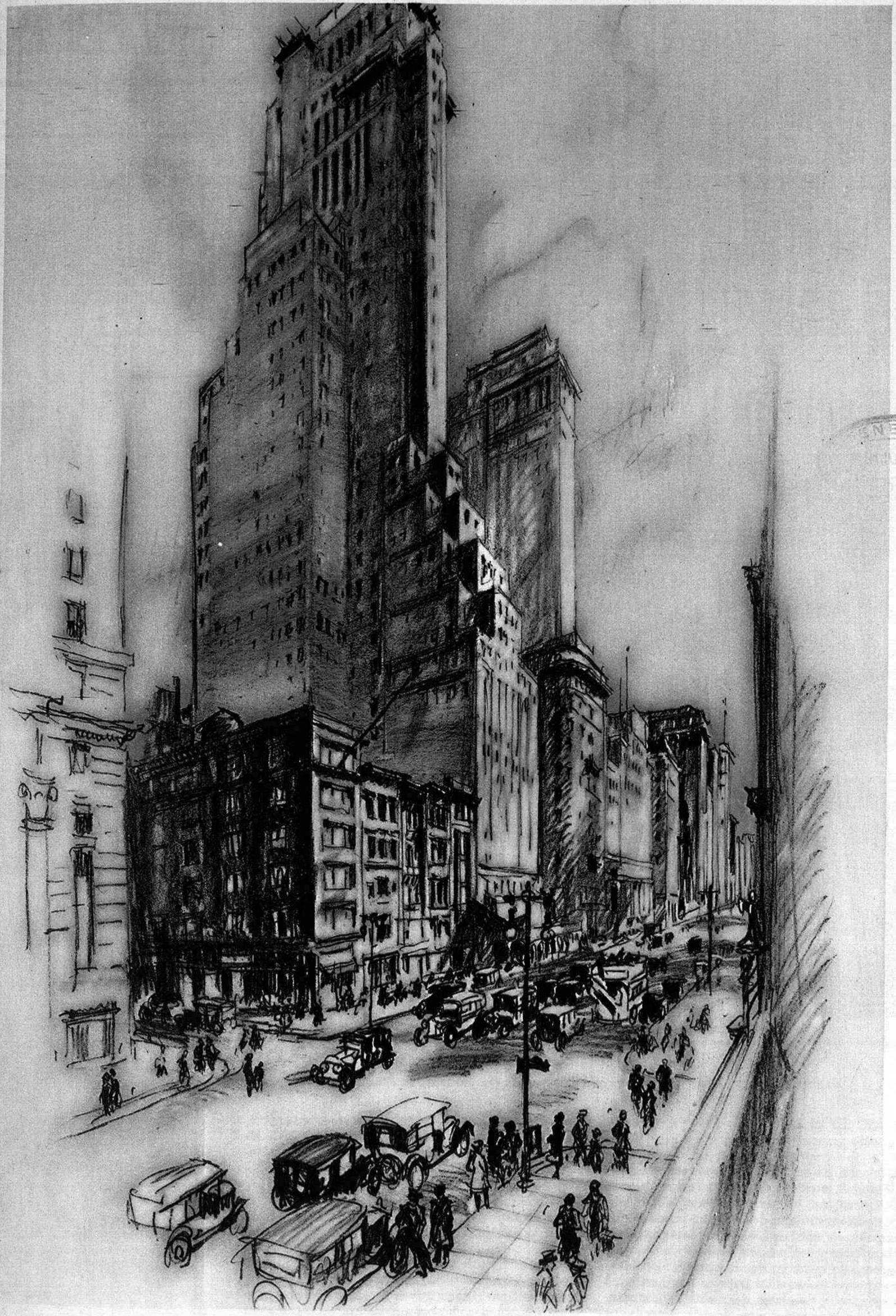
De Palma de Mallorca



EL BARRIO DE LOS NEGOCIOS EN BROADWAY

# ASPECTOS CALLEJEROS

Litografías originales del insigne dibujante norteamericano Vernon Howe Bailey, que ha expuesto  
(Reservados derechos de reproducción)



# DE NEW-YORK CITY

UN DOMINGO EN LA QUINTA AVENIDA

recientemente una colección de dibujos de España y América en la Sociedad Amigos del Arte de Madrid  
en los EE. UU. de América, 1927)

## EL MUNDO DE LA CINEMATOGRAFÍA



**MARCELINE DAY**

Bellísima artista, cuya personalidad se ha destacado rápidamente en Cinelandia

### LOS ARTISTAS DE CINEMA Y SUS ASPIRACIONES

¿Qué son en la vida real esos artistas que aparecen en la pantalla? ¿Será realmente un villano, un terrible enemigo de la virtud y de la ingenuidad de la tierna criatura que desempeña el papel de joven inexperta?

Los críticos y los propios artistas dan amplio testimonio de lo contrario. El actor trágico sueña con poder desempeñar papeles cómicos, y el actor cómico se preocupa del hecho de que nunca le serán repartidos esos papeles grandiosos de la tragedia.

En el cinema, Charles Chaplin sirve para dar idea de esos contrastes. Universalmente famoso como comediante, ha sufrido muchos reveses y pesares. En la vida real va siendo todo, menos el primoroso provocador de la risa en la pantalla.

En el mundo del cinema existen esos contrastes. Ahí tenemos a Roy D'Arcy, de la M.G.M. cuyo destino es siempre el de interpretar un «villano», cuando fuera de la pantalla lo es todo menos eso.

Intimamente ambiciona poder demostrar a cuantos le juzgan incapaz de personificar un galán, toda su alma romántica y amorosa, tanto como lo es la de Ramón Novarro ó John Gilbert. Que él nunca podría sustituir a uno de éstos, es innecesario decirlo. Sus ojos, su porte, sus facciones, constituyen el verdadero tipo para el villano; pero no por eso dejará de alentar esa ambición secreta de su vida y, al mismo tiempo, vivir como ciudadano ejemplar, trabajador, amante de su casa y de su familia. No es un villano más que para el cine.

Norma Shearer, que con tanta frecuencia aparece en papeles de verdadera enamorada, cuyos méritos no son apreciados, ansía poder demos-



La «estrella» del film Pola Negri paseando por los jardines de la villa de Los Angeles que le sirve de mansión fastuosa, con su perro galgo ruso



**VIRGINIA BRADFORD**

Maravillosa intérprete de comedias cinematográficas norteamericanas

trar que es también una vampiresa como Greta Garbo, cuyo poder de seducción y manera de interpretar han sido siempre la razón fatal de la caída de tantos seres de la pantalla.

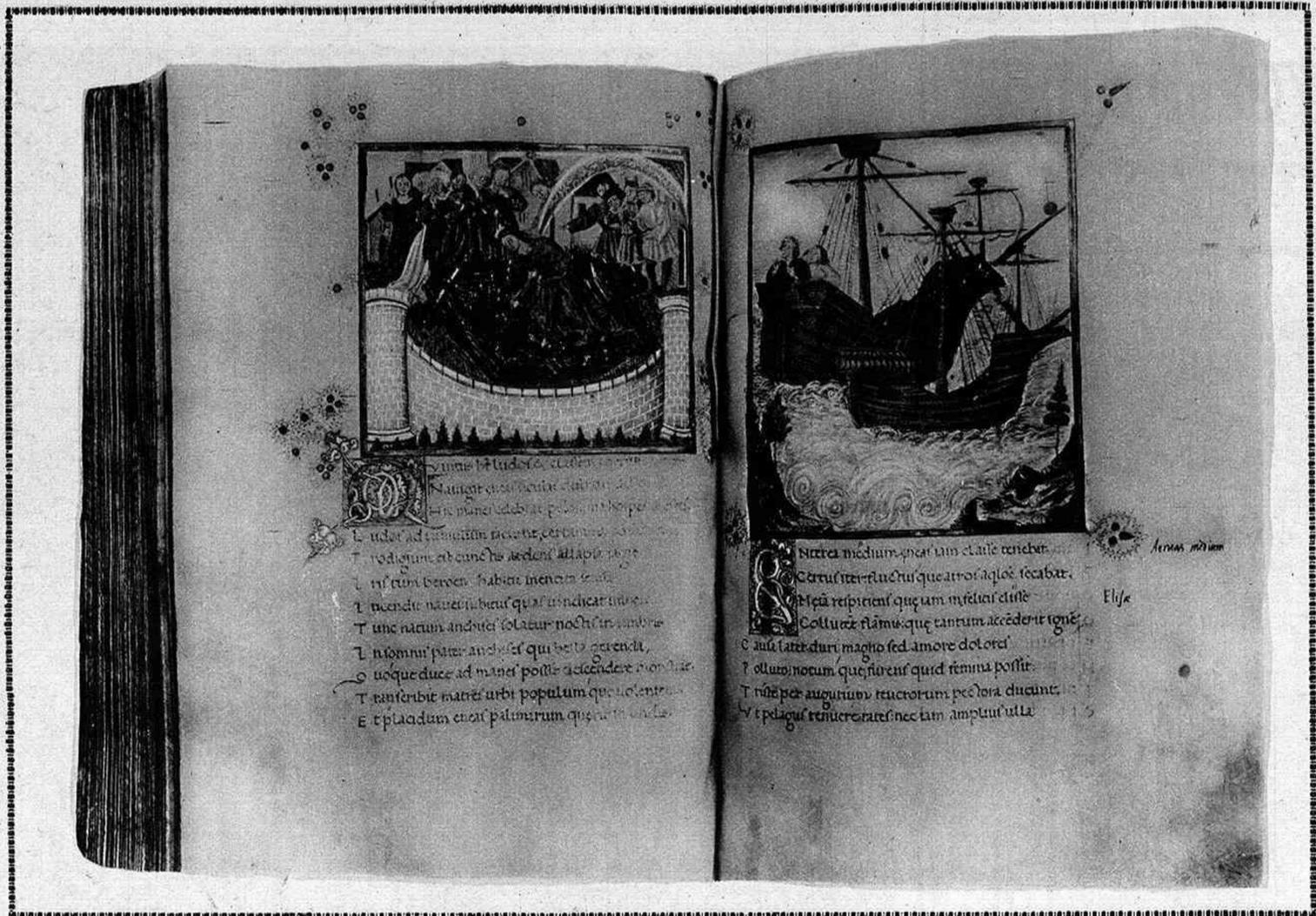
Y en cuanto a Greta Garbo y a sus émulas de sinuosos cuerpos y ojos siniestros, ¿qué decir? Son todas las más inofensivas y delicadas criaturas fuera del cine. Todas apreciables por su gracia sencilla y la sinceridad de sus encantos. Pero todas tienen igualmente sus secretas ambiciones. Aspiran a demostrar que sus capacidades, en papeles llenos de dulzura, son tan grandes como las que han sido gloria de Renée Adorée y Lillian Gish.

Vienen luego esas inquietantes jovencitas de los estudios, como Sally O'Neil y tantas otras, pertenecientes a la clase de «ingenuas». Son adorables muchachitas que contribuyen con el colorido de su presencia al enredo dramático del argumento. Inducen a hombres seductores a

una comprensión mejor de la vida, salvan la familia en desgracia, se apasionan, y siempre saben reflejar las alegrías y tristezas de la juventud, aunque es verdad que no en todos los casos interpretan personajes de fácil desempeño, por que el villano, no raro, las somete a duras pruebas.

Elas son las que más sienten el peso del trabajo, porque no figurando sino como simples ingenuas, tienen que hacer esfuerzos para demostrar mayores méritos. Así, unas seguirán los pasos de Polly Moran y Marie Cressler y tomarán parte activa en comedias, y otras seguirán las de Dorothy Sebastian, para trabajar con Tim McCoy, en sus películas históricas del Oeste americano.

Pero el público tiene su sabiduría y los directores su opinión. Si estos artistas consiguieran cambiar de papeles, sería porque el negocio del cinema iría a cambiar los pies por las manos.



La Eneida de Virgilio

## LOS FAMOSOS CÓDICES MINIADOS DEL DUQUE DE CALABRIA

ENTRE los egregios prisioneros de los siglos XV y XVI que moraron en el castillo de Játiva (la más segura prisión de Estado en la Corona de Aragón), se contó al joven D. Fernando de Aragón, duque de Calabria y heredero del reino de Nápoles, por ser hijo de D.<sup>a</sup> Isabel y D. Fadrique, monarca destronado por el rey de Francia y D. Fernando el Católico. Este mandó prender al Duque por D. Gonzalo de Córdoba, enviarlo a España y recluirlo diez años (1512 á 1522) en el castillo de Játiva. Era el prócer muy amante de la cultura y ferviente enamorado del renacimiento italiano; y á su sala del castillo setabense se trajo de Italia la biblioteca real napolitana, compuesta de 235 códices de finísimos pergaminos y manuscritos de los siglos XII, XIV y XVI, copias de los mejores clásicos, filósofos, poetas, historiadores y doctores de la Iglesia; siendo lo más notable las maravillosas orlas, miniaturas, letras capitales, viñetas, etc., dibujadas en oro y policromía por los más expertos artistas italianos. A juicio de los peritos, no tiene igual esta colección con ninguna otra de España, y es fácil que no la supere tampoco ninguna otra de museos y bibliotecas extranjeros. Al libertar al Duque, el empe-



Códice del siglo XV. Libro de coro

rador D. Carlos se llevó á Valencia su librería de Játiva, teniéndolos en su palacio durante su virreinato y matrimonio con la ex reina D.<sup>a</sup> Germana de Foix, la viuda del rey católico, que lo había mandado recluir en el castillo setabense. Y á su muerte, acaecida en 1550, legó todos sus códices al real monasterio de su fundación y sepultura, denominado de San Miguel y los Santos Reyes. Pero cuando ocurrieron la desamortización y exclaustración del pasado siglo (en 1837), esta colección de códices del reino de Nápoles fué á parar, ya incompleta, á la biblioteca de la Universidad valenciana. Allí perduran, expuestos los manuscritos del Duque en modestas vitrinas, en paciente espera de que el Estado les proporcione otras mejores y más dignas de un tesoro bibliográfico de tan extraordinaria valía. Allí descuellan, de entre otros muchos manuscritos antiguos, por la belleza incomparable de sus delicadas miniaturas renacentes y góticas de la centuria decimaquinta. Al no disponer de espacio suficiente en un breve artículo de revista y de mera divulgación para ocuparme al detalle de los ciento cincuenta códices que todavía se conservan, remito al lector al *Catálogo de los manuscritos exis-*





Vista parcial del patio



Entrada principal de la calle del Puente

### *La Catedral de Santander*

Rincón sombrío y medieval;  
catadura de inquisidor.  
tiene esta vieja Catedral.  
A la luz del anochecer  
me da un atávico terror  
la Catedral de Santander.

Llueve con hondo desconsuelo;  
de plomo el mar y gris el cielo,  
y cual fantasma medieval,  
relicario de plata vieja,  
tienen aroma de conseja  
las piedras de la Catedral.

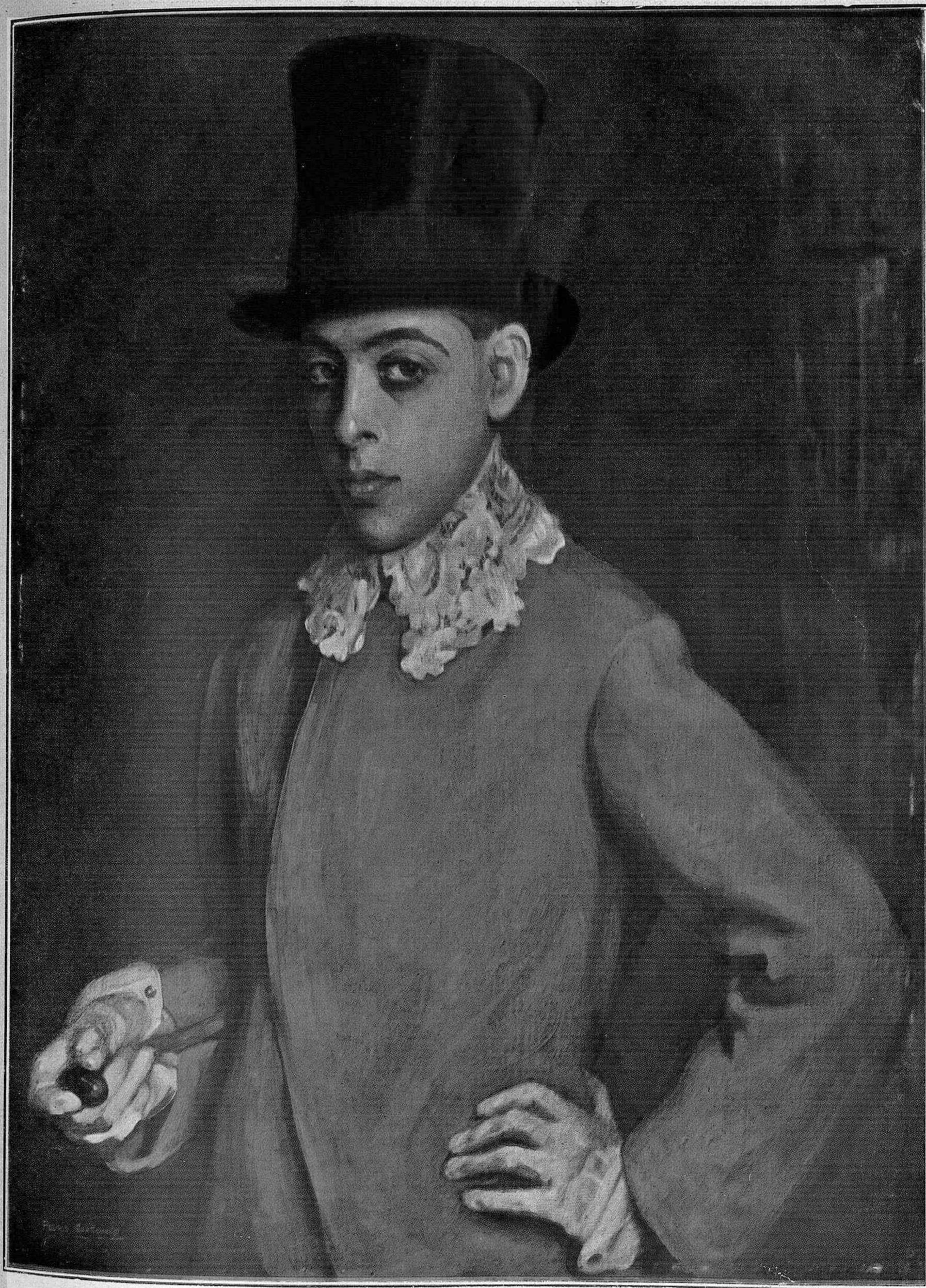
Un largo claustro que se puebla  
de unos seres color de niebla,  
espectros de un remoto ayer.  
Desde la mar, entre la bruma,  
parece un castillo de espuma  
la Catedral de Santander.

Joya románica de piedra  
á la que el verdín y la yedra  
decoran con mayor vejez;  
en la cripta, negras devotas,  
y las viejas campanas rotas  
que sollozan de vez en vez...

La vieja cripta tiene una  
piedra gris de color de luna,  
y ante el Cristo de hondo mirar,  
ex votos y ramos de flores  
y bisbiseos rezadores  
que acompaña el clamor del mar.

Negros arcos y escalinatas;  
largos rosarios de beatas,  
y á la luz del anochecer,  
que pueblan absurdos vestiglos,  
lloran una angustia de siglos  
las campanas de Santander.

EMILIO CARRERE



«El príncipe», cuadro original de Pedro Antonio

## ESPAÑA Á TRAVÉS DE SUS GRANDES CASAS EL HISTÓRICO MUSEO DE LA CASA DUCAL DE OSUNA

LA ADQUISICIÓN POR EL ESTADO DEL ARCHIVO DE OSUNA CONSTITUYE UNA GRAN OBRA PARA LA CULTURA ESPAÑOLA

Uno de los grandes señores españoles que han ostentado en épocas diferentes de la historia nacional el ducado de Osuna fué Embajador de S. M. Católica en Rusia cuando la Corte de los Zares era de las más brillantes y pomposas de la Europa de antaño.

Se cuenta y no se acaba del boato con que aquel duque de Osuna—de existencia no lejana—vivió y sirvió su cargo. Las fiestas, los saraos y las comidas alcanzaban en la Embajada Española unos términos de lujo y de riqueza que no eran asequibles á otras casas y representaciones diplomáticas.

Dícese que como en una ocasión se hablara de las naranjas de Valencia, hizo conducir el duque á San Petersburgo un tren entero, desde la capital levantina, con varias docenas de naranjos acondicionados dentro de grandes fanales de cristal expresamente contruídos para que los árboles no padecieran al cambiar de clima.

Y en grandes piscinas construídas *ad hoc* con agua de mar llevó desde Cádiz á la capital rusa unos centenares de las famosas pescadillas que llegaron allí vivas.

Este excéntrico y dilapidador duque de Osuna se hacía servir la mesa día y noche á una misma hora, estuviera él donde estuviera, en sus palacios de Rusia, de París, de Madrid y de la Alameda.

He ahí una forma elegante y grandiosa, rápida y magnífica á un tiempo mismo, de quebrantar una fortuna por grande que ella fuera. Esta conducta de «gran señor» del duque Embajador y otras consecuencias y resultados de mala administración, trajeron consigo la disminución, la casi desaparición de un patrimonio extenso, de una fortuna realmente considerable, ligada de por siglos á esta estirpe ilustre de los Téllez Girón, duques de Osuna, que allá desde la décima centuria viene vinculada á la Historia de España.

El archivo de Osuna es uno de los más interesantes entre los que las grandes casas de nues-

tro país hayan podido formar y fomentar como testimonio perenne y verídico de la vida nacional y de la intervención de cada rama señorial en el desenvolvimiento de aquella.

La casa ducal, venida á menos, tenía deudas de magnitud que no se cancelaban, y los poseedores de aquellos créditos pasaron á ser propietarios del archivo por sentencia judicial de 1894. Los documentos y papeles, de todas clases y formas, tamaños y volúmenes, se encierran en 5.304 legajos, formando un total de 300.000 piezas distintas. En este archivo puede seguirse la línea directriz de la historia patria desde el siglo XII hasta principios del XIX, sin solución alguna de continuidad.

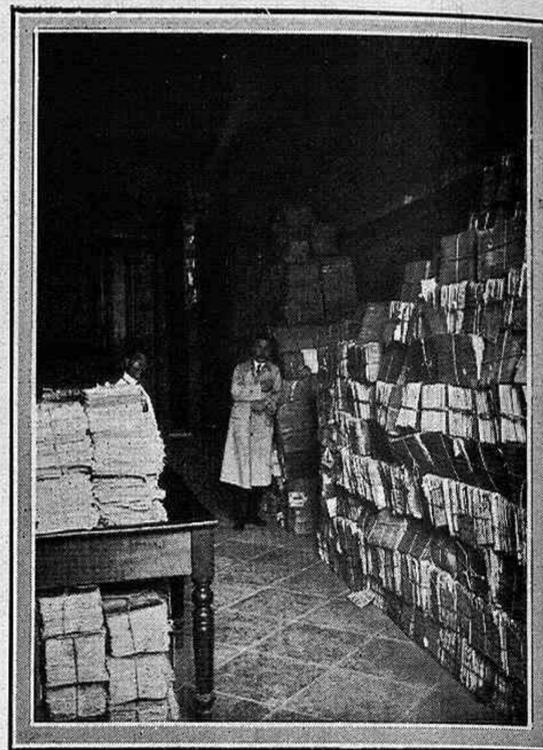
Y aún más. No sólo de la historia de España, sino de gran parte de la del mundo, que los duques de Osuna tuvieron la representación de nuestro país en numerosas Cortes y tomaron parte activa y aun decisiva en no pocas guerras, todo lo cual vino á enriquecer el valioso archivo de la casa ducal.

El Estado, representado por el Archivo Histórico Nacional, Centro de gran valor intrínseco é histórico que merecía ser más conocido y visitado de lo que es en la actualidad, gestionó desde hace mucho tiempo la adquisición del archivo. Es un tesoro de gran importancia bibliográfica é histórica, y era, realmente, lástima que pudiera disgregarse, distribuirse y aun perderse en poder de manos ignorantes ó mercantiles.

Y estas gestiones culminaron en un acto sencillo y solemne, á la vez, que se realizó hace unos días y ha venido á poner en el primer plano de la actualidad á aquellos legajos desconocidos y empolvados que apenas nadie osó desatar y revolver para posar una mirada escrutadora ó indiscreta.

«Un buen día fué ese para la cultura española y para los intereses de los investigadores», nos decía D. Joaquín González Fernández, culto jefe del Cuerpo de Archiveros Bibliotecarios, y director del Archivo Histórico Nacional.

Desde 1919 se hallaba en depósito en aquel Centro el Archivo de Osuna. Las fotografías que acompañan é ilustran estas líneas dan idea clara de los primeros días de la estancia del Archi-



El Archivo ducal de Osuna, desordenado, amontonado, al llegar al Archivo Histórico Nacional, su actual guardador

vo en aquellos locales del Palacio de Bibliotecas y Museos y de su colocación actual.

Desde entonces, algunos investigadores—pocos, desde luego—han solicitado y obtenido la lectura de determinados documentos de archivo, y se han expedido por el Centro oficial, que lo guarda, algunas certificaciones pedidas por el público en relación con aquél.

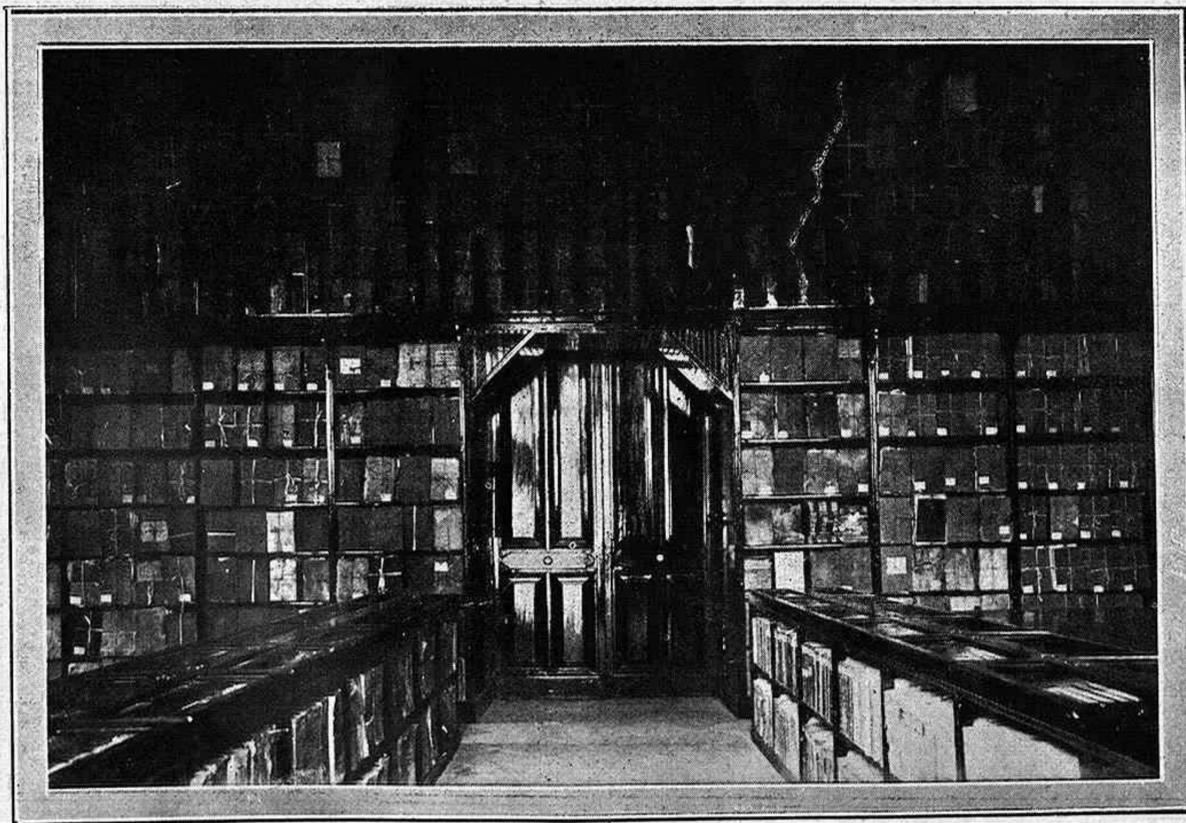
Esas páginas valiosísimas no se separarán, para perderse, lamentablemente esparcidas y olvidadas. Sin perder la unidad y su cohesión actual, podrán ser testimonio fehaciente de las hazañas y vida, hechos y accidentes, pasos y ocurrencias de esta casa feudal de Acuña que comenzara en Fruela *el Diácono*, descendiente del Rey Fruela II de León, casado después con D.<sup>a</sup> Aldonza, hija de Ordoño *el Ciego*, Infante de León, y que terminó con el último duque de Osuna, fallecido hace poco menos de dos años, y en el cual ha finalizado la estirpe de los Téllez Girón, ya que es el título de Osuna de los de adjudicación directa, esto es, que sólo puede ser ostentado por los que lleven aquel primer apellido. Y fallecido el prócer que fué último duque de Osuna, ya no queda ningún Téllez Girón de rama directa.

Dirán también esos documentos, con el valor irrecusable de lo vivido, de aquellos célebres Infantes de Carrión, inmortalizados por la pluma galaña de los poetas; de aquel Rodrigo González, el de los Girones, que salvó la vida de su Rey, cambiando con él su capa y su caballo, capa que fué hecha tres jirones por los moros que le atacaban, y dió lugar al mote que más tarde fué apellido. Dirán perennemente que al casar don Gonzalo de Girón, héroe de las batallas legendarias de Tudela y del Salado y de Algeciras, con D.<sup>a</sup> María Téllez de Meneses, *la Raposa*, se unieron el patronímico Téllez y el apellido Girón, y dieron ya hecho el nombre ilustre de esta familia de señores ricoshombres de Castilla, primero, grandes de España después.

Así se ha salvado el Archivo y se han puesto bajo inteligente y segura custodia.

En esas mismas naves de silencio y de polvo conventuales, donde hay tanto escrito y noticia de la vida española, donde reposan escondidos, avergonzados quizá, los autos y documentos que certifican las hazañas de la Santa Inquisición, vivirán desde ahora la vida muda de legajos amarillentos y seculares, estos papeles que al momento de escribirlos significaron una palpación, una emoción de España, vista á través de la casa señorial de los Téllez-Girón, duques de Osuna, descendientes de Reyces, protectores de artistas inmortales, Embajadores suntuosos de nuestra España en las Cortes del mundo, destacados artífices en la obra conjunta de la vida y de la historia hispanas...

FRANCISCO CASARES



El Archivo de Osuna, instalado en una estantería construída especialmente para conservar y guardar en poder del Estado sus valiosos legajos, testimonio fehaciente de grandes momentos de la Historia de España

# LA LÁMPARA DEL HOGAR



El objetivo ha sabido recoger todo el interés cordial, la serena, íntima poesía de esta escena de hogar. Bajo la luz de la lámpara, la madre y el hijo leen el mismo libro: una historia sugestiva que atrae al par la imaginación de los dos, ó acaso la madre, con esa ternura heroica de las mujeres para el amor, repasa la lección difícil que el chico está estudiando. Ella quiere darse cuenta de qué es aquello tan complicado que su hijo tiene que aprender: lección de ciencias ó de historia laberíntica y pesada... Y después de comprobar que así es, la buena madre devolverá al niño el volumen y le dirá compasiva: «Tienes razón, hijito! ¡Hay que ver las cosas que os hacen estudiar!» Le dará un beso y recomendará al pequeño estudiante: «¡Anda! Ahora, vete á acostar. ¡Mañana, ya descansado, seguirás estudiando!...» (Fot. Cámara)



SANTIAGO BONOME

EN el Salón Vilches exhiben conjuntamente sus obras Santiago Bonome y Valentín Zubiaurre. El pintor vasco y el escultor gallego coinciden en el mutuo testimonio de sus artes respectivas bien definidas. Y aunque autorizase la voluntaria promiscuidad de lienzos y tallas simultanear los escolios críticos, no debe continuarse en la revista el confucionismo peligroso de la Exposición. Esta más desvirtúa que releva en toda su integridad los significados diferentes del estatuario y del pintor. Y si no tanto, resta, desde luego, en el comentario aquella misma parte que quita a la atención de cada uno el contacto demasiado inmediato de las obras.

Es preciso, al menos aquí, separarles y otorgarles aisladamente el respeto admirativo que merecen.

No en vano se trata de dos artistas con huella y eco personales en la estética de hoy. Filialmente, gustosamente consagrados a la exaltación de figuras y temas de sus tierras nativas, el tallista galaico, el costumbrista vasco, sugieren siempre tal suma de consideraciones que no deben eludirse.

Comento hoy la exhibición de Santiago Bonome. Quede para un próximo artículo la no menor estimación para los cuadros de Valentín Zubiaurre.

•••••

Hay en este conjunto selecto y expresivo que Bonome muestra ahora una ratificación ponderada de cuanto era impetuosa capacidad latente en sus obras anteriores.

Esa ponderación atañe a lo externo y a lo íntimo. Al sosiego de la forma y del colorido, como al espiritualismo animador de la materia dúctil. Hay una gracia melancólica sobre el sarcasmo violento, de igual manera que las audacias estridentes de la policromía dan en serenas caricias de tonos suaves, discretos.

No aquel hervor de contorsionadas figuras que hacían pensar en urentes lengüeteos de una plástica incendiada por el juvenil humorismo del artista, sino ritmos delicados ó austeros. Menos apóstrofes y más ternura.

La sátira dejando paso a la cordialidad.

Pero—conviene no soslayar este punto importante—se hará mal en suponer inferioridad ó torpeza, ni extravió la expresiva característica factorial y sensitiva del artista ayer—un ayer tan inmediato aún—, ni entregar en holocausto de los aciertos actuales los pretéritos.

Nada pierden con el cotejo las flameantes, las esquemáticas glosas plásticas que revelaron súbitamente a Santiago Bonome como un valor positivo desde el comienzo. Conservan su significado intacto. Si luego adviene esta fortaleza concienzuda y esta gracia sutil de las obras re-

cientes, no destruyen lo que había de nervio y sentimiento en aquéllas.

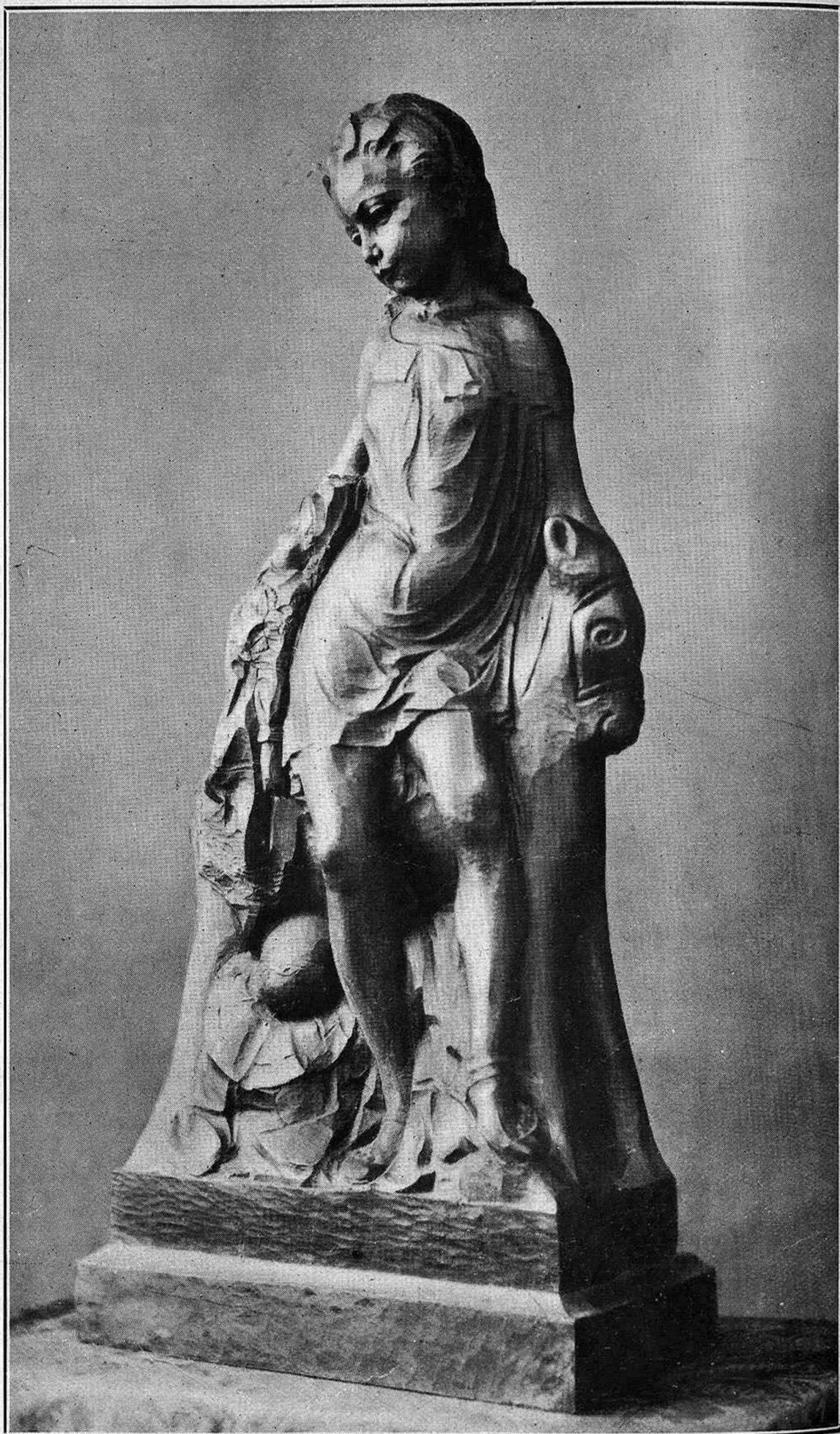
Véanse el grupo de la beata y el juvenil clérigo que hay en el nuevo patio de escultura del Museo Moderno. Recuérdense los mascarones de *Antroidos* y las infantiles figuras ó el patético grupo *Lembranza* que en sus pocas dimensiones contenía enorme potencialidad sentimental. Conservan intacto su encanto descubierto con la primer mirada, y hubieran podido ser añadidos a este admirable conjunto de ahora sin apagarse ellos ni ser tampoco ofrecidos en reproche temible para el juicio de las obras posteriores.

Es como si aportásemos a la lógica trayecto-

ria evolutiva del artista ese mismo ejemplo de promesa que hay en el juguete mostrado por la nena del grupo *Hidalgo Campesino*, de la más bella obra hasta hoy creada por el admirable escultor gallego: *Trono infantil*.

•••••

*Trono infantil* no es sólo la mejor de cuantas obras viene produciendo este animador sensible de la madera, con seguridad pasmosa de los comienzos. No es únicamente un hito estético en el camino que comenzó a recorrer adolescente, sin esas vacilaciones influenciadas que son la ganga ocultadora del entrañable fulgor destinado

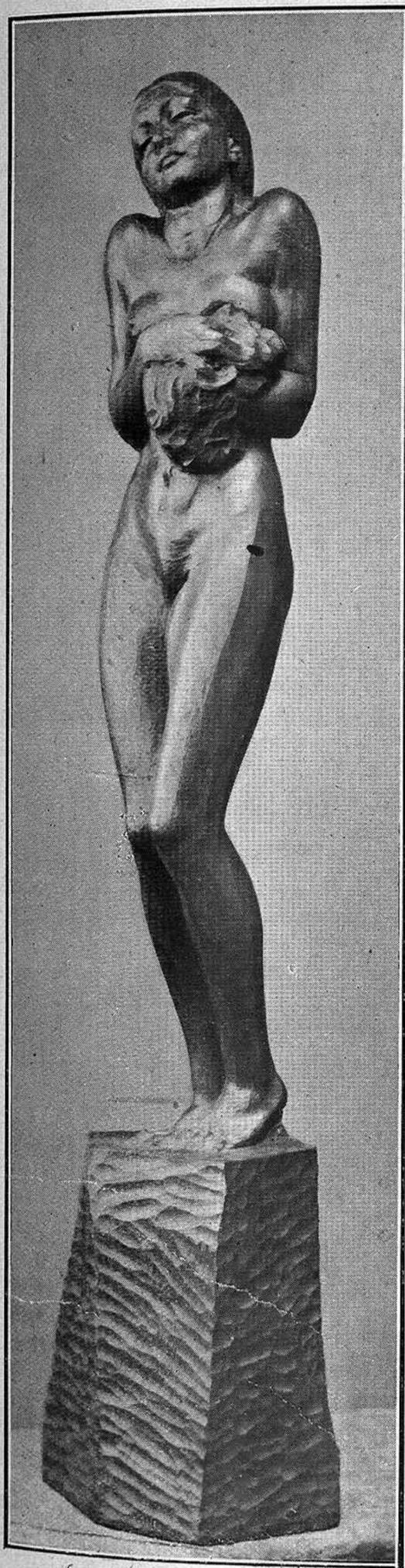


«Trono infantil

á los cimientos futuros. Es una de las más hermosas y positivas creaciones de la moderna escultura española, tan floreciente y polifacética en nuestro tiempo.

*Trono infantil* representa á una niña sentada en un tosco caballo de cartón. Nada más.

Pero, ¡qué extraordinaria, qué cautivadora maestría, qué hábito de genialidad consciente del momento culminal de la inspiración estética significa! La delicadeza infinita de la actitud, el sentido armoniosamente decorativo de la totalidad, la sabiduría cariciosa del modelado, la enorme riqueza espiritual atesorada en tan menudo cuerpecillo, al que se siente vivir, respirar debajo de la liviana vestidura. Una delicia suave, rítmica, casi física, causa la cabecita plena



«Salomé»



«Recordo»

de expresión de vida inocente, de pureza facial, los brazos morenos, las piernas colocadas en supremo acierto.

Todo ello realzado por una policromía concreta y oportuna que avalora las calidades y la línea, y que al llegar á lo accesorio, al ornato complementario de la figura, se aviva un poco, sin estridencia ni agresividad tonales.

¡Con qué maravilloso concepto del significado secundario y al mismo tiempo indispensable de ellos están conseguidos esos detalles de los dos muñecos y de la cabalgadura rígida—el *trono infantil*—de un modo estilizado á grandes planos, mientras la incomparable, la hechizadora figura de la niña se trató de harto diferente manera, con finura, sin blandenguería y modulaciones lineales, sin fofas redondeces!

Pasarán los años. Creará el artista nuevas obras dignas de alabanza. Continuará la ascendente sucesión de etapas no desligadas una de otra que no obligan á rectificar el juicio de lo quedado atrás, y, sin embargo, este *Trono Infantil* seguirá siendo una obra culminante y ejemplar, digna de ocupar puesto de primacía en un Museo no contaminado por los aluviones ocasionales y las reputaciones transitorias.

•••••

*Cariátide* y *Salomé* se unen de concepto y de tiempo á *Trono Infantil*. Quiero decir que han sido, como éste, creadas últimamente por el artista, y ajustándose á la matización especial que *Trono Infantil* señala dentro del estilo peculiar de Bonome.

Contraste lógico, sin embargo, entre esas tres obras por las opuestas psicologías traducidas en su externidad formal—de la niña, la madre y la hembra enfebrecida de lujuria.

*Cariátide* recoge en la traza el sentido rítmico de la alusión clásica; pero está humanizada por la espontánea y conmovedora ternura del asunto: una aldeana gallega que porta sobre su hombro al hijo y lo levanta con maternal orgullo.

Aparentemente rígida, se la descubre en seguida la entrañable sensación de amorosa y humilde emoción que la sutiliza. Y éste es uno de sus méritos—además del hallazgo eurítmico y de la finura del policromado—: la idealización, la superación espiritualizada de un realismo indudable.

Como también—acaso en un grado inferior por cómo aquí la material inspiración del motivo hace tiránicamente naturalista la expresión plástica—encontramos esa condición esencial de Santiago Bonome en la *Salomé*, excelente desnudo de sorprendentes calidades bronceas

que señalan la maestría técnica del artista. Pero esa maestría se acusa con rasgos más personales, con el vigor de corte, con la certidumbre enérgica que le caracteriza en bustos como *Door* y *Carreteiro*, síntesis expresivas del manco y la móza galaicos; ejemplos destacados de la raza y modelos elocuentes de cómo hay en nuestra época un artífice de la madera que nada tiene que envidiar á las grandes figuras clásicas.

Y aún deben añadirse al ditirambo el grupo familiar *Recordo*, el titulado *Meigallo*, la silueta viril de *Hidalgo campesino* con su nieta y las obras de pequeño tamaño *Plañidera* y *Antruejo*, evocativas de las glosas satíricas de ayer.

José FRANCES



«Cariátide»

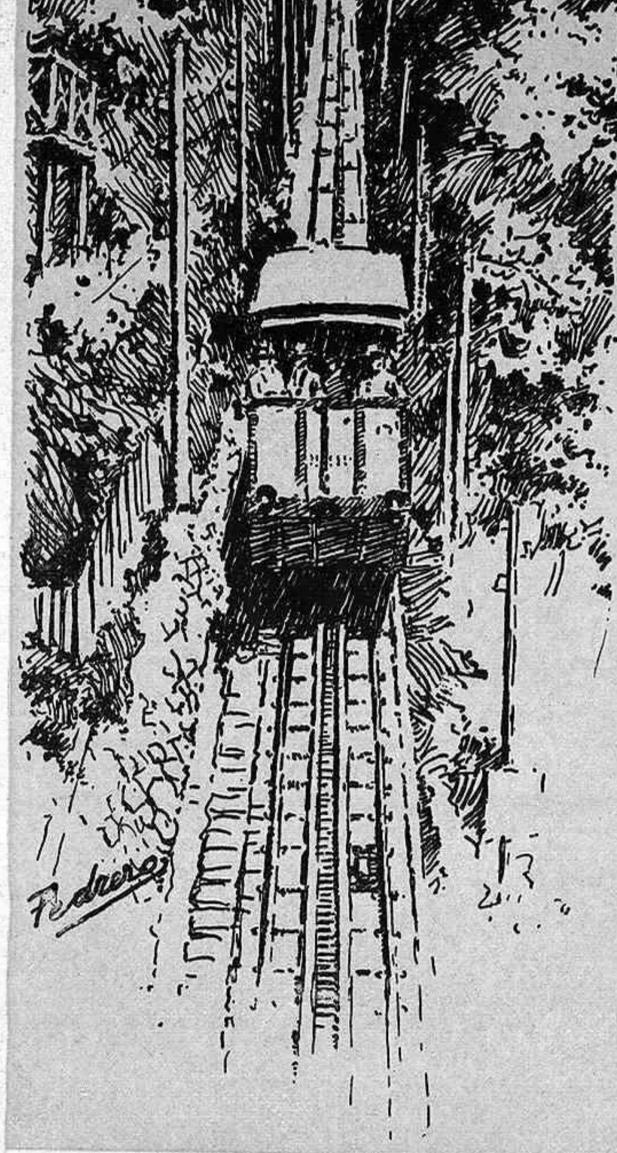
# VIAJANDO POR ITALIA

## El lago y la ciudad de Como



HABÍA llegado por la mañana en un tren corto de Milán, dejado en el hotel el «sobrio» equipaje del viajero «práctico», la maleta, y desembocando en el vecino muelle, sentáome en un banco frente al cuadro fascinador que mis ojos descubrían. Era prima mañana, en los momentos en que aún reinaba con su frescura la brisa matutina, empezada á caldear por un sereno sol de otoño. Surgía de una vez la linda población, agrupándose alrededor de la rada, ciñéndola con una cadena de quintas, entre jardines, entre cercas, entre verjas, asomándose al agua, salpicada de álamos y cipreses. Todo blanqueaba y todo se cubría con el oro de la luz. Amplio el espacio, servía de plaza de ciudad, y en los edificios, con soportales en su perímetro, se leían títulos de hoteles, y sus corredores ó cafés tenían ya al aire libre sus veladores y sus mesitas, enmanteladas para los almuerzos de los turistas de un día. Pasaban tranvías eléctricos; bajo las copas de una hilera de árboles aguardaban rápidos autos y berlinas de un caballo al excursionista *tres pressé*, y en el puerto, una hilera de botes á remo, con toldo redondo, que me trajeron á la memoria nuestros rurales carros castellanos. Un vaporcito atracado engullíase expedicionarios que llegaban corriendo y que se agolpaban en la borda costera al embarcadero. Sonó la campana del buque... Partía...; se alejó con su felicidad silenciosa por el lago adentro, que, culebreando ancho y luciente, se perdía á lo lejos en un dédalo de altos montes vestidos de vegetación y salpicados de casitas. Tal placidez envolvía el lugar, que necesité que un reloj de torre me arrancara de aquella fascinación irresistible que amenazaba con limitar mi correría á una centinela en un banco.

Eché por una calle que me condujo á una plaza. En el alto rótulo de una esquina leí su nombre: de Volta. La estatua del célebre físico, nacido en Como, alzábase en el centro. Una idea sugirióme otra, y recordé que paisanos del sabio habían sido otros dos que también lo fueron: los Plinios; el tío, conocido por el Viejo, muerto en la erupción vesubiana que asoló á Pompeya, y el joven, que la describió. Y héteme ante la catedral «nova», preciosa muestra ojival, que me demostró, una vez más, que este estilo, como en toda la arquitectura lombarda, tampoco allí concluirá de dominar las huellas románicas. Persistían éstas en las líneas de la puerta principal, con su hilera de santos sobre el dintel y sus estatuas de los Plinios y sus rasgados ventanales en los flancos. En una logia contigua, finísima, de piedras de colores, se acentuaba más el gótico. Era el Broletto, ó palacio de la ciudad. Para encontrar el renacimiento había que doblar el templo é ir á buscar una puerta lateral, del Bramante, coronada por un precioso relieve representando la huída á Egipto. Se imponía la entrada no ya por el arte, sino por la liturgia; era domingo. El interior me recordó el del *duomo* de Pavía. Amplitud; preciosas vidrieras modernas sobre motivos de la vida de S. Abundio, patrón de Como. Dos admirables cuadros de Luini y un techo policromado que no debió pintarse nunca. Mucha gente oyendo misa. Advertíase, entre las mujeres, siluetas de damas



elegantes, trascendiendo á capital. La explicación sencilla. La buena sociedad milanese veranea en Como. Unas cuantas horas de tren.

Antes de entrar en el Duomo, habíame hecho levantar la vista un porfiado campaneó estallando en los aires, como si cruzaran el espacio campanas con alas. Tocaban á gran función, y los ecos caían desde lo alto, desde una de las cumbres que dominan la ciudad. Eran unos sonidos insinuantes, porfiados, que llenaban toda la urbe, que se alejaban volando por el lago y la campiña, que parecían rogar que se ascendiera á la cima en que tenían su mechinal. Lo tenían en Brunate, un pueblecito encaramado en la vertiente; pero la subida resultaba fácil: se subía en un funicular. Yo adoro las campanas, y aquéllas cantaban con un himno que atraía. A los dos minutos hallábame acomodado en un rinconcito del «aéreo» tren.

Suena un timbre eléctrico. Un empleado cierra todas las portezuelas, y en marcha, horadando siempre espesas masas de arbolado: bosques de castaños y nogales. El paisaje se ensancha; los horizontes se amplían; las perspectivas se aumentan y de cada vez se distingue más campiña y más casas, hasta que concluye por mostrarse allá abajo, toda entera, como un relieve de plano topográfico, la población, con las líneas de

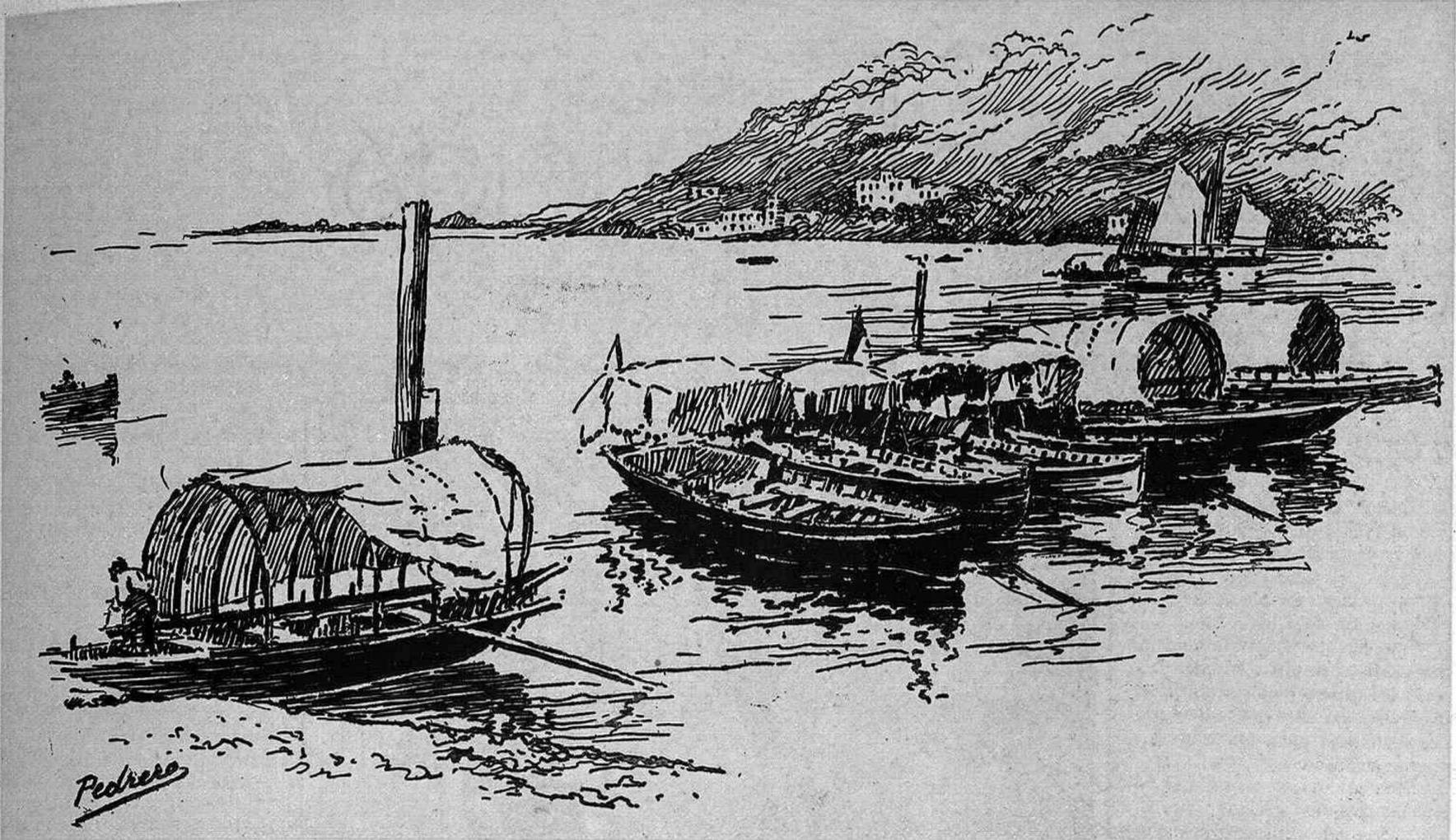
sus muelles, de sus paseos, de sus calles. Llegamos cerca del pueblecito de la altura, y en los escalones de la montaña surgen diversas quintas, con jardín enverjado, y varias fondas de primer orden, con magníficas terrazas ó galerías, abiertas sobre la falda, algunas tan cerca que parece que se tocan con la mano. La contigüidad descubre indiscretamente algunos interiores; en una *villa* hay divanes de tapicería con almohadones de raso bordado en sedas y mesitas de laca; en todas, mecedoras de lona y sillones de mimbre bajo los toldos ó techos de cristales. El coche se detiene. Brunate.

Nadie imaginaría que hubiera aquí arriba espacio para que pudiera desenvolverse todo un pueblo, y, sin embargo, lo hay. Una calzada entre álamos me brinda con su cinta blanca.

Echo por ella y salgo á una amplia plazoleta de copudos castaños, con bancos, en los que se halla sentado buen golpe de gente, de porte elegante y en toaleta de mañana; como es día festivo, las señoras tienen puesto el sombrero; se adivina que acaban de salir de misa; son veraneantes instalados en la altura; están en su casa y vienen á curiosarnos á los que subimos. Vagando por aquí y por allá por sombrías y estrechas avenidas en cuesta, me voy encontrando por dondequiera fondas con marquesinas de hierro y cancelas con tiestos y escalinatas. Y luego, calles con casas, y en una de ellas las oficinas de la Posta y del telégrafo. Y después, más hoteles con azoteas y terrazas y *trattorias* modestas donde almorzar por poco dinero. Y doy al cabo con la iglesia, atestada de fieles, en la que es imposible entrar. Y las campanas sonando siempre, dulces, melancólicas, musicales, ahora sobre mi misma cabeza, á mi mismo oído. Y oigo cómo vuelan por el aire las voces de bronce yéndose monte abajo, al lago y los valles, á tornar á llamar á la gente. El aire es puro, fresco, henchido de esa finura de la atmósfera de las cumbres; aire que acelera la circulación de la sangre y estimula el apetito y colma el alma de alegría, que huele á tomillo y á juncia y á vegetación exuberante, aire que es vida.

Por cualquier parte que se tome, llégase á un pretil y, por tanto, á un balcón; y el cuadro es tan maravilloso que el primer efecto que produce es el de la gratitud al Todopoderoso, que ha dado al hombre la facultad de sentir. ¡Imposible, imposible pintar lo que se ve desde una de estas azoteas naturales á mil metros de altura! Son unos panoramas tan soberbios, que se corre de un extremo á otro del antepecho y se desanda el camino y se vuelve á andar, sin acertarse con la supremacía del punto de vista. Se descubre todo el lago con su ciudad á su costado Oeste; se descubre la inmensa plana lombarda, con sus mil tonalidades de verde; se descubren los Alpes hasta el monte Rosa; confusamente, Milán en la lejanía... La altura ha inmovilizado el agua. Toda la serenidad del panorama se le posa á uno en el alma. Se presiente el gozo del pájaro.

Acúciame el deseo de tomar posesión del lago. A las tres zarpa un vapor para Bellagio. ¡Pinti parado! Me espera un cómodo banco de listones y curvo respaldo. Un empleado de galoneada



gorra me da mi billete por un ventanillo de cubierta.

El buque toca una campanita alegre... La partida... Piñonean los émbolos; hacen paf-paf las hélices... ¡Avantil...

#### Á BORDO

El piróscapo, como aquí se le denomina, va atestado de sombrillas claras, de faldas «rodilleras», de sombreros flexibles, de turistas varones en medias y borceguies... Buena parte de los expedicionarios meriendan en mesitas con blancos manteles, colocadas en las terrazas flotantes de los altos puentes. El agua no se mueve; es una balsa, y el barco se desliza majestuosamente, cruzando, en sucesivas etapas, de orilla á orilla, con gallardía de yate de lord, deteniéndose en los embarcaderos de los pueblecillos, en los que toma ó deja viajeros. El paisaje despliega su profusión de «villas» aristocráticas, residencia estival y otoñales de la dorada sociedad milanesa, verdaderos palacios de piedra rodeados de parques, empinados sobre malecones tapizados de yedras, de madre selvas, de rosales trepadores; de hoteles con sus títulos en grandes y doradas letras sobre las fachadas, con sus azoteas de balaustres, con sus escalinatas de mármol; de aldeitas tranquilas, agrupadas en torno á sus campanarios como obeliscos blancos, hundidas entre huertos, entre frutales; de terrazas entoldadas por parras que forman galerías de anchos pámpanos; de los innumerables encantos de las laderas suaves, apacibles, arcádicas é idílicas, con ese atractivo de los follajes muy compactos y de los montes muy erizados de vegetación, tapizadas de viñas, entoldadas de castaños. Y así van desfilando, en el ambiente luminoso de la serena tarde, á una á otra banda, Cernobbion, con los mágicos parterres y los cipreses de la Villa d'Este; Torno, con las villas Pasta y Taglioni, que evocan dos nombres célebres en la ópera y en el baile; Brieno, entre laureles; Comacina sobre un islote; la quinta Balbianello con su columnata y la Pliniana con su manantial que cambia de nivel con periodicidades de marea, y del cual

hablan los dos sabios naturalistas Plinius, y, por último, Cadenabbia, con sus manchas de plantas tropicales, entre las que se vislumbra el mármol de las estatuas, y Bellagio, término de la expedición y resumen de sus bellezas.

Hállase Bellagio en un cabo, lamido de un lado por el lago de Como, propiamente dicho, y de otro por el de Lecco, que se interna hacia abajo, por el Este formando un ángulo con el primero. El panorama es espléndido con todas las notas poéticas del paisaje fundidas en una: el concertante de la pastoral. Un pueblecito rojo y blanco, con su picuda torre de iglesia en medio y varias villas encantadoras cerca de sus casas. Luego la visita á la villa Melzi, construída para el conde Melzi d' Enrile, después duque de Sodi, al mismo borde del agua; macizos de gigantes magnolias, de camelias colosales, de inmensos abetos chinos y gigantescos áloes, mágico palio que cubre de sombra los bustos de Leticia, madre de Napoleón I, y de su mujer Josefina. Os reciben estatuas de Cánova, bajorrelieves de Thorvalden.

Aún tengo tiempo de merendar las sabrosísimas truchas y lisas privativas de este lago, ro-

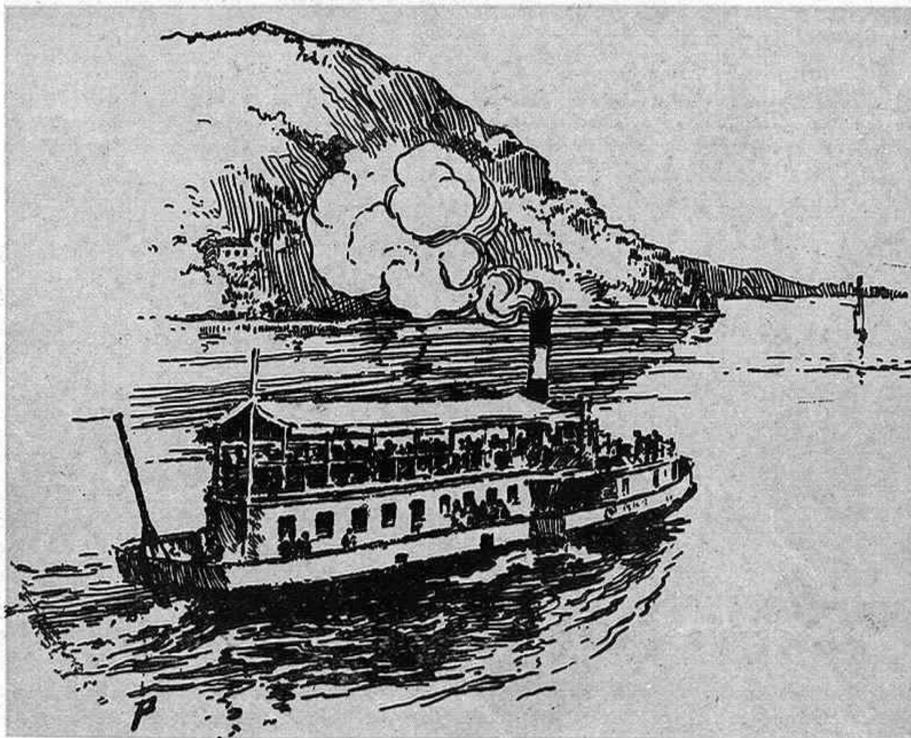
ciadas por el grato vinillo de Chianti, en una mesita de la terraza en el «albergo» du Lac, charlando con las vendedoras de postales, instaladas en un porticato, recibiendo la suave brisa lacustre, y, por fin, he ahí el gran cisne blanco del «vaporetto» que viene de Colicco y en el que regreso á Como.

Torno á contemplar las dos privilegiadas orillas; pero ahora á una luz distinta, más suave, más cernida, más gris, en la que poco á poco se esfuman las cosas, haciéndose más vagas, espiritualizándose. El sol concluye por esconderse detrás de la nieve de las últimas cimas, y la luz va apagándose lentamente, asiluetándose el paisaje, adquiriendo sus contornos tonalizaciones negras, de carbón, que prolongan los árboles y les dan extrañas líneas de aguafuerte. El campo toma el matiz cárdeno del crepúsculo vespertino. Una inmensa melancolía brota donde quiera en esta hora agónica de la Naturaleza en que mueren todos los ruidos y se despiertan todos los murmullos. La niebla del obscurecer comienza á levantarse del lago, y de pronto, una aquí, otra allí, otra acullá, surgen en las faldas diversas lucecitas, y luego se encienden á todo

lo largo de los montes multitud de ellas... Son hileras de constelaciones trémulas que horadan el cielo de la noche. Son las «villas», los hoteles, los hogares tranquilos de la montaña que iluminan sus mesas para la cena. Y me los imagino con los balcones abiertos, llenos del aroma de la campiña, toda la familia reunida, risueños, alegres, dichosos, y yo, viajero que paso ante una ventura que no me pertenece y que paso solitario, que los adivino desde el barco, pido á Dios que no se lloré bajo sus techos, y hago votos por que sobre las camas de sus moradores, á quienes no conozco, deje caer el sueño su profundo bienestar. Y son las ocho y media cuando resplandecen en el espacio los focos eléctricos del puerto de Como, y el piróscapo vuelca y deja en el muelle el montón de turistas á quienes ha unido unas horas la ilusión, y esparce, quizás para siempre, la realidad.

ALFONSO PEREZ NIEVA

(Dibujos de Pedrero)



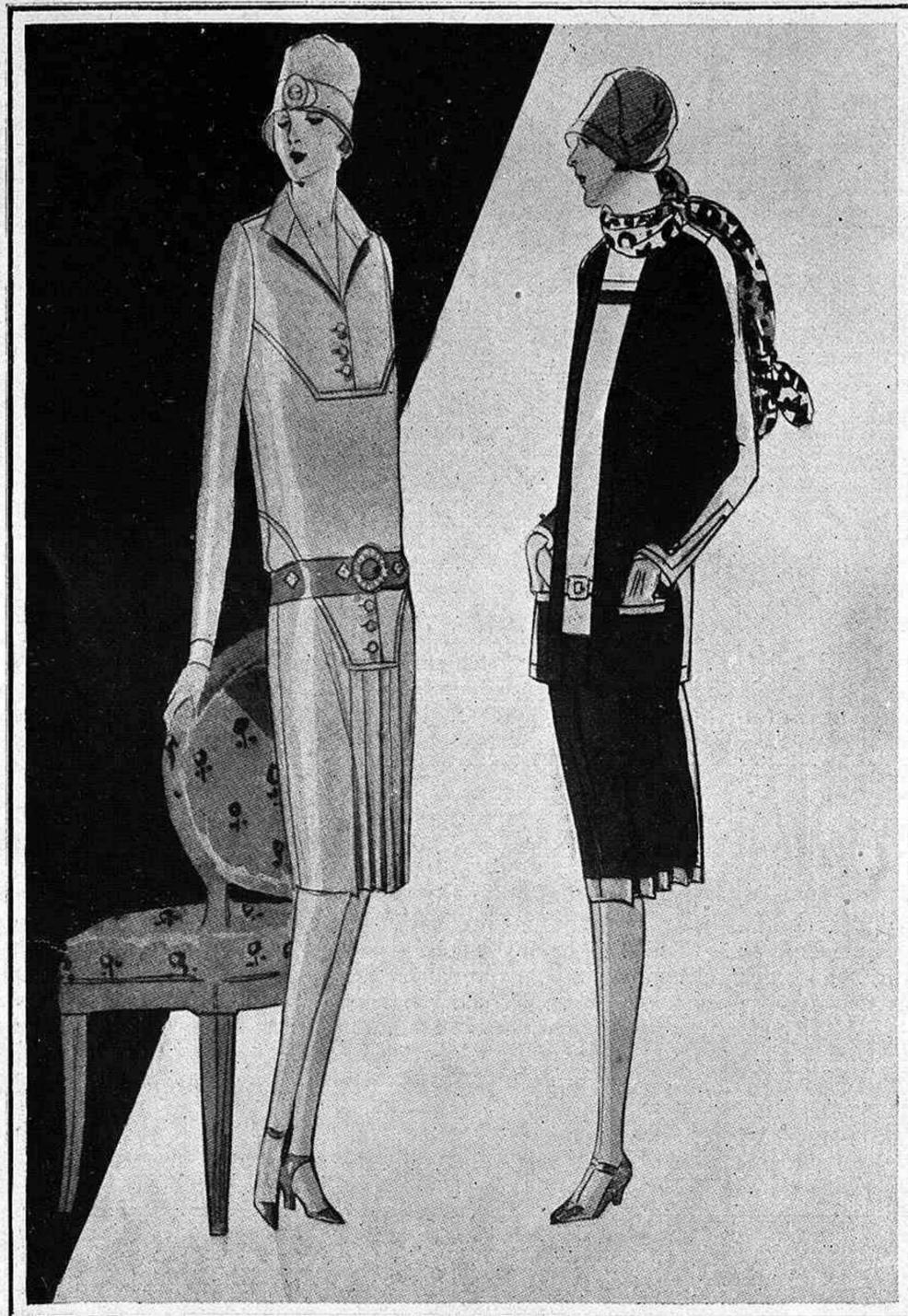
# Elegancias

ESTAMOS ya en plena *saison* de la Costa Azul, y hacia ésta tienden su vuelo los modistos y demás creadores de la Moda; aquellos, en fin, que cultivan un arte para embellecer á la mujer.

Esta aporta, con el conjunto de sus gracias, un atractivo maravilloso y deslumbrador, como el sol espléndido que pone destellos de oro en las finas arenas de aquellas playas y en el verde jugoso de sus campos.

Las galas que durante el día lucen las mujeres en la Riviera, así como las de la *soirée*, pueden citarse como las más elegantes del mundo entero.

Los modelos de primavera y estío se exhiben allí en profusión, especialmente á la hora de la playa. Es en esta hora cuando todas las mujeres van ataviadas con trajecitos vaporosos de crepella, crespón muselina y satén, bien en tonos lisos y estridentes, ó bien estampados en distintos colores.



Vestido de «crêpe marocain» en tono «beige» claro con cinturón de cuero

Vestido de lanilla inglesa azul y jersey de punto de seda



Toca de fieltro negro guarnecida de cinta de seda (Modelo Jane)



Fieltro negro con adorno en azul y cordones negros (Modelo Berengère)



Toca de fieltro negro adornado con cinta de seda drapeada (Modelo Nandine)

Los estampados siguen imperando, y algunos son de tal forma, inéditos y bonitos, que extasia su contemplación.

Los ramajes menudos y muy confusos dominan sobre toda clase de dibujos, así como los insectos de mil especies, tratados en tonos suaves, muy modernamente.

Los tejidos de camisero también están muy en boga. Algunos modelos confeccionados con estas telas llevan unos abriguitos de lanillas en tonos claros; predominando el *beige* en toda la escala y el gris. Y en estos mismos tonos se hacen el sombrero, el bolsillo y el calzado.

Un *ensemble* que se adopta mucho en la Riviera, para deambular por la playa en las horas de la mañana, es el de falda de seda, hilo ó lanilla y jersey de lo mismo. El tono blanco es el predilecto de estas creaciones, sobre las cuales se lleva también, como complemento, el abrigo de lana

fina, negro, marino, rojo estridente ó amarillo cadmio.

El color botón de oro tiene un gran *succés*; pero sobre tejidos de seda muy brillante y sin ninguna estampación ó motivo de dibujo en la tela.

El tafetán cuadrulado ó á rayas ha resurgido en las nuevas estaciones de primavera y verano. Muchos trajes de tarde lo adoptan, y completan el conjunto unas capotitas de paja con la pequeña ala recogida en la parte de la nuca, y adornadas con cintas de *satín* ó terciopelo ó flores de *crêpe georgette* ó fieltro.

La silueta futura hace aún más juvenil y esbelta á la mujer; algunos modelos son un poco más cortos por delante que por detrás. Se lleva mucho vuelo en las faldas; pero tratado éste de manera tan hábil, que la amplitud queda disimulada á simple vista, y la línea mantiénese espiritual y grácil en extremo. A ello se prestan también los tejidos que se emplean, pues el *georgette* y los crespones son aliados insubstituibles de estas creaciones.

Los descotes en los trajes de tarde se llevan poco pronunciados, y algunos rematados por un bias y guarnecidos por anchos cuellos ó chales ó corbatas anudadas al lado izquierdo.

Los bordados de lentejuelas muy diminutas se llevan mucho en los trajes de tarde de mucho vestir; las mangas de algunos de estos modelos resultan muy originales, pues llevan bordados en la parte del ante-



Toca de fieltro negro con fantasía de brillantes  
(Modelo Rosine Doust)

brazo innumerables brazaletes, unos del mismo tono y otros en multicolor.

Los trajes *deux pièces* se llevan mucho en las temporadas de primavera y estío; el *crepella*, *kasha*, *duvetina* y crespón de China son las telas que más se emplean. Hemos visto un modelo en *duvetina* de color *rose-pêche* que era un verdadero encanto; la falda, extremadamente corta, tenía dos pliegues profundos en la parte de delante, sujetos por una pequeña trabilla y rematada ésta con un botón.

El *jumper* era con mangas largas, y trabajadas éstas en su totalidad con recortados y superpuestos de la misma tela, formando triángulos. Un ancho galón de oro viejo guarnecía desde el descote hasta el borde del *jumper*.

La moda de la tarde, en general muy bella y original.

Los abrigos de seda van guarnecidos por pieles ligeras; el *renard* es, sobre todas las tituladas «de verano», la preferida.

En los trajes de noche domina la suntuosidad y fasto de antaño; imperan muchos detalles de época, siendo el estilo que más predomina el del primer Imperio.

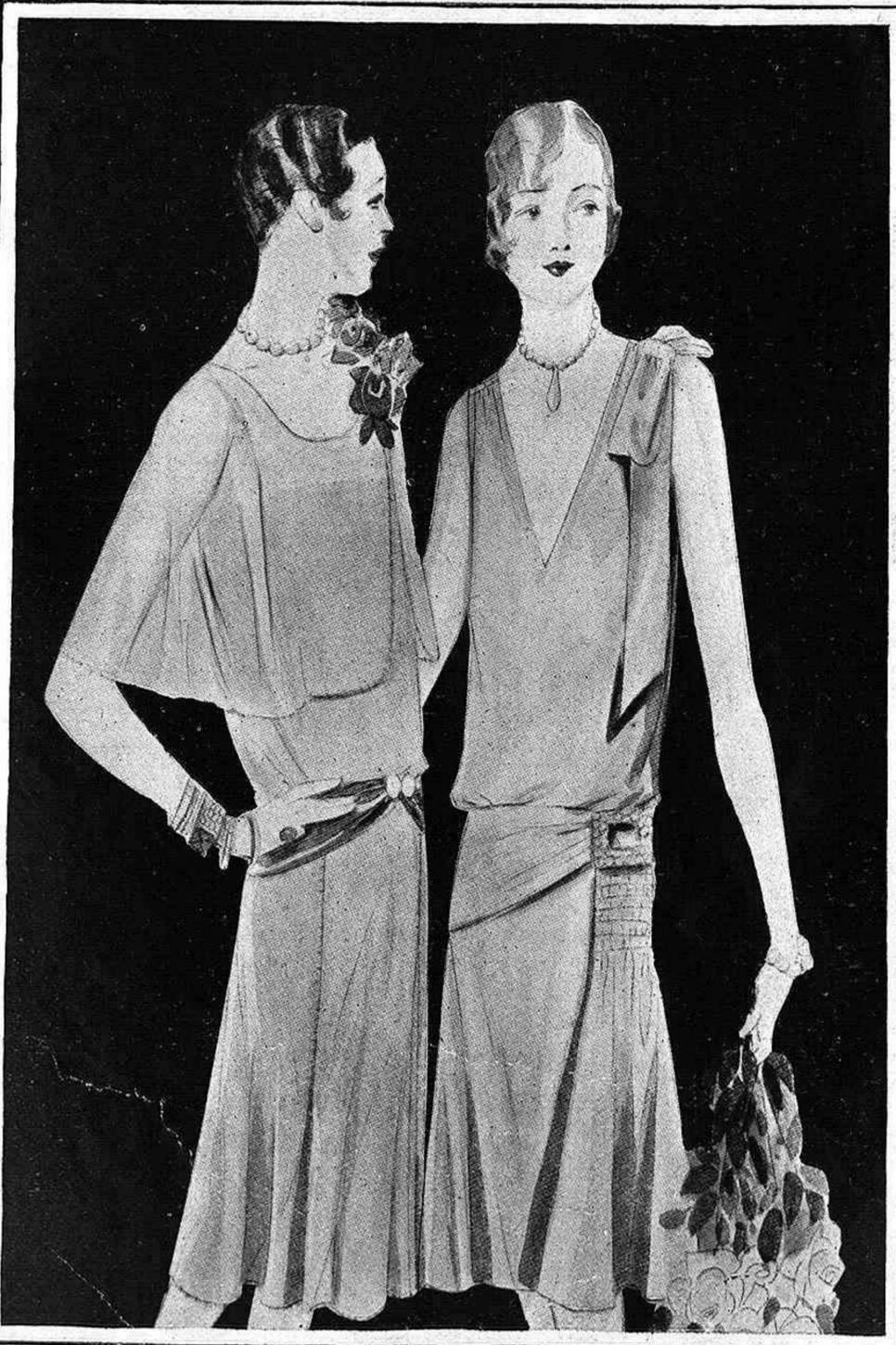
Tisús de oro y plata *lamé* muselina, terciopelo, encaje y tul son las materias que más se emplean; el tul, en una profusión desbordante. Las jovencitas, sobre todo, resultan deliciosas con estos encantadores modelos de tonos malva, glicinia, orquídea, agua marina, azul lavanda, etc.

ANGELITA NARDI



Vestido deportivo en «kasha» marino y «kasha» blanco bordado en azul

Modelo Jane Duverne

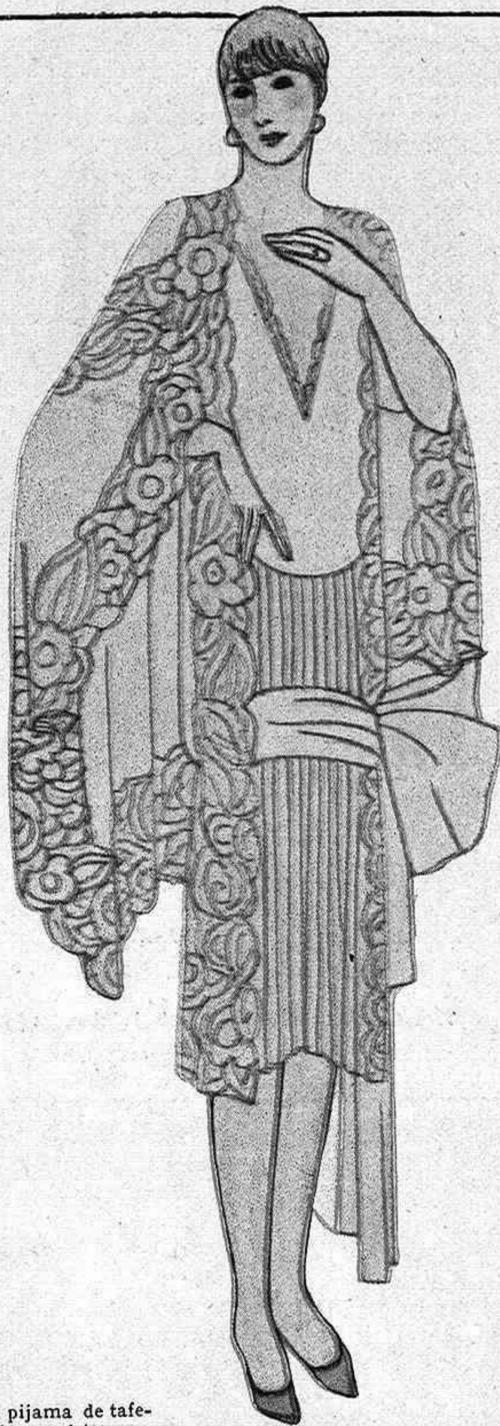


Dos lindos trajes de noche en «crêpe georgette» de tonos pálidos



Vestido de crespón romano color salmón pálido, con caída al lado izquierdo  
(Modelo Jane Duverne)

GLORIA  
BRIMLEY



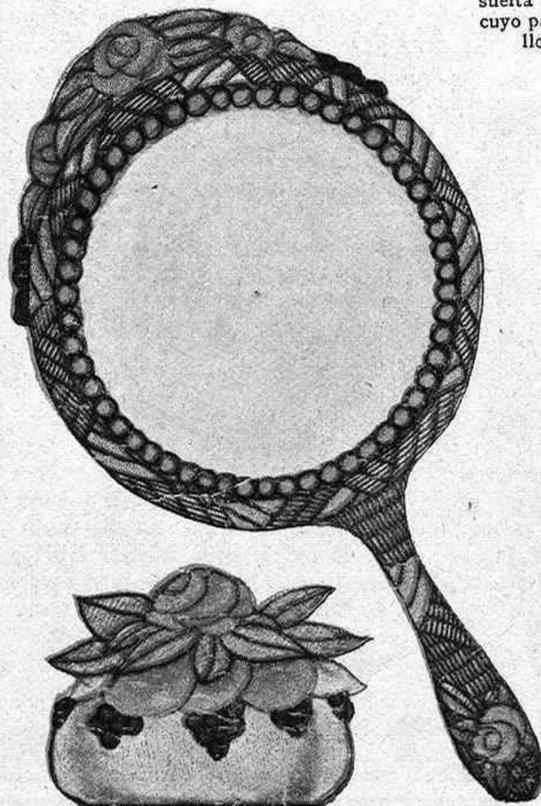
Los encajes y la muselina ó tul de seda empolvados en esta graciosa «deshabillé», son de un rosa muy suave para ofrecer más lindo contraste con la banda en tisú de plata anudada en lazo de mariposa que ciñe el cuerpo.



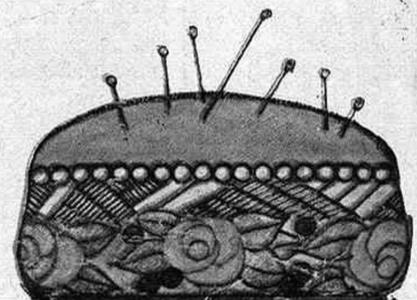
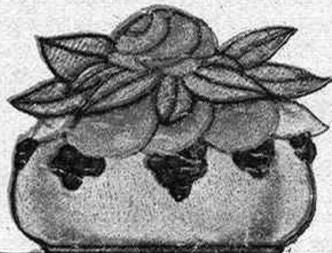
La novedad de este pijama de tafetán de un lindo color azul íntegro, está en las flores de almendro de tonos rosas y en los bordados de plata que lo adornan.



La muselina y el terciopelo de seda se combinan artísticamente en la suelta chaquetita de este pijama, cuyo pantalón se ajusta á los tobillos en drapeados perfectos.



Es de una refinada suntuosidad este juego de tocador en cristal, adornado con cintas de oro, perlas de vidrio tallado... rosas y florillas hechas á mano y previamente teñidas en diáfanas coloraciones.





## APUNTES DEL VIAJERO

### RECUERDOS DE BLASCO IBAÑEZ

**R**ESPUESTA.—En los primeros días de Marzo de 1923 escribí á Vicente Blasco Ibáñez, á quien personalmente no conocía entonces. Poco después recibí una carta suya. ¿Acuse de recibo, cortés y brevísimo, de quien, dueño ya de la máxima popularidad que ha logrado escritor alguno, carece de tiempo para cumplir á medias sus innumerables compromisos? Carta á modo de apunte de retrato psicológico. Porque en ella quedaron aprehendidas dos de las virtudes capitales de su autor: exuberancia y cordialidad. En dos páginas de abundante lectura, Blasco me hablaba, estimulándome más á cada palabra, del librito recién llegado. Y en seguida, como á compañero de toda la vida, me daba noticias de sus luchas hasta vencer.

•••••

**MENTÓN.**—El automóvil avanza por la carretera recién embreada, entre los sombríos Alpes.

Ya en Mentón, requiero del primer transeunte dónde está la «Villa Fontana-Rosa». Y el desconocido francés me pregunta: «¿La residencia del gran novelista? Allí.» Señala. Seguimos la ruta invisible y cierta que apuntó su índice; poco después, á la puerta de Vicente Blasco Ibáñez, el jardinero me previene: «No está en casa; búsquelo usted por el centro de la ciudad, donde hace su paseo matinal.

«Aquel es; no puede ser otro», me digo. Desciendo del automóvil. Me acerco, tímido, sin apenas atreverme á descubrir mi nombre, y Blasco, cordial el gesto, ancha la sonrisa, nobles los ojos, me alarga su diestra, que estrecha la mía con vehemencia, mientras su mano izquierda, apoyándose en mi hombro, parece ratificar el caudal de su cálida voz hospitalaria: «¿Por qué no me avisó usted, según le decía yo en mi carta?» Asombrado, respondí: «Pero, D. Vicente, si hace ya cinco meses, ¿cómo se acuerda usted?» E insistió: «Usted debió avisarme, y yo le hubiera aguardado en Fontana-Rosa. Si no tuviera que almorzar hoy fuera, le invitaría á usted. Y el caso es que mañana... Pero, aguárde, ¿puede usted tomar conmigo una taza de té mañana? Le espero á las cuatro.»

Ya iba yo á despedirme, cuando me detuvo: «No tenga usted prisa; todavía he de hacer una hora de ejercicio, ando mucho todas las mañanas; acompáñeme usted y le voy enseñando Mentón, que es un encanto.»

Accedí agradecido. Me cogió del brazo, y, mientras paseábamos por calles limpias y silenciosas, Blasco hablaba casi constantemente. Con frecuencia interrumpía su charla para saludar á peatones de la más diversa apariencia. Y una vez comentó: «No puede usted imaginar cuánto me quieren aquí; ya habrá usted visto con qué cariño me saludan todos. Ahora puedo pasearme tranquilo; pero en invierno es casi imposible; turistas de todas partes del mundo, especialmente mujeres, se me acercan armados de su estilográfica y con un ejemplar de alguna de mis novelas para que se lo firme.» Y la voz de Blasco, optimista y satisfecha, nunca vanidosa, pero sí

puerilmente orgullosa, me contaba la ejecutoria de su inmensa popularidad. Lentamente sus palabras declinaron nostálgicas: «Usted sabe que mis ideas republicanas fracasaron hace tiempo en España; y ya que no pude influir decisivamente en la orientación política de mi patria, quiero servirla de otro modo. Me parece que el novelista, cuando lo es de veras, es el supremo poeta. Si Homero viviera en nuestra época, escribiría novelas, no poemas, aunque en el fondo son la misma cosa. Pues bien: ya habrá usted visto que en *La Reina Calafia* canto las glorias de los españoles al contar la historia de California; con esa novela inicio una cuarta etapa de mi vida creadora que aspira á rehabilitar á los españoles más fuertes, discutidos y hasta calumniados en el pasado. Por eso quiero dar la vuelta al mundo. El español es el aventurero por excelencia, y en todos los rincones de la tierra dejó su huella. Yo quiero conocer los sitios por donde ellos pasaron. Y haciendo el viaje cómodamente, en un gran trasatlántico, podré apreciar mejor lo que hicieron mis antepasados en épocas de gran atraso material y de comunicaciones peligrosas, de las que no se podía obtener placer ninguno y sí exponerse á toda clase de riesgos. Por ahora la figura que más me atrae, por su voluntad inquebrantable, por su tenacidad, por su audacia, por lo española que es, en suma, es la de *El Papa Luna*, de quien me ocuparé después de mi viaje. También he pensado en la rehabilitación de los Borgia. Y no le digo nada de los conquistadores...»

A las cuatro de la tarde del siguiente día me aguardaba Blasco en la biblioteca de su «Villa Fontana-Rosa». La biblioteca se halla en un pabellón independiente de la residencia. Doce ó catorce mil volúmenes la integran. Sobre dos anaqueles, sendos bustos de Wagner y Beethoven. Colgando de las paredes, el anuncio editrial de la traducción al sueco de las obras de Blasco. Sobre una mesa, una escultura en bronce, hecha en Filadelfia, y regalada por un grupo de damas norteamericanas, de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. Aquí y allá, retratos de Gabriel D'Annunzio, de Anatole France y de otras personalidades literarias, admirablemente dedicados.

El novelista habla de sus proyectos: «Pienso crear en España el Premio Blasco Ibáñez, que ha de concederse todos los años á la mejor novela. Aún no he decidido en qué forma será. Me atrae la idea de formar una academia libre, como hicieron los Goncourt, en la que entrarán los grandes valores que no estén en la oficial. Ya veré, ya veré; hay que estimular á los jóvenes; en España no se hace nada en ese sentido.» Y se paseaba, á largos pasos, de uno á otro extremo de la biblioteca. «La mayoría de los que escriben ahora muestran una ignorancia lamentable en lo que se refiere á la novela. No saben que una cosa es ser escritor y otra ser novelista, y que el número de los novelistas es muy restringido en comparación con el de los escritores. Bien puede afirmarse que por cada cien escritores hay dos ó tres novelistas nada más. A mí, muchos compatriotas míos, por no tener el trabajo de leerme, ó porque les dolería leer las obras que he escrito en esa mesa, me siguen conociendo sólo por *La Barraca*. Nada tan cómodo como pegarle á un escritor una etiqueta literaria, ¡y á otra cosa! Igual pasó á Zola con

*La Débácle*. Pero lo que hay, en mi caso, no es sólo pereza y falta de curiosidad literaria, humana; es... que cuando escribía mis novelas valencianas en la mesa de *El Pueblo* era pobre, y ahora, á fuerza de diez y seis horas de trabajo diario, he logrado que me lea el mundo entero. Por eso, como le decía á usted ayer, quiero aprovechar mi auge para reivindicar á las grandes figuras de la España pretérita.»

Blasco hace un alto. Se asoma á una ventana y me dice: «Mire qué día tan hermoso. ¿Quiere usted que salgamos al jardín? Le gustará á usted mucho. En él he querido hacerme un rincón de mi Valencia; he querido traer mi tierra á Francia.» Ya en el jardín, Blasco conversa con más alegría, sonriente siempre: «Esos azulejos son valencianos; y esas plantas; mire usted qué bella la fuente, ahí, en el centro. Cuando esté todo arreglado, será como estar en Valencia. Y para mejor ver el mar, he mandado construir aquella torre. Tiene noventa pies de altura. Ande; suba usted.» Llamó al secretario para que me acompañara, explicándome: «Yo no me atrevo á trepar tan alto, porque aún no tiene baranda la escalera y puedo sufrir vértigo. Pero ustedes son jóvenes; ande usted, Dorotte, acompañe á Balseiro; yo les aguardo aquí.»

•••••

**MONTECARLO.**—A la noche siguiente, Blasco Ibáñez y yo nos vimos en el Casino de Montecarlo, tan conocido de sus lectores. Blasco estaba de mal humor. ¿Por qué? Telegramas llegados del Japón daban cuenta de los terribles terremotos que arruinaban ciudades enteras. Y la Dirección del Casino, internacionalmente cortés, había dado orden de suspender el concierto que en el quiosco del establecimiento habría de dar la orquesta esa noche. «¿Qué tendrá que ver una cosa con otra?—me preguntaba Blasco—. ¿De dónde se sacarán que música y alegría son la misma cosa? ¡Y esta noche que tocaban á Wagner y á Beethoven!... Es inexplicable, absurdo, idiota...»

Pasamos al mayor de los salones de juego. Nos sentamos en un diván, y Blasco me dijo: «¿Ve usted esa mujer que juega ahora? Está enamoradísima de aquel hombre rubio que la mira constantemente, y que también está enamorado de ella. Pero ahora no le hace caso. En la mujer puede más el juego que la atracción sexual, ¡y no se diga que el amor! Si gana, ni le mirará siquiera. Si pierde, como él no tendrá más dinero, le buscará.» En efecto: al pase siguiente, la mujer perdió su *resto*. Púsose en pie. Se acercó á su enamorado, que le dió el brazo y salieron del salón. «El novelista ha de estar en contacto con la vida siempre. Yo jamás me valgo de un ser ó de un caso concreto para mis novelas; pero siempre me apoyo en la realidad, en una realidad humana; y después, mientras más fantasía y más imaginación, tanto mejor.»

•••••

**NEW YORK.**—Muchos son los recuerdos neoyorquinos que relacionados con Vicente Blasco Ibáñez acuden á mi memoria. Citaré sólo unos pocos.

El representante de Blasco en aquella ciudad, mister Kennedy, caballero pelirrojo, perteneciente á una vieja y distinguida familia norteamericana, previno para el novelista habitaciones en

el hotel Mc'Alpin. Le instalaron provisionalmente. Y después el empleado á cargo del «departamento español» del hotel le pasó á los aposentos más agradables, á juicio suyo, para Blasco. Además, sabía que á D. Vicente le gustaba el canto extraordinariamente. Y le guardaba una sorpresa. Cuando entramos, escuchamos una voz de tenor haciendo ejercicios de vocalización. «¿Qué es eso?»—preguntó Blasco, extrañado—. A lo que respondió, algo desconcertado ya, el hotelero: «Es Fleta, que debuta mañana en el Metropolitan, y...»

«Pues entonces será mejor que me acomode usted en otra parte, porque una cosa es esto, y otra gustar del canto; tengo que escribir un «escenario» cinematográfico que me contrató mi representante para Mae Murray, y no es cosa de dictar oyendo gorjeos.»

Media hora después, Blasco quedaba instalado en otro piso del hotel.

Una mañana me telefoneó D. Vicente: «Balseiro, el encargado de la librería Brentano me ha invitado reiteradamente á que visite su establecimiento; ¿quiere usted acompañarme hoy? Ya sabe usted que no sé inglés, ni lo aprenderé nunca.» Acepté, gustoso. Cuando bajamos del Mc'Alpin, y antes de cruzar hacia la Quinta Avenida, me dijo D. Vicente: «Oiga usted, Balseiro, ¿qué pasa aquí hoy que hay más movimiento que ayer?» Yo, la verdad, no advertía la diferencia, y respondí: «A mí no me parece así; Broadway siempre está muy concurrido por esta parte.» Blasco insistió: «Creo que se equivoca usted; pregúntele á ese policía.» Y yo, por complacerle más que por pensar que tuviera razón, indagué. El policía me respondió: «Hay elecciones parciales.»

Sólo quien conozca bien Nueva York será capaz de apreciar, por esa anécdota, cuán agudo y cierto poder observador tenía Blasco Ibáñez. Pues para las elecciones, ya generales, ya parciales, en la ciudad del Hudson ponen tal cantidad de colegios electorales, que los electores, por muy repartidos, no son más, al entrar en su colegio, que los transeúntes que penetran en una tienda ó en cualquier oficina.

Cuando íbamos por la Quinta Avenida fué cuando mejor pude apreciar la popularidad de Blasco en los Estados Unidos. Muchos fueron los transeúntes que le reconocieron, y muchos los que, pronunciando su nombre, se descubrían á su paso. Y, ya en la librería, apenas pudimos hablar con el encargado. Tan pronto como los clientes advirtieron que aquel era mister Ibáñez, el autor de *The Four Horsemen of the Apocalypse*, sin que mediara dependiente alguno, cogían un ejemplar de cualquier obra de Blasco traducida al inglés, y corrían hacia el novelista que había aprendido ya á poner una frase m y de ocasión: *With the best wishes* (con los mejores votos). El negocio acrecentaba. Los transeúntes, contemplando, á través de las grandes ventanas de cristal, que algo anormal acontecía en la librería, entraban. Rápidamente imitaban á los precusores. Blasco seguía firmando, satisfecho. Hasta que el encargado, asombrado, suplicóle que no siguiera; era hora de cerrar, y podían multarle si la tienda seguía abierta y haciendo ventas.

Otra mañana me llamó para invitarme á a morzar. Luego íbamos á ver el *Franconia*, transatlántico que iba á llevarlo alrededor del mundo. Cuando llegamos al muelle de la Cunard Line, el guarda nos dijo que no podíamos pasar al buque. En ese momento pasó por allí un oficial. Le hablé en nombre de Blasco. Y tan pronto como oyó su nombre, nos condujo abordo y nos mostraron todo el buque. Hasta en el gimnasio estuvimos, donde Blasco, que hubiera querido hacer cabriolas en las argollas, me dijo: «Eso usted, Balseiro, que es un muchacho; yo tengo ya mucho vientre. Ahora que, si no tuviera, duran-

te la travesía, que escribir otro argumento para cine, creo que antes de llegar á Panamá daba esa vuelta que usted ha dado con mucha más facilidad que usted; yo he sido muy fuerte...»

Al siguiente día Blasco firmó nuevos contratos de traducciones y adaptaciones de sus libros á la pantalla. Y estuvo en un tris de hacer venir á Rodolfo Valentino desde California, para que representara, en un escenario de New York, la adaptación teatral de *Los cuatro jinetes* hecha hacía poco por un comediógrafo español; había que aprovecharse del pleito entre Valentino y su empresa. Pero el inglés de Rodolfo era de muy dudosa pronunciación. Y no pudo ser...

José A. BALSEIRO

## EL SULTAN DE LA MALVARROSA

**H**A muerto en el Extranjero. Fuera de su patria ha caído, como Garcilaso en Niza, cerca de Mentón, y como Luis Vives, el valenciano; Blanco Withe, Orfila, Amorós, Goya, Moratín, Meléndez Valdés, Silvela (el amigo de



Un grupo de redactores de «El Pueblo», de Valencia, en la época heroica. En el centro, Blasco Ibáñez; á su derecha, Jorge Vinaixa, y á la izquierda, Félix Azzati (Fot. Merletti)

*Inarco Celenio*), Florentino Sanz, Roberto Rober, Ganivet, Salmerón, Nicolás Estébanez, al entierro del que asistió Blasco Ibáñez en París, con cuatro compatriotas más. Lloro al muerto en Fontana Rosa; mas al evocar su recuerdo no aparece ante mí este Blasco afeitado, atildado en el vestir, de finos modales, rico, famoso en Europa y América, sino aquel Vicente Blasco Ibáñez de abundante y rizada cabellera, barba negra y larga, testa imperiosa, mirada audaz, nariz judaica, boca sensual, manos finas, señoriles; bien plantado, pecho ancho de marinero, ademán resuelto, pies pequeños, periodista y orador, caudillo de multitudes, pobre y heroico.

Ahora parecía un parisién. Cuando tuvo los ojos enfermos se daba un aire lejano al poeta italiano D'Annunzio. El otro, el de 1899, era semita, mediterráneo, un árabe español. Por algo le llamaban el Sultán de la Malvarrosa.

Le había conocido aquí, en Madrid. Eramos jóvenes y republicanos federales; formábamos en la Juventud federal. Don Francisco Pi y Margall le distinguía con su afecto. Los federales madrileños enloquecían de entusiasmo cuando oían hablar al joven valenciano. Le oí en el Circo Hipódromo y en el Teatro de la Alhambra. Cuando Pi y Margall, con su voz apagada, lenta y suave, le concedía la palabra, el concurso se estremecía ya, aun antes de oírlo, anhelante y entusiasta. Blasco, erguido, arrogante, se pa-

saba la mano por la frente amplia, hermosa, y se acercaba á la tribuna. Su voz, intensa y melodiosa; su noble y desembarazado ademán gestionaban. ¡Vengo de Valencia!, empezaba diciendo, como antes había dicho Darío Pérez ¡vengo de Aragón!, y estallaba frenético el primer aplauso y resonaban vítores á Valencia.

Blasco venía á las Asambleas, á los Comicios; visitaba el Casino de la calle de la Bola; concurría á las plácidas tertulias de Pi y Margall, en su casa de la calle de Leganitos. Marchaba á su tierra, y aquí sabíamos con dolor que había huído á París, que andaba errante por Italia (*el país del Arte*), ó que estaba preso en la cárcel de San Gregorio. De aquella cárcel que él recordó en el prólogo de la colección última de sus publicaciones, *Novelas de Amor y de Muerte*, no salió para presidio, sino para cumplir en Madrid la pena de destierro por conmutación de la que en un Consejo de Guerra le fué impuesta, en castigo de su defensa de la ley de Reclutamiento y de la independencia de la isla de Cuba.

Ya era famoso como novelista. *El Liberal* dió en folletín *La barraca*, que en esa forma había publicado *El Pueblo*. Y *La barraca* hizo leer sus cuentos y sus anteriores novelas *Arroz y tartana* y *Flor de Mayo*. Su vida en Madrid estaba dividida, como lo ha estado hasta

su muerte, entre la propaganda política y la acción literaria. Pronunciaba discursos, escribía artículos demoleedores y hacía excursiones á Toledo, acompañado alguna vez por Mariano de Cavia; alentaba á los pintores jóvenes de su tierra; visitaba los estudios de Sorolla y Benlliure, sus paisanos y amigos; era camarada de Cavia, Eusebio Blasco, á quien llamaba su tío; Luis Morote y Dionisio Pérez, que al verle le saludaba con la frase del pastor de *La barraca*: «Fill meu t'em portara desgrasia!» Además de charlar de arte literario y pictórico, de visitar el Museo del Prado y estudios de artistas, y de hacer excursiones á Toledo, El Escorial, Aranjuez, Segovia y Avila, gustaba Blasco de oír buena música, sobre todo la que diputaba óptima, de Beethoven y Wagner, los dos genios que, con Cervantes, Goya, Víctor Hugo y Zola, constituían su Olimpo.

Mas para conocer bien á Blasco Ibáñez, para estimarle casi tanto cuanto él se merecía y para admirar toda la magnitud de su grandeza, era preciso conocerle en su pueblo natal, en su Valencia, y allí tuve la suerte, que lo ha sido y grande en mi vida, de que me llevarán preso por un artículo que desde aquí escribí á *El Pueblo*, del que era y sigo siendo colaborador. A Blasco, que ya era diputado, le dejé aquí. Vivía entonces de huésped en la calle del Prado. Trabajó mi excarcelación, la consiguió y se fué á Valencia. ¡Cómo le recibieron! Me asombró. De la estación (la vieja, situada en los solares de San Francisco, frente á la calle de Laura) le llevó la multitud como en volandas á su casa, que era la misma redacción de *El Pueblo*. Estaba donde hoy, en la calle de D. Juan de Austria; pero la casa saliente inmediata á la de *El Pueblo* estrechaba la calle, que no es ancha, y allí se amontonaba y estrujaba la multitud dando vivas, y no se dispersaba hasta que *Don Visent* ó el *Visentico* de los viejos republicanos se asomaba al balcón y pronunciaba en castellano ó en valenciano una impetuosa arenga.

Allí viví cerca de un año con Blasco Ibáñez y su familia. Me habilitaron entre el comedor y el cuarto de baño una habitación. La casa era grande y destartada.

Blasco vivía con su esposa, doña María; sus hijos, Mario, Julio (aun no había nacido Sigfredo), y arriba habitaba D. Gaspar Blasco, el padre del novelista, con su hija Pilar y su nieta Libertad, esposa hoy de Fernando Llorca, el ex redactor de *El Liberal*, el gerente de la Editorial Prometeo.

Mariano Benlliure, un día que penetró en el hogar de Blasco, le dijo: —¡Che! Vives como un bohemio.

Y así era. Como un bohemio pobre, casado con una dama hermosa y buena; padre de hijos listos, lindos y revoltosos; iluminado por el fuego del ideal, que en él no era sólo luz fría, sino calor ideal, que en él no era sólo luz fría, sino calor ardoroso, trabajador, muy trabajador, vivía Blasco Ibáñez, luchador y artista.

Lefa incesantemente, en la mesa y en el lecho. Escribía en su *Pueblo* artículos, ya de fiera polémica, ya de revolucionaria tesis, ya de divulgación artística. De esa labor pasaba sin transición a la literaria, que interrumpían comités, juntas, representaciones, y suspendían los viajes de propaganda por la provincia y por la región.

En estas excursiones había que ver a Blasco Ibáñez. Con Azzati, Barral, Ramón Roig, Remigio Herrero, Payá, alguna vez con el doctor Lloret, y con los buenos amigos suyos Fernando Montesinos, Vicente Soler y José Roca, fué a Alboraya, donde vió *La barraca*; a Masanasa, a Alberique, a Buñol, a Alcira, a Játiva, a Sagunto, a Gandía, a Denia, a Pego, a Oliva, a Burriana, a Castellón, a Vinaroz, donde ya me habló de Peñíscola y el Papa Luna, lo que prueba, cuánto pensaba los asuntos de novelas, que escribía presto.

Le acompañé varias veces. Si la excursión era por la ribera del Júcar, montábamos en la imperial de los vagones, sitio desde el cual se podía contemplar a placer la huerta. Le extasiaba a Blasco, que, locuaz, expansivo, hablaba sin cesar ponderando la gama de verdes... ¡Cómo amaba a su tierra! Llegábamos. La estación, henchida de gente. Tremolaban las banderas. La música empezaba a tocar *La Marsellesa*. Al descender Blasco, un aplauso sostenido, ruidosísimo, que apagaba la música; vítores cortaban el aire cual cohetes, y se disparaban cohetes que eran también vítores.

Los *chiquets*, gritando y dando cabriolas, precedían a la manifestación triunfal. Las mujeres que en ella iban, gritaban agudamente. Desde el balcón de la fonda ó de la casa que acogía a los forasteros hablaba Blasco.

El político no borraba al literato en estas excursiones de propaganda republicana. En el viaje a Alcira concibió *Entre naranjos*; en Catarroja, Sueca y Cullera, *Cañas y barro*; en Sagunto, *Sónnica la cortesana*.

En las paellas solía hablar, antes de los brindis, de sus concepciones literarias, y alguna vez el fuego creador le ganaba, de modo que le absorbía y le impedía brindar, lo que dejaba mustios y asombrados a sus correligionarios.

Aquello fué. La semirrepública valenciana ateniense que presidía Blasco Ibáñez se desvaneció.

El, tan vigoroso, tan fuerte, tan artista y genial, ha muerto. ¡Qué bien dicen: imposible vivir en el tiempo que se vivió; imposible tornar a bañarse en el mismo río! Queda el recuerdo frío y triste, como el sol en su ocaso. Quedan las antorchas que enciende la amistad, y que no tardará en apagar la muerte.

ROBERTO CASTROVIDO

Hablando con Vicente Blasco Ibáñez,  
el más universal  
de nuestros novelistas

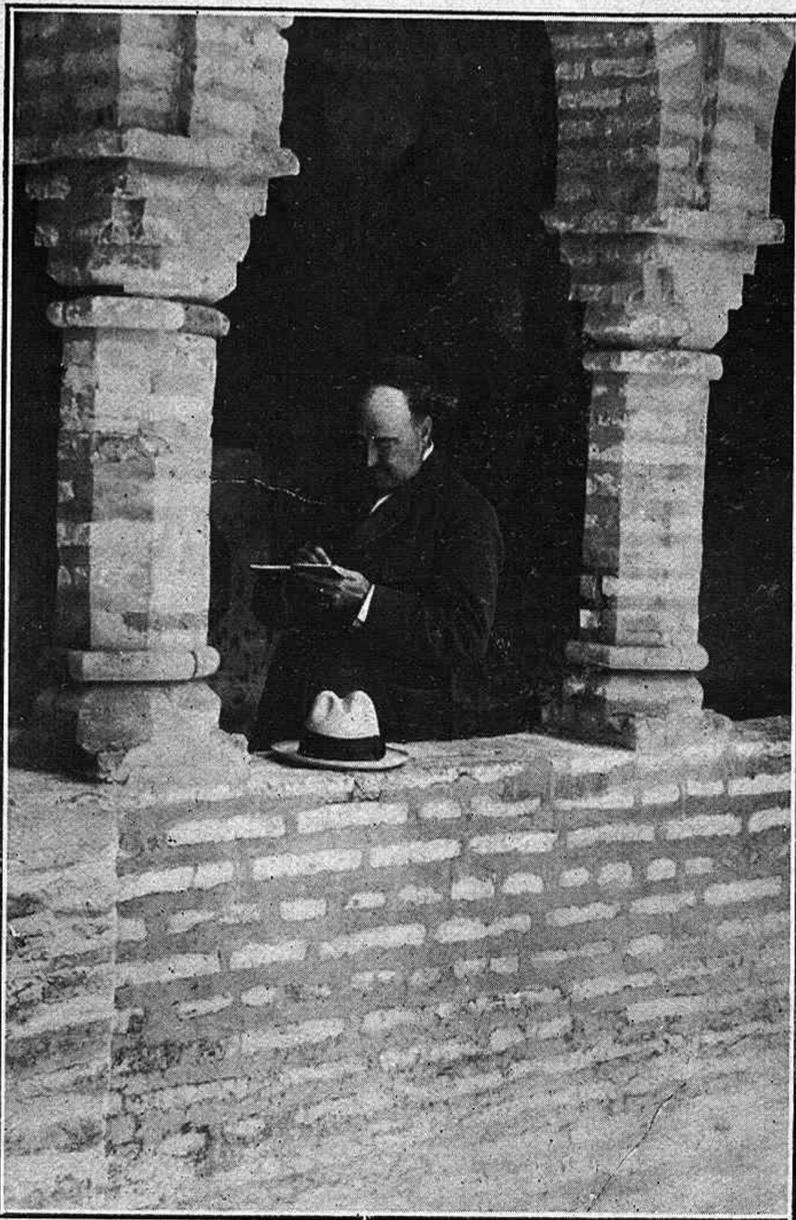
CHICAGO, California, Nueva York, *Famous Players*, cincuenta mil dólares, magazines, novelas, novelistas...

Salgo del Claridge's, donde acaba de recibirme, con su inveterada amabilidad, el célebre escritor. La avenida de los Campos Elíseos se me reaparece como encogida. Al frente, la gigantesca palmatoria de la torre Eiffel asoma su caperuza sobre los tejados, bruñidos por la lluvia. A la derecha, y centrando la famosa avenida, el Arco de la Estrella empieza a borrar sus contornos entre las brumas del atardecer.

... Magazines, novelas, California, *Famous Players*, Chicago, dólares, Nueva York...

La exuberancia verbal del ilustre maestro sigue repicándose gratamente en los tímpanos, anegándose el cerebro. Su portentosa facundia meridional...

Pero me doy cuenta de pronto de que ustedes ya saben acerca de Blasco Ibáñez tanto como yo, y preferirán conocer lisa y llanamente



Estudiando en la Rábida.—Blasco Ibáñez estudiaba siempre sus novelas en el natural. Aun en las históricas se documentaba así; si no de hechos y personas, de lugares

(Fot Serrano)

qué hace en la actualidad, cómo se encuentra, qué piensa, qué proyecta y en qué se ocupa. Pues vamos a ello, y limitémonos a reproducir con la mayor fidelidad posible nuestra conversación con D. Vicente.

•••••

—A pesar de la afección que padezco a la vista, y que me tiene totalmente paralizado el ojo derecho—nos dice—, esta temporada última ha sido muy fértil en trabajo. Desde la publicación de *A los pies de Venus* (la novela de los Borgias) he terminado otras tres del mismo ciclo histórico iniciado con *El Papa del Mar*, *En busca del Gran Kan*, *El oro y la muerte* y *El caballero de la Virgen*. Estas novelas no podrán publicarse en castellano hasta Agosto de 1928; es decir, hasta dentro de trece meses.

—Pero, ¿por qué razón?

—Muy sencilla. El gran editor Mr. Hearst

me tiene adquiridas las primacías de estas obras para darlas en sus magazines. Pago espléndido. Sólo por lo que se refiere a la novela de Colón, *En busca del Gran Kan*, he percibido 30.000 dólares. Por la adaptación cinematográfica de esa misma novela he obtenido 50.000. No puede aparecer en otros idiomas hasta concluir su publicación en los magazines de lengua inglesa. Debo, pues, respetar mi contrato.

—¿Piensa quedarse mucho tiempo en París?

—Treinta días, sobre poco más ó menos. Lo indispensable para que uno de los mejores especialistas de afecciones oculares diagnostique mi enfermedad y me prescriba un buen tratamiento. Desde aquí nos iremos a Suiza (hay que decir que al ilustre novelista acompaña en este viaje su distinguidísima esposa, D.<sup>a</sup> Elena, retoño de una gloriosa estirpe de Chile, la de los Bulnes), y allá, en Suiza, nos quedaremos hasta Octubre, en que pasaremos de nuevo por París.

—¿Persisten ustedes en su propósito de montar casa aquí, como me dijo hace varias semanas en Fontana Rosa?

—Esa era, en efecto, nuestra idea: montar casa en la capital, reanudando nuestra antigua vida de relación parisiense. Pero... ¡nos habíamos olvidado un poco de las inclemencias de París! De sus cambios bruscos de temperatura y de sus lluvias pertinaces. No. Decididamente abandonamos el proyecto. De todos modos, como sólo pensamos pasar aquí unos pocos meses del año, hasta nos resultaría una molestia tener domicilio permanente. Vendremos a menudo; pero nos instalaremos siempre en el hotel.

—A propósito de instalaciones, ¿es cierto lo que se dijo acerca de la cesión de Fontana Rosa, su residencia de la Costa Azul, al Estado francés para convertirla en retiro de gestación para novelistas?

—La noticia de esa cesión fué una ligereza de los periódicos ingleses y norteamericanos. Allá la rectificaron inmediatamente; pero en Francia dieron la primera noticia y no la rectificación.

Tenemos, efectivamente, el proyecto de dejar esta propiedad para que la disfruten los novelistas; pero esto será después de nuestra muerte. Aún quedan allí dos años largos de trabajo. Todavía hay que hacer construcciones y, sobre todo, convertir en jardín muchos miles de metros de terreno que ahora son campo. Además, resulta absurdo legar una propiedad de la importancia de aquella y no dejar al mismo tiempo una renta para sus sostenimiento. El jardín de Fontana Rosa tiene actualmente tres jardineros permanentes, instalados en él con sus familias, y en ciertas épocas del año hay que tomar varios trabajadores para que les ayuden.

Hay que dejar, cuando menos, una renta para mantenimiento del jardín y 5.000 francos al mes, ó sea 60.000 al año, lo que representa dejar un capital de millón y medio. Y no estamos aún en disposición de hacer esto. Si puede ser ó no puede ser, ya se verá más adelante.

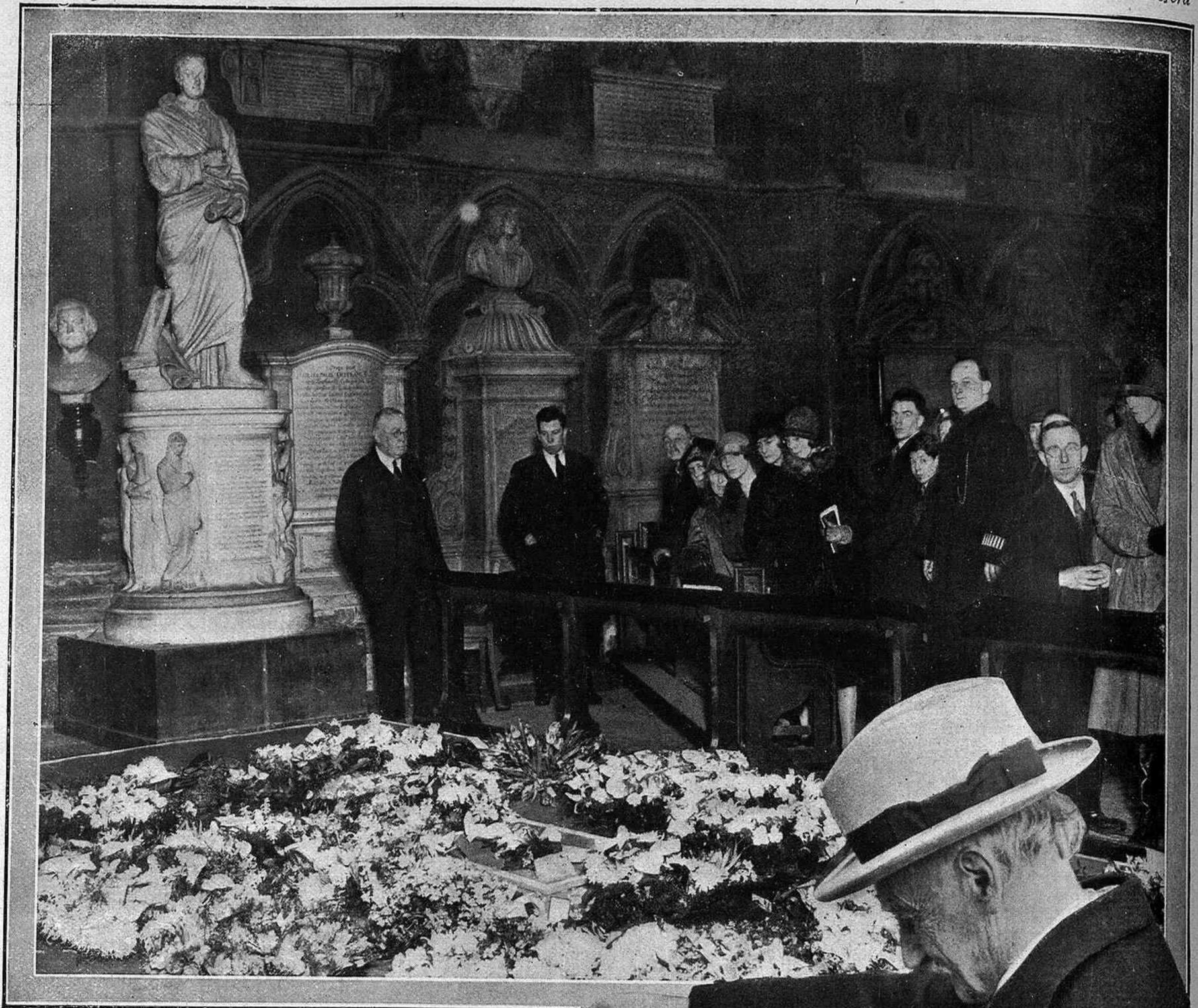
Una pausa. Fotografías.

La conversación vuelve a canalizarse rumbo a Norteamérica... Dólares, Chicago, California, magazines, películas, novelas...

Fabuloso, extraordinario, admiradísimo don Vicente.

Su abrazo cordial de despedida es como un espaldarazo de grandeza. La avenida de los Campos Elíseos me parece, al volver a ella, un cincuenta por ciento más estrecha. Y todos los automóviles que la cruzan, unos misérrimos cacharros.

EMILIO GASCO CONTELL



El lugar donde descansan los restos de sir Tomás Hardy, en la abadía de Westminster, cubierto de flores

## EL PATRIARCA DE LAS LETRAS INGLESAS TOMAS HARDY

QUINCE días antes de perder España al más grande de sus novelistas, á Vicente Blasco Ibáñez, el pródigo de su vida y de su obra, perdía Inglaterra también al más grande de sus escritores especializados en la literatura novelesca entre los vivientes. Era Tomás Hardy. Gloria, tiempo y soledad sonoras habían ido rodeando su senectud de ecos dilatados. Acaso otros novelistas fueran más populares, más leídos por la muchedumbre; pero hacia él revolvían siempre las afirmaciones apoloéticas y coincidentes de la crítica cuando se trataba de señalar la figura culminante.

¡Curioso contraste autorizaría la desaparición de los dos grandes escritores en el comienzo del año 1928, por cómo eran de tal modo antitéticos! Tomás Hardy tenía ochenta y ocho años. Blasco Ibáñez, sesenta. Pero mientras el novelista inglés había dejado deslizar su existencia en la calma recoleta, en el sosiego apartado y rústico de su Dor-

El insigne escritor inglés Tomás Hardy, colocando una lápida conmemorativa en las escuelas de Dorchester (Fots. Agencia Gráfica, Ortiz y Orrio)





Los restos del poeta inglés sir Tomás Hardy, de los que fué extraído el corazón para enterrarle en Dorchester, llevados por la desolada ruta de Dorchester, camino de la abadía de Westminster, donde han hallado su última morada (Fot. Ortiz)

chester natal, el novelista español la desparramó por los ámbitos del mundo.

Tomás Hardy se limita á describir tipos característicos, paisajes reiterados, ambientes reducidos de esa región noroeste de Inglaterra, donde él sitúa su condado de Wessex y su villa de Casterbridge, que, en realidad, son el condado de Dorset, y la Dorchester donde nació, en 1840, y acaba de morir.

Blasco Ibáñez, en cambio, fué ampliando los círculos concéntricos de su imaginación creadora y multiplicando los personajes de sus libros, desde la Valencia nativa hasta los más remotos horizontes. Empieza con las novelas regionales, y concluye con las históricas, pasando por las españolas, las europeas y las internacionales contemporáneas.

Tomás Hardy no sintió nunca la atracción de los viajes. Blasco Ibáñez supo hacer fecunda y fructífera para él y para su obra esa atracción, que jamás se negó á aceptar.

A pesar de la violencia vital, de la exuberancia agresiva, de las luchas trágicas del hombre contra el ambiente que significan siempre los libros del novelista español, brota de toda su obra un optimismo fuerte y consolador.

En cambio, Tomás Hardy se complace en el más cruel, en el más áspero de los pesimismo. Sus libros son sombríos y feroces.

Blasco Ibáñez, temperamento esencialmente latino caldeado por el sol del Sur y acunado por el Mediterráneo, canta la supremacía del amor.

Tomás Hardy ve, por el contrario, en el amor

la más terrible, la más infortunada de las flaquezas humanas, y le rodea siempre de trágicos episodios, de truculentos sucesos, producto y consecuencia de él mismo.

«El pensamiento de Tomás Hardy—acaba de escribir Edmond Jaloux en *Candide*—siempre estuvo dominado por un determinismo implacable. Diríase que un amargo destino juega con los hijos de los hombres para impedirles que sean dichosos. No solamente su sentimiento de amor; no solamente las dificultades religiosas y sociales se encarnizan contra ellos, sino á cada momento coincidencias absurdas y melodramáticas—y aquí está, á mi entender, el punto débil de su obra—intervienen para empujar los personajes á su perdición».

Se sale de los libros de Hardy con un infinito desgano de vivir, con una triste enseñanza de la humanidad y sus pasiones.

Pero se les busca, y nos dominan por el enorme valor narrativo y la sugestión genial que contienen. *Judas el obscuro*, *Teresa la de Ubevilles*, *El alcalde de Casterbridge*, constituyen la trilogía más representativa de su concepto novelesco de la existencia.

Los personajes de esas tres obras no se olvidan nunca una vez conocidos; se incorporan al mundo espiritual de nuestros muertos que acuden de vez en cuando á inquietarnos el sueño, á solicitar un poco de piedad en los instantes bien despiertos del balance sentimental ó en la indefensión romántica de los crepúsculos solitarios.

Se descubre también—ó acaso es el prejuicio del antecedente conocido—en Tomás Hardy, un sólido temperamento de constructor que, sin duda, le vino de sus primeros estudios y de la profesión pronto abandonada.

El padre de Hardy era maestro de obras, y quiso hacer de su hijo el igual de sus superiores. Le obligó á ser arquitecto. Por ello se dice que Hardy acaso llevó á su profesión literaria la disciplina matemática y el sentido armónico de su primera profesión artística. En vez de crear edificios para albergar seres vivos, creó libros para albergar seres de su fantasía.

Y éstos logran una vida más perdurable de la que habrían tenido aquellos, aun después de haberse muerto del modo feroz y despiadado con que su propio creador les castiga.

En 1921, al cumplir los ochenta años, le fué otorgado el Premio Nobel, la ¿suprema? consagración literaria..., un poco efímera.

Sin ella, Hardy era ya y seguirá siendo un gran novelista. Con ella, bastantes de los agraciados ni siquiera se recuerdan sus nombres á no ser por una minoría de lectores profesionales de las letras.

No es precisamente por ostentar el premio Nobel por lo que Inglaterra ha llevado á la abadía de Westminster los restos del patriarca de su novela moderna, sino por haber escrito las dolorosas, las inquietantes, las amargas historias de Teresa de Urbervilles, de Judas el obscuro y del alcalde de Casterbridge.

FORTUNIO

*Mentira  
Hardy no  
llegó a tener  
el premio  
que se  
pide por  
su obra  
y su belleza*

## LA VIDA DEL TEATRO

## UN ESTRENO EN EL ALKAZAR



Una escena de «El doctor Frégoli ó La comedia de la felicidad», obra de Evreminof-Nosière, traducida por «Azorín» y estrenada en el Alkazar  
(Fot. Díaz Casariego)

Es verdaderamente curioso que sea *Azorín*, el patrocinador más decidido del teatro superrealista, quien haya traducido la obra de Evreminof *La comedia de la felicidad*, en que se lleva hasta el extremo más exagerado la confusión entre la realidad y la ficción, no porque la realidad se oriente más que habitualmente hacia la ficción, sino porque la ficción se orienta de un modo decisivo hacia la realidad hasta confundirse con ella.

Un escritor realista no hubiese encontrado obra más apropiada para afirmar la superioridad de su escuela, y si no fuesen cosa más corriente de lo que requeriría la lógica esas divergencias entre los hechos y los dichos, entre las teorías y la práctica, sería cosa de pensar que *Azorín* ha cambiado completamente de opinión y quiere hacer ahora, original ó traducido, un teatro todo lo más real posible, un teatro en que, según el deseo del autor de *La comedia de la felicidad*, el espectador se sienta como un personaje más en la escena.

El argumento de la comedia estrenada en el Alkazar lleva, efectivamente, á la vida real, para que en ella representen una comedia piadosa, á los actores de una Compañía que, á juzgar por la obra que ensayaban en el momento de ofrecérselos aquel contrato *sui generis*, y á juzgar por su modo de ensayar, ni siquiera son de los más avezados al teatro realista y, sin embargo,

logran dar en la vida tan perfecta sensación de realidad que cuando uno de ellos quiere descubrir la falacia, nadie le cree, y la farsa podría seguir si no hubiese llegado el momento de dar por terminada la comedia, indefinidamente.

Dar por terminada la comedia no es, en este caso, sinónimo de «desenlazarla», y este es otro signo de realismo: una comedia naturalista puede, y aun extremando las características de escuela, debe ser un momento de la vida de unos cuantos personajes con dinamismo suficiente en aquellos instantes para interesar como una obra artística. En un cuadro pictórico, por ejemplo, vemos un momento estático, y no pedimos al pintor que siga pintando cuadros y más cuadros hasta decirnos en qué para aquello. Ante una obra escénica deberíamos conformarnos igualmente con el momento dinámico sin exigir del autor una solución definitiva.

En *La comedia de la felicidad* esa solución no existe, y aún hay más: el autor, que siente verdaderamente y con mayor intensidad que muchos de sus teorizantes un teatro nuevo, se burla de los que aguardan uno de esos finales redondos, y ofrece soluciones para todos los gustos. Con premisas iguales puede llegarse á conclusiones distintas: lo mismo que en la vida, donde al cabo conflictos iguales pueden tener soluciones muy diferentes según el tem-

peramento del encargado de desenlazarlos.

Desde el punto de vista técnico, pues, *La comedia de la felicidad* no representa, aun contando con la novedad de descubrir los trucos, como suelen hacer ahora algunos prestidigitadores utilizando así un truco más, teatro superrealista, sino, en último extremo, todo lo contrario, y por esto sorprende que *Azorín*, el apóstol ó, cuando menos, el *soidessant* apóstol del «más allá» en el teatro, haya elegido esa comedia para traducirla. ¿Como no se haya dejado engañar, como los personajes de la obra, por la absurda echadora de cartas que figura en el primer cuadro!

Pero no censuremos á *Azorín* por haber traducido esa obra, interesante por la novedad de su forma interna, é interesante también por haber llevado á la escena, aunque quitándole ternura, un cuento francés antiguo, como anécdota fundamental y alma de su idea. Tal vez sería más lógico que aconsejásemos al ilustre escritor que, por ahora al menos, limitase á la de traductor su actividad en el teatro. Tiene buen gusto para elegir; tiene arte para escribir en castellano y tiene autoridad para imponer obras que á otros no les serían aceptadas; todo lo necesario para poner cátedra de literatura dramática contemporánea y ganar mucho más que un catedrático titular.

G. F.



Algunos de los productos  
más recomendados de la  
Perfumería Gal.



El JABÓN HENO DE PRAVIA  
es el predilecto de la gente "chic".  
Pasta neutra, espuma suave,  
perfume intenso. Pastilla, 1,25.



La PASTA DENS, crema jabonosa  
antiséptica, limpia los dientes  
suavemente y perfuma el aliento.  
Tubo, 2 pesetas. Pequeño, 1,25.

Tesoro de fragancias.

Los huertos y jardines  
españoles ofrecen a usted  
sus aromas en el perfume del

AGUA DE COLONIA  
JARDINES DE ESPAÑA

Posee las características  
del tipo clásico: suavidad,  
finura, perfume discreto.

Usada después del baño,  
transmite al cutis frescura  
y bienestar.

Frasco, 2,50. -- Litro, 15 ptas. en toda España.

El impuesto del Timbre a cargo del comprador.

PERFUMERÍA GAL. -- MADRID



El PETRÓLEO GAL suprime la  
caspa y contiene la caída del pelo,  
vigorizando la raíz. Frasco, 2,50.

*Un caudillo inglés*

## *La muerte del mariscal Douglas Haig*

Ha perdido Inglaterra uno de sus mejores soldados.

El mariscal Douglas Haig había nacido el 19 de Junio de 1861. De muy joven perteneció al Ejército, y cuando apenas contaba treinta años se graduó de capitán, interviniendo en la reconquista de Sudán á las órdenes de lord Kitchener. En 1899, al regreso de la contienda con los boers, el Rey Eduardo VII le nombró su ayudante. Ha representado im-



El hijo único del mariscal recientemente fallecido.



portantes cargos en la India, donde ascendió á teniente general en 1912.

Pero donde reveló sus altas dotes militares fué en la guerra europea, particularmente mostrando sus excepcionales condiciones de mando en el difícilísimo entre el Oise, el Aisne y el Marne.

En la Conferencia interaliada de 1918, el mariscal Haig se mostró partidario del mando único, y concedido éste á Foch, el general inglés secundó sus decisiones con toda lealtad é inteligencia, consiguiendo triunfos gloriosísimos en numerosas batallas. Inglaterra premió su admirable labor en la guerra con grandes honores. Además del título nobiliario que se le concedió en 1918, poseía las más preciadas condecoraciones inglesas y la Legión de Honor de Francia.

El general Douglas Haig, figura preeminente de la guerra europea, saludando en un desfile militar celebrado en Londres

(Fots. Ortiz)